

*Fray Julián Moreno,
agustino recoleto mártir*

Poemario



*Introducción, anotaciones y comentarios
de fray Marciano Santervás Paniagua,
agustino recoleto*



Madrid, 2026



AGUSTINOS RECOLETOS
PROVINCIA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

**Paseo de La Habana 167
28036 Madrid, España**

SNT.RECOLETOS.ORG

Introducción

16/03/1871 Nacimiento en Alfaro,
La Rioja, España

Nov. 1875 Confirmación

1885 Bachillerato en Barcelona;
conoce a san Ezequiel Moreno

16/03/1886 Inicio del noviciado,
Monteagudo, Navarra, España

16/03/1887 Profesión simple,
Monteagudo, Navarra, España

1887-1889 Estudia filosofía,
Monteagudo, Navarra, España

1889-1891 Estudia teología, San Millán
de la Cogolla, La Rioja, España.

1891-1893 Estudia teología,
Marcilla, Navarra, España

19/05/1894 Ordenación sacerdotal,
Marcilla, Navarra, España

13/10/1894 Llega a Manila, Filipinas

1894-1897 San Narciso, Zambales, Filipinas

Mayo 1897 San Felipe, Zambales, Filipinas

Mayo 1898 Revolución Filipina,
retirada a Manila

1898-1901 Monteagudo, Navarra, España

1902 Maracaibo, Zulia, Venezuela

1904-1905 Pasto, Nariño, Colombia,
junto a su tío san Ezequiel

1905-1906 Tumaco, Nariño, Colombia

1906 Chepo, Panamá

1907-1912 La Victoria, Aragua, Venezuela

1913 Valencia, Carabobo, Venezuela

1913-1915 Coro, Falcón, Venezuela

1915-1917 Maracaibo, Zulia, Venezuela

1917-1920 Caracas, Venezuela

1920-1923 San Millán de la Cogolla,
La Rioja, España

1923-1924 Puente La Reina,
Navarra, España

1924-1926 San Millán de la Cogolla,
La Rioja, España

1926-1928 Participa en el proceso
de canonización de san Ezequiel
en Monteagudo

22/04/1929 Es afiliado a la Provincia
de Santo Tomás de Villanueva

1929 Colegio Santa Rita, San Sebastián,
Guipúzcoa, España

1929 Monachil, Granada, España

1929-1933 Franca, São Paulo, Brasil

1933 Monachil, Granada, España

1933 Motril, Granada, España

25/07/1936 Martirio

07/03/1999 Beatificado en Roma
por san Juan Pablo II



Esta publicación que tienes en tus manos complementa otra anterior, publicada bajo el título de *El trovador de Cristo. Fray Julián Moreno, agustino recoleto mártir*. Ambas son obra de Marciano Santervás, agustino recoleto, que se encargó de realizar en el primer caso la recopilación, selección, anotaciones, prólogo y edición y, en este segundo caso, de la recopilación de los poemas y de su edición.

El libro anterior, [accesible en Red](#) y cuya lectura previa se recomienda vivamente para sacar mejor provecho de esta nueva edición complementaria, se estructuró en tres partes: una semblanza del beato Julián Moreno¹, un estudio breve de su producción literaria en verso y una muestra generosa de poemas. Sin embargo, este fraile poeta mártir compuso otros muchos poemas no recogidos en ese primer libro, gran parte de los cuales se recogen ahora en esta publicación.

¹ Julián Benigno Moreno Moreno (1871-1936) nació en Alfaro, La Rioja. Ingresó en la casa de formación-noviciado en Monteagudo, Navarra, de los Agustinos Recoletos, donde profesó los votos religiosos a los dieciséis años. Se ordenó sacerdote en 1894 después de haber cursado los estudios filosóficos y teológicos en Monteagudo, San Millán de la Cogolla (La Rioja) y Marcilla (Navarra). Es enviado a Filipinas, donde reside unos tres años. Abandona este país por la Revolución filipina de 1898 y regresa a España. En 1902 parte para Latinoamérica. Llega a Venezuela y al poco tiempo se dirige a Colombia, a Pasto; pasa a Panamá y ya en 1907 se encuentra en Venezuela, país en que vivió en distintas ciudades hasta 1920 en que regresó a España, donde permaneció casi todo el tiempo hasta 1931, en que se trasladó a Brasil. En 1933 regresó a España y en su última residencia, Motril, Granada, donde ejercía el ministerio sacerdotal como religioso agustino recoleto, fue acorralado a tiros el 25 de julio de 1936. Fue beatificado, junto con toda la comunidad recoleta y el párroco de Motril, por san Juan Pablo II en 1999. Desde su primera juventud dio rienda suelta a su inspiración poética -y literaria, en general-, manifestando su gran habilidad para la versificación componiendo numerosos poemas de alto valor literario.



Marciano Santervás, que en el prólogo del libro mencionado animaba a dar a conocer y publicar el resto de la producción poética de fray Julián Moreno, ha emprendido esta labor y ha preparado esta publicación que tienes entre manos.

Es conveniente, e incluso necesario, hacer algunas aclaraciones para que se comprenda el alcance de este trabajo:

– Los manuscritos de los poemas de fray Julián con que ha contado Santervás han sido los existentes en el Archivo General de la Orden de Agustinos Recoletos (AGOAR) en Roma, previamente digitalizados. Es de pensar que el poeta compondría otros poemas, cuyos manuscritos no se encuentran en AGOAR y ahora perdidos por no tener hoy un paradero conocido. Su posible hallazgo, de existir, solo sería posible tras una ardua labor de investigación por archivos y publicaciones periódicas antiguas discontinuadas donde quizá el autor las hubiese dado a conocer.

– Dados los múltiples destinos recibidos por fray Julián a lo largo de su vida como religioso, no es aventurado pensar que algunos de sus poemas se hayan podido perder; no deja de ser extraño que, dada su tendencia a versificar y sintiéndose “trovador” y “poeta”, no haya ningún poema conservado de periodos de tiempo bastante largos de su vida.

– En definitiva, en este libro se recogen todos los poemas cuyos manuscritos se encuentran en AGOAR y no fueron incluidos en la selección de *El trovador de Cristo*, de ahí su carácter complementario.



Poemario, anotaciones y comentarios

La primera labor realizada por fray Marciano Santervás ha sido leer los poemas en versión digital de los manuscritos y cotejar que coincidan por entero en sus distintas versiones, pues hubo al parecer varios procesos de digitalización; así, hay poemas conservados en formato de documento portátil (PDF), otros en formato de imagen compilados en *Joint Photographic Experts Group* (JPG) y otros en ambos formatos. En cada caso se hace constar el tipo de documento digital usado.

Algunos manuscritos se leen con mucha dificultad; pero, sobre todo los conservados únicamente en JPG, son prácticamente ilegibles por la falta de calidad, definición y resolución, quizá por haber sido digitalizados en los primeros tiempos de existencia de la tecnología de escaneo.

De varias composiciones no hay propiamente un manuscrito original del autor, sino copia mecanografiada de los manuscritos, si bien quien los pasó a máquina asegura normalmente la fidelidad del texto al manuscrito original.

Para la agrupación de los poemas se ha tenido en cuenta fundamentalmente el contenido o tema tratado en cada poema, tal como se hizo antes en la edición de *El trovador de Cristo*. De hecho, aunque en esta nueva compilación, a diferencia del libro anterior *El trovador de Cristo*, no hay muestra de poemas eucarísticos, se han generado nueve grupos de poemas muy parecidos al de la primera compilación. Son, en total, 69 poemas los presentados, divididos en estas temáticas:



- A Cristo Jesús (8 poemas)
- A la Virgen María (4 poemas)
- A los Santos (4 poemas)
- Íntimos (11 poemas)
- Cantos y loas (21 poemas; de ellos, siete de temática agustino-recoleta y catorce de temática variada)
- Festivos (5 poemas)
- A la Naturaleza (11 poemas)
- Temática dispar (5 poemas).

Los poemas dentro de cada grupo se han ordenado según la fecha de composición, de la cual se conoce ordinariamente el año y el lugar; hay también poemas de los que se desconoce no solo el año de composición, sino también el lugar; no obstante, se tiene seguridad de la autoría porque unas veces firma el mismo Julián con sus siglas y en otras lo asegura el copista o digitalizador.

En algunos de ellos Marciano Santervás, además de las notas a pie de página, ofrece anotaciones y comentarios para facilitar una lectura comprensiva y deleitosa. Estas glosas, o bien encabezan los grupos temáticos, o bien cada poema en cuestión.

El objetivo final es que el lector se acerque a estos poemas de fray Julián Benigno Moreno, saboree la belleza de sus creaciones y se admire de la destreza para versificar con que estuvo dotado este poeta agustino recoleto, mártir en Motril en 1936 y beatificado por la Iglesia Católica en 1999.



Poemario



*Agustinos Recoletos, Marcilla, Navarra, España. Taracea del agustino recoleto **Jesús Ángel Planillo** con los santos recoletos que han estudiado en el convento de Marcilla: **Julián Moreno, Vicente Soler, Ezequiel Moreno, León Inchausti, José Rada y Vicente Pinilla.***



A Cristo Jesús

Los ocho poemas de este grupo tienen en común la persona de Cristo Jesús y un motivo inspirador: el amor de Cristo y a Cristo. El lirismo religioso de fray Julián le lleva a buscar la unión con Jesús, para lo que, de forma incondicional, se pone a su disposición para cumplir su voluntad y entregarse por entero con tal de que Jesús sea *la vida de su vida*.

Buena muestra son los siguientes versos:

“A ti me entrego yo;
no quiero mío ser:
gozar o padecer
contigo quiero yo”.

□ Extracto de *Canción de amor* □

“Por triste experiencia sé
que, si de mí vivo, muero;
por vivir yo quiero
de quien la vida me dé”.

□ Extracto de *Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí* □





• **Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí**

No quiero vivir de mí,
que de mí no tengo nada;
quiero mi vida prestada
por siempre, Jesús, de ti.
El tiempo que yo viví
de mi vida, triste fue.
Por triste experiencia sé
que, si de mí vivo, muero;
por vivir yo quiero
de quien la vida me dé.

Con esa vida, Señor,
por ser la vida infinita,
tendrá cuanto necesita
mi fe, mi vida y mi amor.
Y el torrente abrasador
de tu sangre generosa
beberá mi alma amorosa
la vida que no termina,
Vida fiel, vida divina
que la haga siempre dichosa.

□ Coro (Falcón, Venezuela), 1914 □



• Canción de amor

Venid, Jesús, a mí,
venid, fuego de amor;
venid, mi Redentor,
dulce Jesús, venid.

El alma arrebatad,
el corazón prended;
venid, Jesús, y haced
a vuestra voluntad.

Vuestro es mi pobre ser,
vuestro es mi corazón,
más dulce posesión
jamás he de tener.

Tarde te conocí,
pero si tarde llego
de tal modo me entrego
que nada sé de mí.

¡Oh gloria singular!
¡Oh inmensa dignación!
Me das tu corazón,
¿qué más me puedes dar?

¿Qué puedo yo pedir,
después que te me das?
En la gloria no hay más
dichoso porvenir.

...



A ti me entrego yo;
no quiero mío ser:
gozar o padecer
contigo quiero yo.

Después de mi oblación
por pobre y por ruin,
hacedme un serafín
y haré más alto don.

La gloria que os dé
vuestra sola será,
mi ser os amará
sin más premio o merced.

Que hagáis lo que queráis
si vuestro gusto hacéis,
con ello me premiáis
y más no me debéis.

Eternamente sed
mi Dueño y mi Señor,
dadme tan solo amor,
que esa es mi eterna sed.

□ I y II, manuscritos. Coro (Falcón, Venezuela), 1914 □



• Convite de amor

Mi amado Jesús es bueno,
mi dulce Jesús me ama,
mi dulce Jesús me llama
con rostro afable y sereno.

De su dulce amante seno
brotó una fuente de vida,
con sus aguas me convida
que son aguas de perdón

a rociar mi corazón
de su amorosa corriente.
Gloria a ti, divina fuente,
fuente de mi salvación!

□ Coro (Falcón, Venezuela), 1915 □

• Plegaria a Jesús para la muerte

Puesto que me has de matar,
Dios mío y Bien de mi vida,
bien será que yo te pida
cómo yo quiero acabar.

Dios mío, ven a mi lecho
cuando muriéndome esté;
que muera yo viéndote (sic)
y así estaré satisfecho.



Lleno de amor y de anhelo
tender hacia Ti mis brazos
y encontrar en tus abrazos
la misma gloria del cielo.

Dame aquí la penitencia
por las culpas que te debo;
y, si amargo cáliz bebo,
dame amor, dame penitencia. (sic)

No aguardes a que me muera,
cóbrame aquí por entero;
y al llegar mi hora postrera,
haz, Señor, que yo me muera
como te pido y espero.

□ Maracaibo (Zulia, Venezuela), 1916 □

• Al trueco de amor²

¿Qué te daré, Jesús mío,
yo que darte tanto ansío,
por lo que me das Tú a mí?
¡Ah! Yo todo lo di,
pues gusté de mi albedrío.
Ha tiempo que no soy mío,
ya lo sabes, dulce Amor;
que busqué Dueño mejor

² Manuscrito en AGOAR digitalizado como JPG.



que el mundo y sus falsos bienes.
Si todo lo mío tienes,
¿qué te daré ya, Señor?

El trueco ha sido famoso,
y en él yo tanto he ganado
que me encuentro en Ti trocado
y, con tu dicha, dichoso.

En Ti encuentro mi reposo,
en Ti mi dicha colmada,
en Ti encuentro la morada
de la paz y del contento,
en Ti mi dulce sustento
y el amor que el alma ansía,
en Ti pienso noche y día
y es tal mi afán por tu amor
que no sé decir, Señor,
si esta vida que en mí siento
es mi aliento, es tu aliento,
porque estoy ciego de amor.

□ Caracas, 1918 □





• Al niño de Belén³

Este poema entraña una especial ternura al describir al Niño Dios, como se observa cuando habla de sus ojos o sus labios.

Tierno Infante de Belén,
rosita de Jericó,
el que aspire tus aromas
no ha de ver dicha mejor.
La luz de tus bellos ojos,
que dos luceritos son
desgranados de los cielos
cuando está durmiendo el sol,
son encanto de los ángeles,
gloria de las almas son,
dicha de los corazones,
lumbre de la luz de Dios.
Al que miren esos ojos,
al que miren con amor,
no mire ya más venturas
de cuantas el mundo vio.
El alba del paraíso
son esos labios en flor;
por una sonrisa de ellos
diera el cetro Salomón.
Ay, labios, labios preciosos,
tiernos labios mudos hoy,
nido del ave divina

³ Manuscrito digitalizado como JPG, sin fecha ni lugar de composición.



que canta el eterno amor,
trono de la eterna ciencia,
arpa de la eterna voz;
por un beso de esos labios
vida y alma diera yo.
Cuando esos labios sonrían,
robarán su gloria al sol;
cuando se abran esos labios,
hablará en la tierra Dios.
Rosas, lirios y azucenas,
primores que Dios crió
para encanto del sentido,
para ornamento y blasón
de una eterna primavera,
de un día eterno de amor;
todo lo vencen tus gracias,
tierno Cordero de Dios.
La flor que nace hoy al mundo,
la pura y fragante flor
que brota del seno virgen
de la Estrella de Jacob,
amores brinda a la tierra,
amores brinda al amor;
que es la flor de los amores,
que es la flor del corazón.

□ Coro (Falcón, Venezuela), 1915 □



• Sólo Jesús⁴

Te busco, Dios mío,
cual ciervo sediento
que va sin aliento
la fuente a buscar.
Cansado, rendido,
me arrojo en tu seno;
Tú solo eres bueno;
Tú sabes amar.

El mundo es desierto
de espinas y abrojos;
pasiones y enojos
tan sólo hay en él.
No hay paz; todo es guerra,
mentira y desvío:
Tú solo, Dios mío,
Tú solo eres fiel.

⁴ No hay manuscrito de este poema en AGOAR, sino un documento mecanografiado. Sin lugar ni fecha de composición.



• Pelicano divino⁵

Es un sentido poema en el que Julián contempla a Cristo en su pasión dolorosa, sufrida por amor, que, al igual que el pelícano, entregó su vida, lo que nos trajo la vida y la salvación

Llegó tu hora postrera,
hora de desolación,
y no tuviste siquiera
quien de ti se condoliera,
Jesús de mi corazón.

Clamando al Padre moriste
como buen Hijo de Dios
y en ello ejemplo nos diste
de que hagamos lo que hiciste
a los que vamos en pos.

Apurando hasta las heces
el cáliz de la amargura,
sobre esa cama tan dura,
por darme vida feneces.
Al pelícano pareces,
Jesús mío, en tu pasión,
que se rompe el corazón
por dar vida a sus hijuelos;
pelícano de los cielos,
tu muerte es mi salvación.

⁵ No hay manuscrito de este poema en AGOAR.



Con vida pienso pagaros
la vida que así me dais
y, pues tan pródigo estáis,
yo esta vida quiero daros,
sólo permitidme amaros
y lo demás vaya en suerte,
que, si esta vida es la muerte
de todos mis devaneos,
cumplido se han mis deseos
de vivir para quererte.





A María

• A la Reina de las flores

Se trata de un poema de claro sabor modernista cuyas imágenes, metáforas y otros elementos literarios lo dotan de una belleza singular. En decasílabos y heptasílabos, en rima libre los primeros versos, se van encadenando después con rima consonante produciendo un ritmo solemne.

Está dedicado a la Virgen María a la que saluda como “Señora” y “Reina”, a la que quiere ofrecer toda la belleza de la naturaleza, como si fuera la reina de un torneo, “proclamada bella, una entre mil”. En *El canto a la raza española*, compuesto para unos juegos florales -a modo de torneo- y que puede leerse más adelante, se recogen algunos versos de este canto.

Señora, de los cánticos del alba,
cuando amanece en el oriente el sol,
quisiera yo tener el bello coro
para ofrendároslo.

Señora: de los hálitos del aura
perfumados, fragantes, en abril;
de las flores que adornan la pradera
cuando la primavera
derrama en ella sus encantos mil;

de los vagos rumores de las selvas
cuando se agitan en fugaz vaivén;



de los rayos del sol y las estrellas
cuando en el cielo, bellas,
palpitan y se mecen al correr;

de todas las bellezas y armonías
que contiene la hermosa creación,
quisiera yo tener un ramillete
para ofrecérselo.

Y como en un altar donde una diosa
reverbera su augusta majestad,
lleno el semblante de la luz del cielo,
como una antorcha de la inmensidad;
presentaros, Señora, el homenaje
de amor y acatamiento y pura fe
de aquellos elegantes trovadores,
que, cantando la gloria y los amores,
hicieron de sus liras un joyel
de perlas orientales y de flores,
y un cetro virginal
para la hermosa Reina de las lides
donde reyes, magnates y señores
luchaban por el álamo de Alcides
en la corte real.

Fuerais entre el tumulto y el mareo
de la liza viril;
-lanzas y lazos, y divisas rotas,
fulgor de espadas y crujir de cotas,



roncos clarines y mortal jadeo,-
la Reina del torneo,
proclamada por bella, una entre mil.

Nuestra Raza, Señora, es un portento;
de honor y de virtud urdimbre altiva;
no es la virtud en ella de un momento
ni el honor una frase dada al viento,
sino una idea eterna y siempre viva,
un culto, un ideal, un sentimiento
que palpita en idéntico ardimiento
en el pecho del pobre y del escriba.

Noble sangre de bardos lidiadores,
liras y espadas repicando a gloria;
liras para cantar vuestros amores;
espadas, para hacernos nuestra Historia;
y un diluvio de flores
sobre un canto de sangre y de victoria.

No preguntéis quién soy. Mi ejecutoria
llevo en la sangre y en el alma escrita;
Soy un ibero, un celta, un castellano;
un corazón romántico y cristiano
bajo el negro sayal de un cenobita.

Cuando amanecí sobre el oriente
como una alondra que en el viento gira,
me oyeron y me amaron juntamente



como se ama una flor que ama el ambiente
su bella pompa que a quererla inspira.

Por eso estoy aquí.
La luz, Señora,
de vuestra donosura es como un sol
que embellece y anima y enamora
cuanto envuelve en su espléndido arbol.

Por eso estoy aquí y estoy cantando
que cantar vuestra gloria es mi destino.
Mi tienda moveré Dios sabe cuándo;
y, otra vez por la tierra peregrino,
llevaré siempre viva la memoria
esta noche de amores y de gloria.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1908 □

• Dulce aspiración

María, en tus altares
he puesto el corazón;
mis flores son amores
que te consagro yo.

María, yo quisiera
vivir siempre a tus pies,
estar siempre adorándote,
vivir amándote.



Vivir por Ti quisiera,
morir viéndote a Ti,
y entre tus dulces brazos
quisiera al cielo ir.

Pues eres Madre tierna,
mi súplica oirás;
yo siempre quiero amarte
con dulce amor filial.

Por Ti, mi dulce Madre,
concédame el Señor
servirle en esta vida
e ir al cielo en pos.

□ Maracaibo (Zulia, Venezuela), 1916 □

• Sub tuum praesidium

El poema revela un estado de ánimo decaído y de sentirse perdido: *“Quién socorre mi orfandad? / ¿Quién me alienta en mi agonía?”*. El mismo poeta se da la respuesta: *“¡Eh! Tú, madre de bondad, / Tú sola Virgen María, / tú tendrás de mi piedad”*. Pone toda su confianza en que la Virgen María, a pesar de sus descarríos, le proteja para llegar a la salvación.

En los vergeles floridos
que el mayo esmalta en primores
los amantes ruseñores
ocultan sus blandos nidos
perfumados por las flores.



Mi blando nido perdí
cuando en noche tenebrosa
mis tiernas alas tendí
sobre la bruma azarosa
de un mundo que alegre vi.

Por su loca alegría
no me dio paz ni consuelo;
lució el sol del nuevo día
y hallé cerrada la vía
que va de la tierra al cielo.

Quise volver al camino
sobre las rutas perdidas,
y hallé mis alas rendidas,
mi esperanza sin destino,
mis fuerzas desfallecidas.

¿Quién socorre mi orfandad?
¿Quién me alienta en mi agonía?
¡Eh! Tú, Madre de bondad,
tú sola, Virgen María,
tú tendrás de mí piedad.

Tú serás mi dulce amparo
en mi triste desconsuelo,
Tú, que eres Reina del cielo,
serás mi Estrella y mi faro
en mis pasos por el suelo.



Dulce es estar acogida
bajo tu amparo amoroso,
dulce es, oh Madre querida,
mirar tu rostro piadoso
donde la gloria se anida.

Te entrego mi corazón,
toda mi dicha y mi suerte;
y a tu amante protección,
la vida, como la muerte,
con mi eterna salvación.

□ Caracas, 1919 □

• A María

A la Reina de las flores,
con amable sentimiento,
dedico este pensamiento,
consagro yo mis amores.

María, Madre querida,
santa madre del Señor,
Tú eres la luz de mi vida,
Tú el encanto de mi amor.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1921 □



A los santos

• A Santa Rita de Casia⁶

Rosa de caridad y de martirio

La santa caridad, lluvia de amores
que trajo al mundo el Redentor divino
para endulzar angustias y dolores
del hombre por la tierra peregrino.

Prendió una rosa rozagante y bella
en el alma triunfal de santa Rita,
rosa de amores de casta doncella,
rosa de amor casada y cenobita.

No fue como la flor de primavera,
que nace y muere al espirar el día;
fue más bien claro sol, clara lumbrera,
que vida y gloria al universo envía.

Dura espina de amor abrió en su frente
fuente de sacrificio y de martirio;
vivió y murió de amor, cual casto lirio
que vive y muere en solitaria fuente.

Pero su vida, al exhalarse al cielo,
dejó la tierra de su aroma henchida.

⁶ En el manuscrito, este poema incompleto aparece sin firma, pero es auténtico.



¿Quién no ha sentido el celestial consuelo
de esa flor, de ese aroma y de esa vida?

Tras de sus huellas, que el amor inflama
y el Sol divino con su lumbre dora,
lluvia de bendiciones se derrama
de caridad ardiente y bienhechora.

Ella, la mujer fuerte y valerosa
en todos los estados de la vida,
cándida virgen, madre y dulce esposa,
viuda cristiana y santa religiosa,
siempre fiel, victoriosa y no vencida,
siempre inolada al bienestar ajeno
en perfecta oblación y eterna ofrenda,
no hubo lágrima alguna que en su seno
no encontrara de amor segura prenda
ni oscura tempestad puerto sereno.

Sus manos trabajaron diligentes.
¿Qué son, si no, esas obras bienhechoras
que ostentan su blasón y su divisa,
sino flores del bien encantadoras
que brotan al calor de su sonrisa?

Ella, con el prestigio de su gloria,
de sus gracias, virtudes y favores,
alza del fondo de la humana escoria
esas huestes de limpia ejecutoria,
que saben del Amor de los Amores.



Ese sol de mujeres valerosas
que, al ser Rita mujer y ser tan bella,
corren tras los perfumes de sus rosas,
haciendo el bien con manos generosas,
siguiendo el brillo de su amante estrella.

Gloria a las manos que a tejer se aplican
el vestido del pobre y del mendigo.
Gloria a las obras que a su bien dedican
y al amor y piedad que santifican.

Gloria y honor a la mujer cristiana,
a esa obrera sin par de los Roperos,
a la que lucha y ruega, ora y se afana
para amar y hacer bien, ley soberana,
que es el cenit de los divinos fueros.

No tiene el mundo para tantos bienes
premio seguro ni inmortal corona;
del mundo hay que esperar solo desdenes;
a Dios toca ceñir a vuestras sienes
aquella con que al justo galardona.

Bendita sea la pasión sublime
que el Roperó fundó de Santa Rita,
donde tanta pobreza se redime,
donde encuentra el que sufre y el que gime
un escudo de amor y paz bendita.



• **Noche Feliz**⁷ (*arreglo*)

La devoción a santa Rita (1381-1457) ha sido constante en la Familia Agustino-Recoleta y muy popular en muchos países de la cristiandad. No es de extrañar que fray Julián ya bebiera de esta devoción desde su formación en los seminarios y le dedicara varios poemas.

En esta composición, el poeta contempla en sueños la belleza de la santa, que le revela el cariño, el consuelo y las gracias que guarda para sus devotos. El poeta ve a las trabajadoras de los *Roperos de Santa Rita* y cómo la santa toma en sus manos esas ropas, las besa, las embebe en aromas celestiales y las bendice. Después de esta célica visión que tanto disfruta, el poeta vuelve a la vida.

El soporte imaginario del sueño le permite componer un poema bello, dinámico, de lenguaje escogido e imágenes sugerentes, con metros variados y rima asonante abierta, al modo de los romances.

La vi en sueños, y nunca en el alma
he sentido placeres tan puros
ni ventura tanta
cual sentí aquella noche de gloria,
de delicias, de paz y de gracia.
¡Oh qué noche aquella!
¡Qué noche tan clara!

⁷ Ni en el manuscrito como *borrador* ni en el manuscrito como *arreglo* aparece el lugar o la fecha de composición.



En la bóveda azul de los cielos
lucían sus galas
titilantes estrellas que al mundo
servían de lámparas.
La luna argentada
paseábase lenta, mostrando
orgullosa su disco de plata.
Con débiles ecos
gemían las auras,
difundiendo los castos aromas
que a las flores del valle sobrarian.
Todo era silencio,
todo encantos y plácida calma.

Del Dios poderoso
adoré la bondad soberana.
Sus labios purpúreos,
cual cinta de grana,
los matices y tintas rosados
de encendido clavel semejaba.
Su voz era dulce,
semejante a las mitas sagradas
que modula el quesul, entonando
al Eterno sus cantos de hosanna.
La miré, me miró, y a su vista
sentí que mi alma
al impulso de amoroso vértigo
por librarme del cuerpo pugnaba.



Entonces risueña,
dirigiome su dulce palabra
y hablome más cosas
tan tiernas, tan gratas
que a mí no me es dado
en humano lenguaje expresarlas;
cariño y amores,
consuelos y gracias
para todos sus fieles devotos
a raudales me dijo guardaba
con el celo y afán de una madre
para el hijo de amor que idolatra.

Y luego, mostrándome
sus “Roperos”, sus obras amadas,
las colmenas de abejas del cielo
que en ellas trabajan,
los enjambres de niños desnudos,
que visten y calzan
al amor de estos santos asilos,
que ostentan su nombre y su gloria cantan,
los cubrió con sus manos benditas
los miró con delicia tan alta
que al mirar de sus ojos divinos,
inundándoles de luces tan claras
que más parecían
radiosas estancias
de algún paraíso,
donde Dios a raudales derrama
los dones de gloria,
que en el cielo disfrutan las almas.



Y vi a las obreras,
que en ellas trabajan,
convertidas en ángeles bellos,
adornadas de espléndidas galas,
laborando en materias sutiles,
radiantes y blancas,
que la santa tomaba en sus manos
e, imprimiendo sus labios de grana,
las tornaba embebidas en aromas
que en el mundo jamás se gozaran.

Caía una lluvia
de flores balsámicas,
como cae el rocío en los prados
a las cándidas luces del alba,
y eran tan preciosas
de belleza tan noble y tan rara
que jamás las he visto en la tierra
ni creo las haya,
sino allí donde nacen las rosas
que jamás se marchitan y acaban.

Pensiles floridos,
primaveras gafas,
parecían los santos “Roperos”,
donde abriga el amor la desgracia
bajo el velo de angélicas flores
que de gloria prendían las salas.



La Santa bendita
con sonrisas de amores colmadas
recogía las más olorosas
tejiendo preciosas guirnaldas,
coronaba las frentes serenas
de sus bellas obreras cristianas.

¿Qué son, Santa mía,
esas flores que caen del cielo
cual rocío en la fresca mañana
y embellecen tus santos “Talleres”
y a tus siervas la frente engalanan?

Ésas son, me dijo,
las preciosas lágrimas
de los pobres, que suben al cielo
del dolor la angustia en las alas
y allí se transforman
del amor en las urnas sagradas
en lluvia de flores,
de amores y gracias
para aquellos que calman dolores,
socorren miserias y alivian desgracias.
Felices mil veces
las manos que labran
el vestido que cubre sus carnes,
el consuelo que calma sus ansias,
la salud de sus cuerpos marchitos,
los caudales que enjugan sus lágrimas.



Mil veces benditas,
me dijo la Santa,
mis Talleres, mis santos Roperos,
mis castas obreras, sus obras de gracia,
sus fatigas, sus santos anhelos,
su fe en mis amores, su dulce esperanza;
que la humilde oración de los pobres,
que visten sus manos y alivian sus almas,
volverá de los cielos vestida
en raudales de espléndidas gracias,
que serán de su vida el consuelo
y en su muerte serán su esperanza.

Así habló... Su diestra
elevó majestuosa, pausada,
y bendijo sus santos Talleres,
musitando celeste plegaria.

Caí de rodillas
y besé sus virginales plantas,
y luego risueña
la vi se alejaba,
dejando transida
de dolor con su ausencia mi alma.

La seguí... y al esfuerzo que hiciera
en mi afán de poder alcanzarla
desperté... y extendiendo la vista
vi que en la ventana



juguetera la luz sonreía
de los crespos cabellos del alba.
¡Oh noche aquella!
Yo no puedo jamás olvidarla.
¡Qué hermosa es mi Rita,
mi Santa adorada!

• A Santa Ana⁸

Eres el tallo gentil
de donde brotó la rosa
más galana y primorosa
que adorna fresco pensil,
el pensil de los amores
que al Verbo eterno enamora,
la fresca y divina aurora,
madre de brisas y flores.

¡Cuán grande fue tu destino,
cuán venturosa tu suerte,
pues madre llegas a verte
de la del Verbo Divino!
Por un prodigio estupendo
de la diestra soberana,
fuiste gloriosa santa Ana,
feliz madre, estéril siendo.

⁸ No hay manuscrito en AGOAR ni se sabe el lugar y la fecha de composición. Entre 1915 y 1917 cuidó en Maracaibo de la iglesia de Santa Ana, donde se esmeró sobre todo en el ministerio de la Reconciliación. Este poema podría responder a su estancia en esta ciudad.



Que fue la Virgen María
fruto de tu casto seno,
flor de tu pensil ameno
que el cielo al mundo le envía.
Sangre de tu sangre fue
la que en la Cruz fue vertida,
vida de tu propia vida
que al mundo salva en su fe.

Jesús nació de María,
María de ti nació;
conque la sangre que dio
de tus entrañas venía.
Sangre generosa y fiel,
digna de la Redención,
sangre de tu corazón
que en Jesús venía a ser
causa de mi salvación.

De eterna veneración,
de amor eterno y de gloria
será siempre tu memoria,
objeto de culto tierno,
nombre temible al infierno
y un astro hermoso en la Historia.



• Santo Domingo de Guzmán⁹

La bestia del Averno
devoraba los fértiles pensiles
de los reinos de Dios. El humo denso
del error ascendía a las esferas
y en todos los confines
subía al cielo el ruido pavoroso
de intenso batallar. ¿Quién es el hombre
que con su acento y con su mano enfrena
la horrenda tempestad?
En vano rasgan
la atmósfera candente del combate
los rayos de la Cruz. Nada contiene
los ímpetus del mal. Tronos y altares
tiemblan como las hojas que sacude
furioso vendaval, y en triunfo vuelan,
ebrios de sangre y de matanza hambrientos
los hijos de Satán, hechos señores
de la hecatombe y de la ruina. Ruedan
sobre cenizas que dejó el incendio
de altivas torres y sagrados templos
donde la humanidad halló su asilo,
su fuerza y su sostén, los seculares
cimientos de una edad que escribe en bronce
los epitafios de sus muertas glorias

⁹ Este poema lo compondría fray Julián a petición de los Dominicos, con los que tuvo buenas relaciones en Caracas (1917-1920), y con los que colaboró en algunas de sus revistas.



de inmensa gestación, albas serenas
de claros cielos y esplendentes soles,
cuales fueron Salmántica, Sorbona
y el ciclo que llevó las colombinas
carabelas al mar de los Caribes
y al Helesponto la victoria insigne
del reino de la Cruz, luz de los hombres,
siglos potentes, sabios redentores
los que orlados de lauros inmarchitos
por siempre vivirán; y tú, con ellos,
árbol potente de opulentas ramas
que abarcas los extensos horizontes
de siete siglos. Las excelsas águilas
de la virtud y de la ciencia angélicas
gustaron de tus frutos y anidaron
bajo tus gratas sombras;
de allí volaron a explorar los cielos
y el mundo se llenó de resplandores
¡Oh sol de España! Tu ardorosa lumbre
venció la tempestad. Calló la muerte
y el error arrojose en los abismos
de los reinos del mal, de donde, un día,
lo llamó sobre el mundo el primer hombre.
Tú creaste la luz. La paz y el orden
brotaron de tus labios amorosos
como blancas palomas mensajeras
de la Gloria de Dios. Brisas y flores
y frescos manantiales de aguas vivas
brotaron por doquier tras de tus huellas,

oh Santo del Señor; y en triunfo insigne
dejaste al mundo cuando el sopro ardiente
de tu genio en el cáliz de la muerte
subió a alumbrar la luz del Paraíso.

□ Caracas, 1910 □





Íntimas

• Los recuerdos

Cuando Julián escribió este poema contaba con unos treinta años. Pasa por momentos de oscuridad vital y recuerda con nostalgia las alegrías del pasado. Hombre de fe, ante la angustia y el cansancio, alza su mirada al Señor para seguir caminando a la espera del descanso deseado.

Recuerdos que voláis por el ambiente
de mi ardorosa mente
como aladas, ligeras mariposas,
horas pasadas, horas más hermosas,
doradas como nubes que el poniente
sol de la tarde enguinaldó de rosas.
Recuerdos de la vida, fiel tesoro
que resta al hombre de su vida entera;
dichoso el hombre que en el alma os lleve
sin que la espina del dolor artera
abra en su corazón de ardiente lloro
fuente inmortal que en su raudal le abreve.

Como se pinta el cielo y se retratan
sobre el terso cristal de clara fuente
las nubes y los soles que lo habitan,
así sobre vosotros se desatan
las dichas y dolores juntamente
que en su carrera al corazón agitan.



Feliz una y mil veces,
el que al mirarse en vuestro claro espejo
sólo ve claras linfas, claros cielos.
Yo he debido apurar hasta las heces,
en tres años de vida que atrás dejo,
un calvario de amargos desconsuelos.

¡Ah! Pereced, desapareced, vosotras,
horas de maldición y eterno olvido
y en los abismos del horror perdeos.
Venid aquellas otras
que dulces compañeras habéis sido
de mis castos amores y deseos.

Venid, momentos de la edad primera,
sueños de rosa, alegres fantasías,
dulces recuerdos, vida placentera
sembrada de inocentes alegrías.

Venid, el bello coro
de ilusiones aladas, blancas, puras,
de dichas y venturas
que ahora perdidas para siempre lloro.

¡Cuánto el hombre es feliz cuando, inocente,
mira al mundo y no ve más que lo bueno!
¡Dichosa edad hasta los años veinte!
¿Por qué te alargarás? ¿Por qué el veneno
de las horas del mal toca en el alma?
¿Por qué vienen los días tenebrosos,
días de perdición, noches sin calma,
sobre un cielo de gloria antes dichoso?



Recuerdo que, al cumplir los años treinta,
un grito de dolor cargó mis labios,
hijo de mi profundo desconsuelo.
Desde entonces la vida me es violenta,
voy por el mundo devorando agravios
y solo gozo al contemplar el cielo.

Si lícito me fuera
cortar el hilo de mi vida errante,
ya ha tiempo que lo hubiera
cortado sin piedad; y, en un instante,
mi espíritu inmortal, eterno amante
de la luz, de la gloria y la hermosura,
hubiese lanzado un rauda vuelo
cantando por el cielo,
como el ave que canta su ventura,
dejando aquí su mísera envoltura,
como deja la bella mariposa
su capullo colgado de una rosa
donde tuvo su blanda sepultura.

Pero el Señor mis días ha contado
y ha puesto a su cuidado mi destino.
Yo adoro su bondad, y confiado
prosigo por el mundo mi camino.
Un día, el peregrino,
logrará su descanso deseado.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1908 □



• La muerte y la vida

Fray Julián trata de forma reiterada el tema de la muerte en varios poemas. En este confiesa la inmortalidad del alma.

La luna fría de enero
ponía un beso de luz
en los brazos de una cruz
de un cementerio pueblerino;
y un viejo sepulturero
cavaba una blanda fosa
para una virgen piadosa
que acababa de morir,
y a la tumba iba a dormir,
blanca, pura y silenciosa.

Llegó el entierro y dejaron
la caja al borde fatal,
y un “Padre Nuestro” final
los que llegaban rezaron,
y a la fosa la bajaron
y un postrer adiós le dieron,
y la dejaron solita
bajo la tierra bendita
con que la fosa cubrieron.

Rayó la noche en la altura;
la luna vino con ella
y encontró fresca aún la huella
de la humilde sepultura.



Dormía la virgen pura
su sueño largo y profundo;
y en tanto rodaba el mundo
sobre su hermosa cabeza.
¡Extraña y santa grandeza
la de ese sueño infecundo!

¿No habrá una luz más allá
de esa tumba funeraria
que alumbre la solitaria
región donde el alma va?
¿Por siempre se apagará
todo amor, todo consuelo,
toda luz de ese cielo,
toda esperanza dichosa
para esa angélica rosa
que muerta yace en el suelo?

Todo es en la creación
adverso a esa triste duda;
después de la muerte ruda
viene la resurrección;
y el mundo es una canción
donde todo se renueva;
todo en sí su vida lleva,
el bruto, el ave y la flor.
¿Morirá un ángel de amor
y no tendrá vida nueva?



Sí, que la muerte no pasa
más allá del cementerio,
y en su profundo misterio
la antigua muerte fracasa.
La tierra en tierra se amasa,
pero el espíritu, no;
que Aquél que el alma formó
dio al alma vida tan fuerte,
que con ser dura la muerte
jamás un alma mató.

Las almas son inmortales
aves de un mundo divino,
van a su eterno destino
desde sus cuerpos mortales.
En las urnas funerales
queda la materia vil
como queda en el abril,
suspenso a un tallo de rosa,
capullo de mariposa
que vuela libre el pensil.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1909 □

• Día de difuntos

Doblan tristes las campanas
en todos los campanarios,
repican los incensarios,
suena el canto funeral,



y anuncian al mundo vano,
entre sublimes conciertos,
que los vivos y los muertos
tenemos un fin igual:

Que todos somos hermanos,
que un momento aquí nos vemos,
y es bien que nos acordemos
de los muertos con amor.
Que la oscura tumba encierra
una esperanza escondida
de otra Patria y otra vida
que a los muertos da el Señor.

□ Caracas, 1909 □

• **Requies**

Las copas hirsutas
de aquellos cipreses,
los cipreses que velan las tumbas
que guardan la muerte,
tienen ecos de voces que fueron,
rumores que mienten
al compás de las auras nocturnas
la voz de los seres,
que nos hablan al pie de las urnas,
como hablarse pueden,
los misterios de un mundo dormido
que en sus brazos estrecha la muerte.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1909 □



• Confesión¹⁰

El poeta se define trovador, cantor, poeta, bardo, a modo de confesión a los victorianos, que le han comprendido frente a otros que han interpretado mal su quehacer poético. Y muestra sin tapujos cómo se siente estrechamente unido a este pueblo y lugar de La Victoria.

Silenciosa, empolvada, soñolienta,
colgada en los desvanes del olvido,
suspiraba nostalgias de otros días
la lira del cantor;
y, entretanto, rodaba la tormenta,
rugía el huracán embravecido,
arrollando en sus ráfagas sombrías
una época anterior.
¿Quién fuera el que al humilde solitario
de su oscura mansión arrebató
y, alzándole en un juicio temerario,
le hizo esclavo del trono y partidario
de cuanto no soñó?

Lanzado al vendaval de las pasiones,
he corrido también mi temporal
y he sido ejecutado en mis canciones
por manos de verdugos de opiniones
que no faltan aquí por nuestro mal.

¹⁰ Manuscrito digitalizado en JPG.



Yo no sé si al tener un noble pecho,
hidalgo corazón y un alma fiel,
será pecado aquí. Pero es un hecho
que estoy de mi conducta satisfecho,
como de sus victorias san Miguel.

¿En qué pequé? Cual ave mensajera
de otros climas que ve primero el sol,
caí cantando aquí la vez primera,
bardo errante, sin credo y sin bandera,
sin más nombre ni señas en el rol.

Cuanto vi, cuanto amé, cuanto he amado
tuvo en mi lira un canto; lo sabéis.
Yo soy un trovador. ¿Será pecado
llevar un corazón enamorado
del honor de esa sangre que tenéis?

Como se canta a Dios, como se canta
cuando a la voz el corazón se envía,
con el alma y la vida en la garganta,
como canta la alondra al nuevo día
y al sol la creación y el sol al cielo,
y el cielo a Dios que el bello sol le envía;
lleno de convicción y ardiente anhelo,
lleno de fe y amor y ardor sentido
con la efusión y fuerza con que brota
la vida en la extensión del universo,
dándote el corazón en cada nota,
dándote el corazón en cada verso.



Pero vuestra virtud me ha redimido,
mejor dicho, jamás me condenó;
yo soy entre vosotros conocido,
poeta sin bandera y sin partido
bardo de Raza y casta; eso soy yo.

Mi limpia ejecutoria os he mostrado,
victorianos, en más de una ocasión.
Si alguien de otro sabor me ha interpretado,
lleva su penitencia en su pecado;
pues ni yo de ideales he cambiado
ni comulgado habéis en su opinión.

Ya lo sabéis. Mi vida es vuestra vida;
vuestro honor es mi honor. Pena y ventura
la nuestra es una; y vuestra varia suerte
como mi propia suerte me es querida.
Es el alma de Raza que os lo jura,
poniendo entre los dos la dura muerte,
poniendo entre los dos la sepultura.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1911 □

• Madrigal del amor divino

Entré al jardín del amor,
cogí una rosa;
diome una espina dolor,
que es cierta cosa
hallar espina en la flor,
como pesar en placer
y en el gusto, padecer,
para que sepa mejor.



Sentirte, oh Dios, y no verte,
pena es que el alma devora;
por eso invoco la muerte,
porque, desde aquella hora,
cuanto quiero he de quererte.

□ Coro (Falcón, Venezuela), 1913 □

• El alma y su amor

Iba el alma con Él, engalanada
con las flores joyantes del amor;
y, al ser de los pastores preguntada,
respondió la divina enamorada:
“Él es el Bien que adora el corazón”.

□ Coro (Falcón, Venezuela), 1914 □

• La voz de la campana

MUERTE

Una tumba milenaria,
bajo la cruz del Calvario,
oye el son del campanario
de una ermita solitaria;
y una modesta plegaria
de un anciano cenobita
cae en la tumba bendita
como un reguero de luz,
llevando al viejo ataúd
una esperanza bendita.



¡Oh!, que el muerto milenario
oye en su tumba cristiana
la nostalgia soberana
de la voz del campanario;
y en su fúnebre sudario
saluda el rayo de luz
que, del seno de la cruz,
va a alumbrar su sepultura,
nuncio de eterna ventura,
prenda de eterna salud.

De aquella vida inmortal
nos hablan los campanarios
con los ecos funerarios
de sus lenguas de metal.
La suerte es del todo igual
si bien lo consideramos,
que, los que vivos estamos
rezando por los difuntos,
muy pronto estaremos juntos
por la senda que lloramos.

Y otros vivos rezarán
por nosotros sus plegarias;
nuestras urnas funerarias
con sus flores ornarán;
las campanas doblarán
sobre nosotros también,
y en su solemne vaivén



dirán con dolor profundo:
“Todos los muertos del mundo
Requiescant in pace. Amén”.

Ésta es la inmensa canción
que cantan los campanarios
al son de los incensarios
y al rumor de la oración.
Así, en santa comunión,
porque todas son hermanas,
rezan todas las campanas,
doblando incesantemente
con voz profunda y doliente
sobre las tumbas cristianas.

□ Caracas, 1918 □

• **Militia est vita hominis**

Fray Julián debió de sufrir intensamente a lo largo de su vida, cuando menos afectivamente. Este estado anímico de ansiedad, descontento y agitación le lleva a suspirar con frecuencia por el sosiego, la tranquilidad anímica y el descanso en Dios. El título de este poema expresa bien su contenido: la vida es una “lucha”, pero el corazón anhela una vida alegre y buena, colmada de dicha y falta de penas. Lo escribió en Caracas en 1919, cuando lleva ya en Venezuela más de diez años y ha experimentado varios cambios de residencia y trabajo, debidos en parte a su inestabilidad.



Vida alegre, vida buena,
vida de dicha colmada,
vida que corre sin pena,
que es toda limpia y serena
como una bella alborada;

esa vida quiero yo,
por esa vida suspiro;
pero al quererla, deliro,
porque no la encuentro, no,
por más que pienso y que miro.

Por más que ansioso me agite,
no hay en la tierra un rincón
donde el pobre corazón
no se agoste y se marchite,
penando sin compasión.

No encuentro paz en la tierra,
y, en mi búsqueda importuna,
las horas, una por una,
van pasando en dura guerra,
y, en paz completa, ninguna.

¡Válgame Dios! y ¡qué bien
descansaremos en Dios!
En el cielo no habrá quien
venga molestándonos
por siempre jamás. Amén.

□ Caracas, 1919 □



• Mi celda

El poeta alaba el retiro y soledad del convento y se manifiesta deseoso de esa vida austera en la que encuentra la dicha.

Yo sé de un rinconcito bienamado,
lleno de paz y de ventura lleno,
que parece, del mundo retirado,
como si al mismo mundo fuera ajeno.

Como si fuera el nido alto y seguro
del águila caudal puesto en las nubes;
como un jirón del cielo santo y puro
que conocen tan sólo los querubes.

Yo sé de una mansión quieta y tranquila
que parece a la roca solitaria
de otro alto Sinaí, donde se asila
cuanta dicha en la tierra es necesaria

para vivir de Dios, con Dios unido,
con un quieto pasar de manso arroyo,
de fiera tempestad no combatido,
donde el genio del mal no tiene apoyo,

donde el alma reposa sin cuidado
como el niño en los brazos maternos;
lugar seguro, puerto bien guardado
de borrascas y fieros vendavales.



Yo sé de un delicioso paraíso
lleno de encantos mil, que, en dulce calma,
convidan a gozar cuanto Dios quiso
que hubiera aquí de dichas para el alma.

Este asilo de paz, esta dichosa
solitaria mansión, este retiro
de encantos lleno y calma deleitosa,
nuevo Edén, nuevo cielo en que respiro,
es mi celda, mi celda silenciosa,
con su grato solaz y pobre arreo;
cuanto quiero en el mundo, aquí lo veo.

Una mesa, una silla, un santocristo...
todo pobre y modesto y bienamado;
pobre lecho también. Mas bien provisto
de descanso y de sueño regalado.

Todo ello en cuatro palmos de distancia,
que forman de mi celda, el gran imperio;
desde esta breve y solitaria estancia
desprecio la extensión de un hemisferio.

Todo es amigo en derredor y hermano;
todo me dice de mi dicha inmensa;
Dios es mi herencia y mi tesoro arcano;
la gloria de esta dicha está suspensa.

Busque quien quiera suerte más cumplida,
yo estoy de mi fortuna satisfecho;



mi celda es mi palacio de por vida;
lo demás... yo lo llevo acá en el pecho.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1925 □

• Los apóstatas¹¹

Sobre el altar donde a Jesús se adora,
suspirando y llorando me postré.
¡Cuántos Judas pasaban de mi lado!
¡Cuántos hombre sin fe!
Sobre sus labios sacrosantos iban
depositando un beso de traición.
¿Hasta cuándo, le dije, oh Dios del alma,
durará tu pasión?
Y Él, humilde y amante y silencioso,
los despedía sonriendo, sonriendo en paz;
y enseñándome al Judas de la Historia,
me dijo: “Será eterna su memoria,
porque el hombre es un judas, nada más”.
Yo quise protestar, como san Pedro
en la tremenda noche en que cayó;
quise decirle: “Aunque te nieguen todos,
no te negaré yo”.
Y me mostró los mundos agitados
en eterno vaivén.
“Todos pasan, me dijo, y me saludan;
mas yo no voy con ellos: Quédate”.

¹¹ En el manuscrito no aparece el lugar ni la fecha de la composición.



Cantos y loas de temática agustino-recoleta

Los poemas agrupados bajo la denominación **Cantos y loas** son numerosos y casi todos muy extensos, hasta romper con la medida en el canto *Recolección y recoletos*, que supera los mil versos. Por ello, los presentamos en dos subgrupos: los de *temática agustino-recoleta* y los de *temática diversa*.

Fray Julián parece tener preferencia por temas históricos, rememorando momentos de gloria y avivando el sentimiento patriótico. Al menos siete de los poemas del segundo subgrupo los compuso en La Victoria entre 1908 y 1912.

Julián Moreno fue un enamorado de su Orden y de su vocación de agustino recoleto. Dedicó laudatorios poemas a varias personalidades de aquel entonces, como en *A un ilustre obispo agustino recoleto*, del que no da el nombre, pero bien podría ser su tío san Ezequiel; en otro bello poema de ocho décimas canta las cualidades insignes del *P. Patricio Adell*, así titulado. En *Ofrenda de una humilde violeta* alaba a varios religiosos, entre ellos al ya entonces ilustre Ezequiel Moreno (†1906). Un poema de circunstancias es *Saludo y bienvenida*, compuesto en San Millán en 1926 con ocasión de una visita del prior provincial Bernabé Pena. En 1921, también en San Millán, compuso un *Himno a la Recolección Agustiniense*. A la localidad navarra donde su Orden había fundado el Colegio Apostólico San José en 1925, fray Julián le dedica una larga poesía: *A Lodosa, un pétalo de blanca magnolia*. Sobreabundan los recursos poéticos y esta historia le inspira, una vez más, acentos magníficos.



• A un ilustre obispo agustino recoleto¹²

Érase un pobre padre de familia
que el mundo en su extensión peregrinaba.
¡Cuánta ruda labor, cuánta vigilia,
el dar pan a sus hijos le costaba!
¡Cuánta arruga surcaba
—pruebas de la batalla de la vida—
la noble frente que, en la lucha, erguida,
tras la lucha hacia el suelo se inclinaba
del peso de la lucha al fin vencida!

Un día, en los azares del camino,
astro de bendición, nuncio del cielo,
lució para el cansado peregrino
nueva aurora de paz y de consuelo.
Día de gracia fuelo
para todos los hijos de Agustín
cuando del seno del profundo arcano,
donde reserva Dios sus altos dones,
vinisteis conducido por su mano,
como un ángel de altísimas regiones,
a llamaros por siempre nuestro hermano
y a colmarnos de honor y bendiciones.

¹² No se conoce quién es el obispo al que dedica este canto. Quizá sea su tío san Ezequiel Moreno, aunque los dos primeros versos no cuadran con el género de vida llevado por el progenitor del santo obispo de Pasto.



Él os acrecentó. Del sacro imperio
que Cristo cubre con su regio manto,
sois un príncipe vos, príncipe excelso,
pontífice y pastor del pueblo santo
y uno de sus gloriosos tutelares
donde relumbra en esplendor divino
juntamente el honor de los altares
y las glorias del ínclito Agustino.

Acordaos de aquel que en este instante
nos mira desde allí. ¡Cuánto consuelo
inundará su espíritu gigante!
¡Con qué noble ambición, con cuánto anhelo
os juntará a su ejército triunfante
y os mostrará a los ángeles del cielo!

¡El Hermano Mayor! El poderoso
príncipe de la casa; el noble hermano,
que, cual cedro del Líbano frondoso,
se eleva en el solar agustiniano;
cuanto más poderoso, más hermano;
cuanto más encumbrado, más piadoso.

Ahora sois José, mas no vendido
como el antiguo por adversa suerte;
vuestros hermanos siempre os han querido,
os aman y os querrán hasta la muerte.



Y al veros caminar a la alta esfera,
donde ciencia y virtud a par os llaman,
caro a los cielos y a la Iglesia entera
de nuestra ciencia y santidad proclaman;
humos de bendición alzan al cielo
los que unidos a vos en alma y vida,
como esperaron con ardiente anhelo
ver llegada esta hora de consuelo,
gozan en su esperanza ya cumplida.

Venís con vuestro ingenio peregrino,
con vuestra alta virtud y vuestra ciencia,
a continuar la clara descendencia
a los ilustres hijos de Agustino.

Sois de Raza de genios inmortales,
cuyas empresas y brillantes glorias
llenar de quince siglos las historias
y celebran los fastos celestiales.

Gloria a Dios, cuyo Espíritu fecundo
llena de Redención, de sacra lumbre.
Gloria a Cristo inmortal, que llena el mundo
de gracia y santidad. Gloria al sagrado
genio, que os lleva hasta la cumbre
del claro, divinal, apostolado
para que uno entre mil, astro radioso,
brilléis cual sol hermoso
sobre el cielo de América sagrado.



Los que con vos sentimos,
los que vuestros aumentos esperamos,
al daros parabién, lo recibimos;
y al saludaros hoy, nos saludamos.

Que es nuestra vuestra gloria,
pues de un mismo solar todos venimos,
de los santos Desiertos Africanos;
y, si somos hermanos con la Historia,
también en el honor somos hermanos.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1908 □

• El P. Patricio Adell¹³

Flor de claustro virginal
donde yo también nací,
donde yo la lumbre vi
de la patria celestial;
ángel de carne mortal
cuya existencia en el suelo
fue la de un ángel del cielo
vestido de bellas galas
que solo espera unas alas
para remontar su vuelo.

¹³ No hay manuscrito en AGOAR, sino que se conserva mecanografiado. Patricio Adell fue el propulsor de la apertura de las misiones de los Agustinos Recoletos en América a partir de 1898, con motivo de la Revolución filipina, y fue organizador de la primera expedición de religiosos salidos de aquellas islas a esa nueva tierra de misión, que desembarcó en Panamá y Venezuela.



Cuerpo ruin y alma gigante
corazón grande y fecundo
de los que caben un mundo
y aun queda espacio bastante;
bajo su austero semblante
de penitente eremita,
llevaba un alma bendita
tan luminosa y tan bella
que parecía una estrella
encerrada en una ermita.

Yo vi la rosa galana
reina del fresco pensil
luciendo entre flores mil
su hermosura soberana.
Tal fue entre la agustiniana
familia Patricio Adel,
flor de su fresco vergel,
rayo de un astro divino,
hijo del grande Agustino,
humilde y grande como él.

Su vida fue embalsamada
como el cáliz de las flores;
fue bueno entre los mejores,
y él pensó que no era nada.
Su virtud acrisolada
y oculta en su corazón
era como una oración
continua que al cielo sube
desde el seno de una nube
de profunda adoración.



Te amó con profunda fe,
Descalced, madre querida,
te amó con toda su vida
vida y alma dándote;
pues si hay otra no lo sé
que te quisiera mejor;
él fue tu bello esplendor
esplendor de tu ventura;
y en tus horas de amargura
un ángel consolador.

Por ti los mares surcó
peregrino de los mares;
por ti cien templos y altares
en dos mundos levantó;
por ti banderas alzó
donde quiera peregrino
y ángel del cielo divino
más que mortal de la historia
llevó a los mundos la gloria
de los hijos de Agustino.

Moriste, al fin, como el sol,
cargado de resplandores;
moriste con tus amores
como él con su arrebol;
junto al pilar español,
donde su fe se atesora
te cogió la última hora,
y acabaste la partida
junto a tu madre querida
la Virgen encantadora.



Nada faltó a tu destino,
nada a tu amor y a tu fe;
caíste como se ve
caer un buen agustino.
Moriste cual peregrino
que va al cielo en romería
junto a la Virgen María
que era tu eterno querer:
y así dijiste al caer:
“Yo muero como quería”.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1908 □

• **Recolección y Recoletos**¹⁴

Este largo poema de 1.195 versos es una epopeya sobre la historia recoleta. Fray Julián, tras personificar a la “Excelsa Recolección”, arranca, en tono elevado, con un bello canto a san Agustín, para ceder la palabra a la Recolección (I), la virtud (II), la ciencia (III) y el eco (IV). Desfilan numerosos frailes que, en opinión del poeta, han destacado por su virtud, su ciencia, o ambos. El tono es encomiástico; la rima romanizada en su mayor parte facilita la lectura por su sencillez. Destaca más el entusiasmo y amor vertidos por Julián en sus versos que la verdad histórica de lo narrado. Es, en efecto, un poema de exaltación, una epopeya recoleta.

¹⁴ Declamado en la velada celebrada en San Millán el 20 de noviembre de 1921 con motivo del tricentenario del I Capítulo General de los Agustinos Recoletos.



Sentada en la verde alfombra¹⁵
de una pradera del cielo,
todo encantos, todo flores,
todo músicas el viento,
la Excelsa Recolección,
hija de Agustín excelso,
madre de santos y sabios,
del mundo asombro y ejemplo;
con la Ciencia y la Virtud,
sus bellas Damas, y el Eco
que en sus alas llevó al mundo
su nombre y sus altos hechos;
de su vida haciendo historia,
sus Anales recorriendo,
así hablaron cada una
con blando y tranquilo acento:

I. La Recolección

Oídme: cuando el Águila del cielo
del pecado salió libre y valiente,
al arrojar a Dios en raudo vuelo,
con ansias vivas de su amor ardiente,
divina Religión plantó en el suelo
de evangélica luz e ilustre gente,

¹⁵ La composición toma su motivo de la obrita dramática *Recolección y Recoletos* de fray Pedro Fabo. “*Va corregida aquí de no pocos defectos de forma con que se publicó en el Boletín de la Provincia [de San Nicolás de Tolentino] de enero de 1922. Y deseamos que conste así: Suum cuique*”.



y el aliento de Dios de lo alto dado
y el benéfico influjo de María,
al germen implantado
con tanta lozanía
por la mano del férvido Agustino,
dieron impulso allí, tan peregrino
que si brotó gentil, como flor pura,
fue más grandioso, más, su crecimiento,
porque en breve momento
los mundos encantó con su hermosura.

Cuando así estaba, a la región divina
voló Agustín, dejándonos tristeza
que nuncio pareció de eterna muerte.
Pero no, que su esencia peregrina
mil astros de virtud y de pureza
nos dejó, que guiaron nuestra suerte
al través de once siglos de amargura,
que en luchas y catástrofes pasaron
y en pos de su luz pura
las almas hacia Dios encaminaron.

Después... ¡hado cruel! Sueño de muerte
el necio mundo a mi pesar dormía,
que no puede llamarse de otra suerte
el sueño del error y la herejía.
Pero bajó del cielo estrella hermosa,
trayendo la ventura en su destino,



y en Portugal cayó bella y radiosa,
depositando allá su don divino.

La Lusitania un día
me vio bajar al mundo desquiciado
llena yo de alegría
y en brazos de Tomé, de Dios amado.
Lleváronme en mil auras de ventura
coronada mi frente de esperanza,
y el sonris de mi boca fresca y pura
a los hombres brindó la bienandanza.

Siendo muy niña en triunfo me llevaron
a la feliz España
y al punto que miraron
mi gracia celestial de forma extraña
en éxtasis de amores me adoraron.

Luis de León, el hombre más ilustre
del siglo dieciséis, ínclito y santo,
gozo del mundo y de las ciencias lustre,
me dio con su saber divino encanto.
Y a mi lado vinieron
Felipe el grande, de su siglo atlante,
y los nobles de España esclarecidos,
y todos me siguieron
adorando en la luz de mi semblante,
de amor y admiración enardecidos.



Luis de León, mirándome aún tan niña,
me engalanó con nobles atavíos,
y en venturoso día
pude ostentar mis bríos,
y en mi trono lucir mi gallardía.

Y después... ¡Oh! después volé radiante
por los mundos en alas de la gloria
y en mi paso triunfante
nuevas eras se abrieron a la historia,
y en pos de mí venía
gracioso y arrogante
un séquito triunfal de gente mía,
y a mi paso se alzaban reverentes
de gloria mil laureles y mil palmas,
que fervorosas almas
agitaban con júbilo impacientes
y con voz conmovida, aclamadora,
gritaban ante mí: ¡Salve, Señora!

Marché después a Italia rica y bella,
que Andrés Díaz en Nápoles famoso
en triunfo me ostentó; como una estrella
su cielo recorrí; y en raudo vuelo
Roma, Nápoles, Génova y Sicilia
me vieron en su cielo,
y en sus bellos pensiles mi Familia.



Después Austria y Bohemia me admiraron
y en Viena y Praga casas me fundaron.
Marché también a Francia
llevada por Mateo, el venerable,
y tal fue mi abundancia
que tres Provincias de orden admirable
presto vieron la flor de mi Observancia.
La Provenza, París y el Delfinado
allá me dieron fruto sazonado.

Y en Túnez penetré y Numidia ardiente,
y ellos vieron las lumbres de mi frente,
y en otros muchos pueblos fui admirada,
y por todos los reinos codiciada,
y en esa tierna edad de la inocencia
mis hijos fueron el honor del mundo
por su saber profundo,
por su virtud y mágica elocuencia
como ángeles gloriosos
que seguían en pos de mi bandera,
promoviendo mi gloria fervorosos
y aclamándome hermosa por doquiera,
y a fin de acrecentarme en hermosura
en catorce Capítulos trataron
de adornarme sin par y hacerme pura
y su intento lograron.
Ellos me hicieron límpidos vestidos
siempre más ricos, siempre más preciosos,



aumentando grandeza a mi corona
y timbres a mi nombre esclarecido.

¡Oh días venturosos!
¡Oh tiempos que en mi honor el cielo abona!
Seáis por siempre todos bendecidos.
Pero, habla tú, oh Virtud, hija del cielo,
cuenta mis glorias, que escucharte anhelo.

II. La Virtud

En un día gloriosísimo
de majestad y grandeza
vi nacer en Portugal
una niña pura y bella,
ella me adoptó por madre,
yo la prohijé sincera
con promesas de esperanza
que muy pronto fueron ciertas.

Creció en mi seno amorosa
y, cada vez más perfecta,
dondequiera me seguía;
me seguía muy de cerca,
siendo mi dicha y mi encanto
su candorosa inocencia.
¿Sabéis quién era esta niña?
¡La Recolección excelsa!
El padre de esta señora
fue un hombre de providencia,



fue un prodigio de la gracia,
fue maravilla estupenda.

En un raptó de su amor
dio a luz a esta hermosa reina;
amor grande, noble pecho,
celo santo, gran pureza,
fueron las prendas de su alma,
de su alma, divina perla,
formada para el martirio,
para la gloria dispuesta.

Cautivo fue del amor,
para cautivar conciencias,
a las prisiones de Argel,
del nombre cristiano afrenta;
y cautivo pereció,
mártir de amores y penas.
¿Sabéis cuál era ese mártir?
Fray Thomé de Jesús era.

El protector más celoso
que siguió a ese gran atleta
fue el sabio Luis de León,
digno de memoria eterna.
Este hombre empleó su vida
y empeñó todas sus fuerzas
en educar y vestir
la Recolectión aún tierna.



Después hombres eminentes
lleváronla a Talavera
y allá comenzó a lucir
con luz de soles y estrellas.
Desde allí pasó al Portillo;
luego a Madrid y a Valencia
y, antes de esos, a La Nava;
y en Zarandilla y Zuera,
y en Zaragoza y Toboso
tuvo asiento y formó hacienda,
y en Borja y Valladolid,
y en Benabarre y Maqueda,
y en Alcalá y Salamanca,
y en Santa Cruz de la Sierra,
y en La Viciosa y Caudiel,
volviéndose aragonesa
con Calatayud; Toledo,
Sevilla, Luque y Sigüenza,
Barcelona y Valdefuentes
que de Trujillo anda cerca,
y en Campillo y en Almagro
y Alfaro, riojana bella;
y en otros puntos y pueblos,
que enumerar fuera cuenta
de no acabar, tuvo asiento
nuestra peregrina reina.

Mas, viniendo a nuestros días,
de aquellos tiempos y fechas



¿quién no conoce mil nombres
de Conventos, Residencias,
Colegios, Casas, Curatos,
centros de la vida nuestra
que ilustra en el ancho mundo
la sandalia recoleta
en España y Filipinas,
en Brasil y en Venezuela,
en Colombia y Panamá,
Trinidad y Norteamérica:
Monteagudo, San Millán,
Marcilla, Puente la Reina,
Madrid, Motril y Granada,
Zaragoza, Ágreda, Artieda,
Villaviciosa, Motril,
Monachil, y Roma misma?
Y, en las partes de ultramar,
¿quién podrá aquí hacer la cuenta
sin pasarse de prolijo?

¿Dónde hay pluma, dónde hay lengua
para contar tantos nombres
y enumerar sus empresas?
De tantos claros varones
que brillaron como estrellas,
¿cómo recordar el cómputo,
ni en breve suma siquiera,
en cinco siglos de vida
que nuestras Crónicas llaman?



Fray Andrés Díaz, fray Juan
que se nombraba de Vera,
y aquel fray Juan Nicolucci,
asombro de penitencia.
Los grandes fray Juan de Burgos
y Briones de Talavera
con fray Gregorio de Ayala,
padres de la vida nuestra;
y el hermano fray Bernardo,
ejemplar de paciencia;
con fray Diego de Montoya,
cautivo allá en Inglaterra
por sostener las doctrinas
de la católica Iglesia;
Rodrigo de San Miguel,
el apóstol de Caldea,
que, escribiendo y predicando,
recorrió toda la tierra.

Fray Juan Bautista Coronas,
varón de virtud excelsa,
con fray Juan de San Guillermo
y fray Andrés de Aguilera,
fray Melchor de Santa Mónica,
fray Gaspar de Villanueva,
columnas de la Observancia
de la vida recoleta.



Y aquel milagroso hermano
fray Juan de la Magdalena,
encanto de los palacios
y de los claustros estrella,
ángel de la Eucaristía,
en cuya divina escuela
aprendió, siendo ignorante,
la flor de todas las ciencias;
y aquel hermano fray Justo,
de los pobres providencia. . .

Y en días ya más cercanos
¿quién no se admira y se acuerda
de un padre Consolación,
rica joya aragonesa,
mártir y apóstol a un tiempo
de la Patria y de la Iglesia?
Y aquel padre Juan Gascón,
ejemplar de la modestia,
donde pareció encarnar
toda el alma recoleta.

Y aquel fray Víctor García,
que estas paredes recuerdan,
tan sencillo, tan piadoso,
tan amante de su regla;
tan recogido y modesto
que, al ir un día a su celda,
no advirtió un par de sandalias



que habían dejado a la puerta
hasta que, al entrar, pisolas
y entonces advirtió en ellas.

Y aquel santo padre Cappas,
fray Juan Pérez, rica perla
de virtudes y prodigios
de nuestra vida evangélica
de Filipinas. Y el otro,
gloria de Aragón y nuestra,
Andrés Cebrián del Pilar,
cuyas virtudes celebran
los propios y los extraños
y cuantos le conocieran.

Y ese gran padre Ezequiel,
cuya fama el mundo llena,
gloria de las Prelacias,
de los altares promesa.

Y ese otro, su grande amigo,
don fray Toribio Minguella,
obispo de Puerto Rico
y más tarde de Sigüenza,
tan grande por sus virtudes
como por sus muchas letras,
que vino, al fin de sus años,
a encerrarse en una celda...



Nicolás Casas y Conde,
otro mitrado, que vuela
cual águila por la pluma,
cual ángel por la pureza.

Y aquel insigne varón
que levanta a las esferas
la catedral de Cebú
y el leprocomio ¿quién será?
fray Joaquín de Sopetrán,
su obispo de eximias prendas.

Y aquel otro, nuevo atlante,
que en Vigan levanta y crea
la catedral y el palacio
episcopal con sus rentas,
¿quién es? Fray Juan Ruiz; un faro
de la mitra y de la ciencia.

Y ¿ese otro? Pedro Cuartero,
que ha recogido las huellas
de su hermano, con la mitra,
como su gloria perpetua.

¿Y aquellos dos que de Jaro
la hermosa Sede gobiernan,
ricos los dos en virtudes
y ricos ambos en letras?
Son don fray Leandro Arrué
y Andrés Ferrero, que cierran



con broche de oro la serie
rica, abundante y espléndida,
de nuestros grandes prelados
en aquella hermosa perla
del Oriente, arrebatada
a España por suerte adversa.

Y ese otro joven Pastor
de la grey casanareña,
de modesto continente,
de figura anacóretica,
es fray Santos Ballesteros,
que en estos claustros y escuelas
estudió Teología
con el que os dice esta anécdota.

Y tantos y tantos otros
como cítaras pudiera
varones de altas virtudes,
de santidad flores bellas,
perfume de nuestros claustros,
dechados de nuestra Regla.
Desde Agustín a estos días
los santos suman ochenta:
beatos, más de trescientos;
venerables, una estela
luminosa que fulgura
como un cielo harto de estrellas.



...

Y ¿por qué no han de contarse,
si de virtud se hace cuenta,
los varones esforzados
que, en cien bélicas empresas,
por su Dios y por la Patria,
de valor dan clara muestra,
dando alientos a la fama
y a los Anales materia?

Salga el «Padre Capitán»,
ese denodado atleta,
espanto de la morisma,
debelador de sus fuerzas,
almirante y general,
soldado, fraile, estratega,
improvisador de armadas,
organizador de fuerzas,
disciplinador de huestes,
constructor de fortalezas,
amparo de cristiandades,
rayo de las agarenas
lunas, por tierra y por mar,
feliz siempre en sus empresas.
Siempre en lucha, siempre en armas,
siempre con el moro en brega,
siempre con el arma al brazo,
siempre activo, siempre en vela.



Sus combates son por días;
sus victorias, por peleas;
no hay playa que no visite,
no hay pueblo que no defienda.
Romblón, Butuán y Linao,
Cagayán, Banton, la inmensa
Mindanao, con todo cuanto
los moros corren y cercan,
son campo de sus hazañas
y de sus armas tarea.

Los acomete y los vence,
los persigue dondequiera,
los acorralla y los dobla,
los sorprende y los acecha,
los asalta en sus guaridas,
los arroja de sus cuevas,
no les da paz ni descanso,
no se da punto ni tregua.

Vocación más singular
nunca en el mundo se viera,
ni fortuna más constante,
ni más venturosa estrella.
Después de limpiar las playas
de sus continuas sorpresas,
de sus fieras algaradas
y correrías funestas
en robos, muertes, incendios,



sacrilegios y blasfemias,
lágrimas, lutos, deshonras,
cautiverios y cadenas,
que tenían a los pueblos,
sin recurso y sin defensa,
en continuo sobresalto
y en angustia sempiterna;
ya que los fieros piratas
en sus guaridas se encierran,
huyendo de sus mosquetes
y de sus vintas guerreras,
desafía a Corralat,
rey de esa chusma proterva,
a verse en una batalla
los dos con todas sus fuerzas,
y, aunque en cien lances vencido,
no vencido en su soberbia,
Corralat recoge el guante
y a la batalla se apresta.

Salen al mar los cristianos,
en Dios su esperanza puesta,
y en aquel Padre Agustín
que abonan tantas proezas.
Veinte velas por junto
entre grandes y pequeñas,
y la suerte de las Islas
en aquellas veinte velas.



Los moros salen también
con sus lunas agarenas,
en más de cuarenta fustas,
que espanto ponen de verlas.
Más fuertes son que los nuestros,
más numerosas sus fuerzas,
y sus ansias de venganza
más encendidas fieras.

Con ellas va Corralat
y con él va la soberbia
y el rencor de muchos años
de derrotas y vergüenzas.
Mas nada importan sus iras,
no importa que muchos sean;
con nuestras armas va Cristo
con la fortuna de César.

En las aguas de Joló,
con buen cielo y mar serena,
se dan vista las escuadras
y comienza la refriega;
ya juega la artillería,
ya los arcabuces juegan;
ya se acortan las distancias,
ya unas con otras se mezclan
las naves; y al abordaje
se lanzan con saña ciega.



Brilla el alfanje y la espada,
la pistola y la ballesta,
el campilán y el cuchillo
y el hacha y la fusta recia;
naufragan vintas y pancos;
arden naos y carabelas;
la grito asorda los vientos;
la sangre a la mar se agrega.

Indios, moros y españoles
se baten en lucha horrenda
y, aunque no hay más que un Lepanto,
esto un Lepanto semeja.

Por muchas horas del día
dudoso el triunfo se muestra;
que, aunque es sublime el valor,
no son iguales las fuerzas.
Pero el «Padre Capitán»,
que sabe cuánto en la guerra
vale un buen golpe de audacia
donde no vale la fuerza;
ya hace tiempo que espiando
va, coyuntura directa,
de embestir la Capitana
contraria y, al fin, la encuentra.

Hacia ella tiende su proa,
bogando a remo y a vela



la alcanza, embiste y aborda,
la asalta, bate y apresa;
mata a Corralat y, alzando
su cuerpo horrible a una verga,
fija el sol de las victorias
en sus gloriosas banderas.

Desde este punto, la lucha
en vil matanza se trueca;
que no hay brazo que esté firme
con las esperanzas muertas.
Los moros dejan sus naves,
unas rotas y otras presas;
y las que escaparse logran
con alas de espanto vuelan.

Éste es el Padre Agustín
de San Pedro, cuyas prendas
de virtud, con sus hazañas
de valor corren parejas,
valiente y santo a la par,
y hombre de cargos y letras,
es cifra de aquellos siglos
que a España de gloria llenan.
Profesó en Valladolid;
su cuna fue portuguesa.
Siendo Portugal de España,
por lo que español se cuenta.



Éste es el que varias veces
fue sorprendido en su celda,
y reprendido también,
porque en vez de estudiar ciencias
(que antes cursó en Salamanca
de ceñirse la correa)
de su profesión, leía
sendos textos de «re bélica»,
fortificación, maniobra,
campaña de mar y tierra,
con cuanto atañe a ese punto
de conducirse una guerra.
Vocación más singular
nunca en el claustro se viera.
¡Quién había de decir
lo que el tiempo trajo a vueltas!

Duros golpes dio al Islam
su espada noble y certera,
pero no pudo agotarlo
porque era imposible empresa.
Con su muerte se desborda
cual torrente sin compuerta,
y vuelve a infestar las Islas,
y vuelve a cundir la guerra;
y a lo largo de tres siglos
se repiten las escenas
del recoleto-soldado
que, de su gente en defensa,



la espada empuña valiente,
o muere o cautivo queda.

Cien lances tienen las Crónicas
de encuentros, luchas y bregas,
cautiverios y martirios
donde el alma recoleta
de nuestras santas Misiones
de Filipinas se muestra
grande en valor y heroísmo
contra la chusma agarena.

Díganlo tantos valientes
que, sable en mano, pelean
y con su ejemplo redimen
y con sus voces alientan.
José de Santo Tomás,
Carlos de Jesús y Esteban
de San José, y fray Benito
de San José, el de Valencia,
y José de la Asunción
y fray Marcelino Ortega
y fray Juan de San Severo,
constructor de fortalezas;
y tantos y tantos otros
que, ya por mar o por tierra,
del gran «Padre Capitán»
dignos émulos se muestran.



Pero, viniendo a los días
que nos tocan más de cerca,
¿quién no siente admiración
por esos bravos atletas
que en los muros de Joló
han hecho su fama eterna?
Ved a ese Pascual Ibáñez
con sus huestes zamboangueñas
asaltando los baluartes
y las colas agarenas.
Vedle, erguido como un Marte,
del Dato en la cola misma,
la bandera en una mano
y el limpio acero en la diestra,
señalando a sus falanges
del triunfo la clara senda;
y al grito de «¡Viva Cristo!»
y luego «¡Viva la Reinal!»
coronan los altos muros
al fragor de la pelea,
cuando una bala traidora,
de oculta mano rastrea,
le tiende, víctima invicta,
del moro..., no; de su estrella.
Siguiendo su noble ejemplo,
pero con suerte más buena,
ved al padre Ramón Zueco,
rico en valor, como en letras,
cruzando su noble pecho,



de sus méritos en prenda,
con la banda oro y bermejo
de la Católica Reina.

Y esos nuevos Macabeos
que avanzan sobre la arena,
alentando a sus mesnadas
y al asalto van con ellas,
¿quiénes son? ¿cómo se llaman?
¿No lo sabéis? Son estrellas
de nuestro moderno cielo,
de nuestra historia moderna.

El uno es Félix Garcés,
ese anciano que se sienta
entre vosotros, cargado
de días como de prendas,
que le hacen amable al cielo
y hacen que todos le quieran.

El otro es Félix Melero,
y el otro el padre Minguella.
los tres, hermanos del alma,
riojanos de pura cepa,
compañeros de destinos
en tantas nobles tareas;
dignos los tres de su gloria,
dignos de alabanza nuestra,
nobles hijos de esa Madre
que tales hijos engendra.

Vivo el uno y los dos muertos



cuando Dios a unirlos vuelva,
han de parecer tres soles
que una misma llama alienta.

Cedamos ya la palabra
a la Ciencia, que es su herencia,
que diga algo de lo mucho
que sus Anales conservan.

III. La Ciencia

Yo soy la Ciencia Cristiana,
la que Agustín y su escuela
han llevado por el mundo
de triunfos y aplausos llena.
Quiero decir de tus hijos
breve resumen, que sea
blasón que ilustre tu frente,
¡Recolección, Madre excelsa!

Siguiendo del Padre invicto
los resplandores soberbios,
viene escuadrón de querubes
que se llaman Recoletos.
Ved a Fray Luis de León,
de los sabios el primero,
que, si no usó la alpargata,
no fue que faltó el deseo.
De Fray Tomé de Jesús
siguió el titánico empeño,



que, si los dos fueron santos,
también sabios los dos fueron.

Ved a Abraham de Meyerle
en la región de los Suevos
desbaratando herejías
con su facundia y su ingenio.

Ved a Ambrosio de Nobilibus
explicando los misterios
de la Biblia. A Lavaretti
sabiamente defendiendo
el Purgatorio. A Raffard
historiando el Franco Imperio.
Al gran Cardenal de Noris,
Berti y Agustín Novello,
teólogos canonistas
y oráculos de su tiempo.
A Jacinto Montargón
con los siete tomos recios
de su Oratoria Sagrada.
Y al insigne Cataneo,
honra de Milán famosa
y de las ciencias portento,
oráculo de los grandes
y de los sabios maestro.
Y a Octavio, el gran moralista,
con sus mil y cuatrocientos
casos de moral abstrusos



explicados y resueltos.
Y al de Casia y Camerino,
expositores egregios.
Y al gran Conturci, del púlpito
y del parnaso modelo.
Y a fray Pascual de Comitibus
de Eucaristía escribiendo.
Y al tierno vate Bartoli.

Y a... , pero ¿qué me esfuerzo,
si es imposible contar,
como los astros del cielo,
ni en breve suma siquiera,
los portentosos talentos
que han ilustrado la historia
de nuestros antiguos yermos?
Y aun dejaremos los Santos
que de Agustín en el seno
bebieron la sacra lumbre
de los celestes misterios.
Aquellos que, más cercanos
de aquel Sol, fueron luceros
de su luz gloriosa un día,
como de su gloria llenos.

Y, concretando el asunto
a los sabios Recoletos,
¿quién no ve esa muchedumbre
de plumas que agita el viento,



brillando al sol de la gloria
de mil floridos ingenios?
Ved al santo provincial
fray Andrés de San Fulgencio,
cronista, predicador,
fundador del beaterio
y su reglamentador,
y antes cura y misionero
de Zambales y otros puntos
llenos de cargos y riesgos;
prior de San Sebastián,
presidente del convento
de Manila y su prior
canónicamente electo,
visitador general
de España, y por sus talentos
nombrado examinador
de ambas curias y ambos cleros
de Manila y de Cebú.
¿Qué más cargos? ¿Qué más méritos
pueden caber en un hombre?
Pues ese hombre encontró tiempo
para hacer la hagiografía
de su patrón San Fulgencio,
las glorias de San Andrés,
Memoriales, Normas, Métodos,
Directorios y Consultas
sobre asuntos de gobierno
de religiosos y obispos



de gran ciencia y de gran peso.
Y, aunque ya no existen todos
sus trabajos, aún tenemos
los que bastan para ver
cuánto vale este sujeto.

José de la Concepción,
predicador de altos vuelos,
cronista de la Provincia,
prior también del convento
de Manila y de otros varios
que dirigió con acierto.
Por dos veces provincial,
con otros cargos diversos
dentro y fuera de la Orden,
que prueban su gran consejo.
Éste es quien hizo el archivo
provincial y formó atento
libros de Necrología,
cartas y otros documentos
para el cargo de cronista
necesarios y de aprecio.
Escribió Memorias varias
y ese famoso Proemio
de nuestras Crónicas, que
él solo vale un imperio;
la *Vida de nuestro Padre*
y además un tomo grueso



de Sermones que, por suyos,
deben de ser de lo bueno.

Fray Felipe de Santa Ana,
de Zambales misionero,
la Gramática escribió
del idioma zambaleño.

Fray Juan de la Concepción,
historiógrafo estupendo,
teólogo y canonista
y estadista de gran peso.
De cargos y prelacías
entre los lances complejos
que acrisolan sus virtudes
y acreditan su gobierno,
levantó en catorce tomos
el grandioso monumento
de su *Historia General
de Filipinas*, soberbio
mausoleo de su gloria
y del nombre recoleto,
y el más bello paladión
que se ha escrito en todos tiempos
de estadismo filipino,
según general concepto
de los sabios, que lo admiran
y lo alaban con empeño.
Pero, si eso no bastara



para hacer su nombre eterno,
ahí tenéis esos dos tomos
De Potestate. . . Ahí van esos
tres tomos más de la *Biblia*
traducida; y los *Sucesos*
Memorables. . . otro tomo,
otro documento nuevo
de su plutarquiana pluma
de historiógrafo severo.

Pero basta; y vengan otros,
que es abonado el terreno.
Fray Pedro de Santa Eulalia,
apologista discreto,
catequista y orador,
escribió para sus pueblos
en idioma calamiano
varias obras de gran precio.

Mirad al padre Juan Félix,
traductor de varios textos
de Religión al bisaya;
dos Dictionarios diversos,
varias piadosas novenas
y otros trabajos de mérito
y asunto vario, notándose
los de estadística entre ellos.



Francisco San José,
el valiente misionero
que, en Zambales y en Romblón,
con heroico ardimiento,
puesto al frente de sus indios,
desbarató los intentos
de la bárbara morisma
en varios duros encuentros,
cobrando grandes victorias
y muriendo en uno de ellos,
no de la saña enemiga,
sino de un lance funesto.
Dos veces fue provincial
y, escritor como guerrero,
manejó pluma y espada
con igual dichoso acierto.
Catequista y orador,
nos ha dejado seis tomos
de sus distintos talentos.

Juan de la Madre de Dios,
escribió ese tomo grueso
del Gobernador Cristiano,
de política modelo:
La Historia de Filipinas
de veinte años, más o menos,
y dos tomos de Sermones
en idioma zambaleño.



Fray Tomás de San Jerónimo
hace gala de su ingenio
en estudios catequísticos,
bibliográficos y austeros
Sermonarios, y otros libros
de devoción, más pequeños.

Simeón de San Agustín,
ruiseñor canoro y bello
de nuestros ricos pensiles,
canta sus divinos versos,
que ha recogido la fama
y han prolongado los ecos.
Que hay ruiseñores divinos
en nuestros floridos yermos.
Declama el padre Isidoro
de Jesús el grande aliento
de sus Discursos sagrados
y se hace nombre, escribiendo
su Marial y Santoral,
de religiosa unción llenos.

Rodrigo de San Miguel:
el insaciable, el inmenso,
¿quién podrá contar sus obras?
¿quién elogiar sus talentos?
Es hombre de breves años
y parece un siglo entero.
Es fraile y parece todo;



es uno y parece ciento.
Políglota, historiador,
apóstol, fraile, viajero,
bibliógrafo, apologista,
poeta, orador y médico,
escriturario y geógrafo,
polemista, sabio y diestro.
Corrió por tierras y mares
predicando y escribiendo,
consumó la vuelta al mundo;
los misteriosos Imperios
del Oriente recorrió
y escudriñó sus secretos.
Vio, predicó, convirtió,
recogió arsenal sin cuento
de trabajos y doctrinas,
científicos y evangélicos.
Pasó a Roma para España
y en Roma, a las plantas puesto
de Urbano Octavo, en sesión
de perdurable recuerdo,
le presentó las conquistas
de su evangélico celo
por los reinos de Basora
y otras gentes y otros pueblos
de cismáticos e infieles
persas, árabes, caldeos,
que agrega a la santa Iglesia
el ilustre recoleto.



De cuanto supo y escribió,
de cuanto vio, tomó empeño,
fue como César obrando
y lo que obraba, escribiendo.
De Filipinas la Historia,
Sermones, un tomo recio;
Gramática y Diccionario
tagalos, lo más completo.
Una obra Contra Rabinos;
Origen de los Imperios
Orientales, un tesoro;
Cronología de Reinos...;
La Relación de sus Viajes;
Colección de documentos
para la Historia de España.
De Sumatra y de Borneo
y otras islas de las Indias
hizo el historial proceso;
un Manual de Medicinas
caseras, para consuelo
de sus indios; una serie
de Mapas, que es un portento
de observación y de estudio,
de exactitud y de esmero;
fue también vate canoro
y escribió muy bellos versos;
que este hombre fue universal
y en todo grande y perfecto.
De sus obras una parte



solamente conocemos;
que mucho más escribió
que lo ha devorado el tiempo.
Tal es el padre Rodrigo,
tal es este recoleto;
¿quién intentará elogiarle
que no resulte pequeño?

Gramático y escritor,
piadoso y de intenso vuelo
es fray Nicolás González,
y de su pluma tenemos
cinco obras, que son su elogio;
y un lucido florilegio
de galanas poesías,
hijas de su hermoso genio.

Con cinco obras se autoriza
su fama el padre Aniceto
Ibáñez, de carolinos
y chamorros misionero.

...

Pero, viniendo más cerca
de los días que corremos,
¿no veis qué ilustre falange
de hombres de ciencia y talento
lucen sus célicas galas
en este hermoso torneo?



Con la mitra de Manila
levanta su frente al cielo
nuestro gran padre Aranguren,
digno de loor eterno.
Sus hermosas Pastorales,
sus canónicos decretos
serán siempre norma y lustre
de su Curia y sus Consejos.
En ellos vive su nombre
que, nunca a la gloria muerto,
se acrecienta cada día
conforme pasan los tiempos.

Con quince obras de su pluma
se presenta Ramón Zueco;
con treinta el padre Minguella,
¡y qué hermosas, santos cielos!
Los trabajos pedagógicos
y morales del primero
bogaron fama de sabios
y a fe que lo merecieron.
¿Quién no conoce al segundo?
¿Quién no ha escuchado los ecos
de su fama de hombre sabio
con sus triunfos académicos?
No en vano se han hecho nombre,
no en vano adornan sus pechos
bandas que dicen virtudes,
cruces que dicen talentos.



El padre Miguel Galán,
incansable en el manejo
de la pluma, ha publicado
multitud de apologéticos
trabajos, sin los que deja
tras de sus pasos inéditos.

Cantan Nájera y Briones
la armonía de sus versos,
encantando nuestros claustros
con sus divinos gorjeos.

Escribe sus Pastorales
el padre Ezequiel Moreno,
el gran obispo de Pasto,
santo y sabio al mismo tiempo;
sus cartas, sus Instrucciones,
sus luminosos folletos,
llenos de sabia doctrina,
llenos de divino fuego.
Para saber que habla un santo
y un sabio, basta el leerlo.

Nicolás Casas y Conde
es otro ilustre alfareño,
otro sabio y otro santo
y otro obispo recoleto.
Hombre de cargos y letras,
de virtudes y talentos,



honra de letras y cargos
y grande en ambos conceptos.
Sucedió al padre Ezequiel
de Colombia en el gobierno,
como también en la mitra
del pueblo casanareño.
De sus muchas obras saben
España y Colombia a un tiempo,
que las dos lloran su muerte
como celebran sus méritos.
Una porción de tratados,
cartas y otros documentos
le acreditan como sabio;
como santo, todo el pueblo.

Con nueve trabajos honra
nuestro padre Andrés Ferrero
sus ínfulas de hombre grande,
de obispo y de recoleto.
Por su vasta ilustración,
notoria en propios y ajenos,
descuella el padre Guillén
en este hermoso concierto.
Visayista consumado,
orador culto y correcto,
hombre de cargos y letras,
botánico y hasta médico;
su nombre queda en sus obras
a los siglos venideros.



Ved al padre Víctor Ruiz
con docta pluma escribiendo
su Exposición de la Regla
y el precioso documento
del Retiro Espiritual
de sagrada enjundia lleno.

Y al padre Miguel Ugarte,
pluma y corazón de fuego,
en su labor incansable
de escudriñar los misterios
del Divino Corazón
y el divino Sacramento.
Publicó el Retiro Santo;
lo demás guarda el silencio
de lo inédito, hasta que
traigan su gloria los cielos.

¿Cómo elogiar en su punto
tanto nombre, tantos méritos,
tanta labor de gigantes
como duerme el claro sueño
de la muerte y de la gloria,
pues la gloria nunca ha muerto?

Los Marecas, los Matutes,
los Leartes, los Morenos,
los Bernard y los García,
los Casas y los Cuarteros



y tantos y tantos otros
como viven, siendo muertos,
en los fastos de la ciencia
y en la gloria de los cielos;
y, si de aquellos pasamos
a los vivos, ¿dónde hay pecho,
ni pluma, ni lengua, donde
quepa el elogio completo
de tanta gallarda péñola,
de tanto ilustre talento
como ilustran hoy el nombre
y el hábito recoleto?

Vienen los Fabos, Canteras,
Ochoas, Pérez, Aurelios,
Corros, Sádabas, Garnicas,
Gabasas, Azconas, legos
como nuestro Juan Llorente;
y esos deliciosos genios
del divino arte, Borobia,
Tarazona, Yoldi... , pero
callemos ya, porque viven,
viven y están escribiendo
muchos que han de ser estrellas
de mi escuela y de tus cielos.

Poniendo en cuenta los Padres
de los sabios Recoletos
(pues que su hacienda heredamos



por legítimos derechos),
vienen veinte Cardenales,
siete Patriarcas excelsos,
arzobispos ciento y tantos,
noventa y cinco Prefectos
Apostólicos, y Obispos
vienen más de novecientos,
más de dos mil escritores
con obras que, sin exceso,
sumarán sobre diez mil,
sin las que ha perdido el tiempo,
que devora bibliotecas
como devora los reinos.

IV. El Eco

No digas más, Ciencia ilustre,
Virtud divina, ya basta.
Sois dignas Damas de honor
de esa reina soberana.

Recolección, hija excelsa
de aquel que el orbe proclama
monstruo de la inteligencia
y prodigio de la Gracia,
yo te venero y te admiro
por virtuosa y por sabia;
eres digna de tal padre
y honra y prez de su prosapia.



Vivas mil años y mil
siempre grande, siempre clara,
y en tus hijos se prolongue
tu gloria en edades largas.

Yo llevaré por el mundo
tu ilustre nombre en mis alas,
y mientras duren los siglos
eterna será tu fama.

• **Himno a la Recolección Agustiniana**

Coro

De la fama los ecos triunfales
hoy proclaman tu gloria y tu honor,
Descalcez, hija augusta del Genio
que su nombre y su aliento te dio.

Consignado en tus sacros Anales
de este día brilló la alta prez,
cuando augusto senado de ascetas
nueva vida te dio y nuevo ser.

Estrofa 1ª

Tu seno es un paraíso
lleno de místicas flores
que el Amor de los Amores
para su gloria plantó.
Feliz el que al mundo vano,
dando eterna despedida,



en ti la senda escondida
de eterna vida encontró.

Estrofa 2ª

Peregrinos por el mundo
con la cruz del misionero
llevaron al mundo entero
tus hijos la eterna luz.
La estrella de Tolentino
alumbró sus derroteros
y esforzados pregoneros
fueron de la santa Cruz.

□ San Millán de la Cogolla, agosto 1921 □

• Ofrenda de una humilde violeta¹⁶

Entré al jardín de mis flores,
donde otro tiempo cantaban
mil amantes ruiseñores
mientras las flores mostraban
sus perfumes y colores;
y hallé agostado el pensil
y ajadas todas sus galas,
que el tiempo llevó en sus alas
todo su ornato gentil.

¹⁶ Este poema llamativo es laudatorio, y, entre las personas que alaba, se encuentra Ezequiel Moreno (1848-1906), tío de Julián, canonizado en 1992 por san Juan Pablo II como modelo de misionero y evangelizador.



Sólo una humilde violeta,
por humilde respetada,
lucía a la brisa inquieta
su honesta pompa violada
entre las gramas sujeta.

Llegué a la fuente parlera
que en campanillas de plata
su limpio raudal desata,
encantando la pradera
con su fresca serenata;
y hallé agotado el caudal
y muda su lengua pura,
sólo acogió mi ventura
una gota de cristal
sin rumor y sin frescura.

Cogí mi lira sonora,
tan pródiga de cantares
otros días,
y hallé por mano traidora
rotas sus cuerdas polares
y de canciones vacías.
Sólo una nota hallé en ella,
que cantaba entre temblores
sus anhelos;
y era la nota más bella,
la que cantó mis amores
de los cielos.



Cogí la modesta flor
y en su cáliz coloqué
la limpia gota de amor
que en la seca fuente hallé.
La rota lira pulsé
y a su leve y dulce son,
surgió una dulce canción
que, animada por mi aliento,
levantó su humilde acento
como una chispa que inflama
hasta convertirlo en llama
el fresco soplo del viento.

Y otra vez se animaron los primores
que el pensil adornaron otros días;
brotaron otra vez todas las flores
y otra vez se llenaron de armonías
los nidos de mis pájaros cantores.

Y, en Dios y en mi ventura confiado,
ved aquí que un cantar os he traído,
si pobre por ser mío y desdichado,
él se ha de ver feliz y afortunado
con que lo hayáis en gracia recibido.

Mira, gran patarata de los necios,
no descendas a mí, que en ti no creo,
ni espero tu favor, ni tus desprecios,



que el cielo me ha de dar alientos recios
con que poder cantar cuanto deseo.

Que aún me resta un aliento, aún una llama
que en sacro fuego el corazón anima;
que a mi corazón que siente y que bien ama
no ha de faltarle un verso y una rima
para decir el fuego que lo inflama.

Seáis en este día bienhadado,
Padre y hermano y dulce compañero
de nuestra tierna edad, que, por pasado,
será de nuestros tiempos el primero
aquel de alma inocencia embalsamado,

cuando en estos recintos, donde mora
la virtud y la ciencia de mil años,
llenos de juventud encantadora,
libres de mil futuros desengaños
vivimos a su sombra bienhechora.

Aquí del sacro amor, de sacra ciencia
bebimos los purísimos raudales;
aquí del corazón y la conciencia
brotaron los alientos inmortales
que después fueron luz de la experiencia.

Ya se apagaron en silencio mudo
los labios que nos dieron tal tesoro,
ya la muerte abatió con golpe rudo



las fuentes que adornó inmortal decoro.
¡Sombras de aquellos hombres, yo os saludo!

¿Recuerdas...? El hurón de bibliotecas,
cuerpo sin forma, feo sin segundo,
zurdo de mano y formas de batuecas,
que hablaba poco y ad kalendas graecas;
pero ¡qué mar de ciencia tan profundo!
y, el dedo en la nariz enrevesada,
discernía la tesis más oscura
y enseñaba con lógica segura
la ciencia de las ciencias más sagrada.

Pues, el otro, cortés y caballero,
virtuoso ejemplar de mansedumbre,
de los Siete Durmientes el primero,
que, al hundirse en su lecho de costumbre,
se echaba con propósito sincero

de alzarse al primer son de las tablillas,
y al verse en sus propósitos fallido,
para vencer del diablo las cosquillas,
se puso humildemente de rodillas
y se acusó durmiendo haber dormido.

También este cayó. Su humilde tumba
yace en lejanas tierras olvidada,
que el tiempo asolador todo lo arrumba,
mas no sucumbirá, porque él sucumba,
su memoria con el pecho bien guardada.



¿Y qué decir de ti, varón preclaro,
de rico ingenio y corazón sencillo,
cifra y compendio del solar de Alfaro,
que al sayal y a la mitra diste brillo
grato a los cielos y a los hombres caro?

De aquí saliste con el sol de un día
y al sol seguiste en su triunfal carrera
misionero de paz. ¿Quién te diría
la gloria que por fin coronaría
tu limpia y tu virtud sincera?

Éste también cayó, pero su nombre
queda en la historia de laurel ceñido;
que no todo perece con el hombre;
que no podrá cubrir el negro olvido
tanto limpio blasón, tanto renombre.

De esas glorias el cielo ha consagrado
sobre tu noble frente las más puras;
y, aunque no lo has querido ni pensado,
es el caso imparcial y averiguado
que has vivido volando en las alturas.

Yo que celo, ni envidia, ni ambiciones
de esas cosas abrigo por el pecho,
al verte en tan espléndidas regiones
de tus glorias me siento satisfecho
y me gozo con tus satisfacciones.



Y aun quisiera añadir a tu decoro,
para colmar la gloria de este día,
todo el sacro tesoro
de virtud e inmortal sabiduría
que arrastra de los siglos la corriente
y una corona de oro
de puro amor con que adornar tu frente.

Coda

No importa que veáis mi manto roto
ni mis sandalias en nivel precario,
que para ser poeta es necesario
decir, llevar o hacer, sin alboroto,
algo que no es de todos ni ordinario.

Que la cumbre es muy alta del Parnaso
y está lleno de zarzas el camino,
por lo que no os sorprenda este fracaso;
sólo viene a probaros este paso
que yo soy un poeta y de lo fino.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1921 □





• Saludo y bienvenida

A N. R. P. Provincial Fray. Bernabé Pena de la Purísima Concepción

Venís, padre querido¹⁷, a vuestra España
cuando el mayo gentil, nuncio de amores,
derrama a manos llenas sus primores
que el sol fecundo con su lumbre baña.

Cuando los verdes campos se engalanan
con la pompa, nupcias de primavera,
cuando las frescas brisas se desgranán
a cantar y reír por la pradera

al sol que besa sus divinas flores,
al sol que pinta sus joyantes galas,
al sol que brinda luz a sus albores,
al sol que irisa las flotantes alas

de los lirios, los sauces y las rosas
y envuelve en sus cendales las estrellas,
y embriaga de placer las mariposas,
y arrastra el mar azul tras de sus huellas,

y da aromas y luz a las magnolias,
y finge olas de fuego en los ocasos,
y forma entre la fronda arpas eolias,
que celebren la gloria de sus pasos.

¹⁷ Fray Bernabé Pena fue prior provincial de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de los Agustinos Recoletos entre 1925 y 1928.



Venís, padre querido, cuando hermosa
la inmensa Creación su gloria ostenta,
cuando con la vida que rebosa
y a cada nueva aurora se acrecienta.

Como si el cielo aromar quisiera
vuestra misión de paz con sus primores,
como si en cada flor de primavera
fuera un beso de amor de sus amores.

Como si en cada canto de sus aves
quisiera daros hoy la bienvenida
y al mágico conjuro de sus llaves
el viejo tiempo urdiera vuestra vida,

tejiendo a vuestra frente la diadema
de honor y de virtud que el justo abona,
haciendo de esas vidas un poema
que el cielo de diamantes eslabona.

Mi vieja lira en el desván colgada
del olvido, la incuria y los pesares,
tembló al beso de aura regalada
que venía del lado de los mares.

¡Sursum corda! me dijo el ángel bello
que Dios ha puesto a mi mortal carrera.
¡Volvamos a cantar! Algún destello
de aquel fuego que ardió en la edad primera



podrá alentar acaso el pecho frío
y alzar la estrofa de pasión ardiente
que otros días brotó con fuerza y brío
de joven corazón y fresca frente.

Más noble empresa ni razón más alta
nunca tal vez la tuvo el pensamiento,
ni el corazón que a la razón no falta,
para dar fuerza y bríos al acento.

No somos dos extraños, Padre amado,
la infancia de la vida religiosa
nos unió en ese nido regalado
donde corre esa infancia deliciosa

como una fuente de eternal ventura,
como una aurora de esplendor divino
bajo el beso de amor y de ternura
de esa Madre bendita del Camino,

cuya dulce memoria es el señuelo
que el alma añora cuando al cielo mira;
dulce recuerdo de la edad del cielo,
de aquel cielo inocente y sin mentira.

Los años han pasado; y los destinos
diversos separaron nuestras vidas;
el cielo separó nuestros caminos
con misiones diversas, ya cumplidas.



Pero el fiel corazón volvió mil veces
su vuelo errante hacia el dichoso nido
donde en tierna virtud y santas preces
rico y libre y feliz había sido.

Que yo os recuerde así no os asombre,
con ese afecto fiel y fiel cariño.
¿Por qué olvidará el corazón del hombre
lo que quisiera el corazón del niño?

Y aquí tu estrella comenzó radiante
de su cielo a escalar la cumbre altiva
como el águila al sol, cuando pujante
sube en los lampos que su luz deriva.

Donde suben las águilas potentes,
de fuertes alas y robusto vuelo,
a cernirse en las cumbres eminentes
y a espaciarse en los ámbitos del cielo.

Donde brillan en alto firmamento
los dones de la gracia y de la ciencia;
donde toda virtud tiene su asiento
sobre el firme sostén de la experiencia
de los dolores de la humana vida
de las miserias de la humana escoria,
de los azares en que va prendida
la humana condición, la humana historia.



El tiempo y el dolor, Padre del alma,
la dura brega del vivir ha impreso
su austero sello de severa calma
sobre esa frente, en su infeliz proceso.

Que no pasan los años vanamente
ni las penas ejercen su derecho
sin abrir una arruga en nuestra frente;
de toda vuestra dicha y vuestra suerte;
cuanto bien os suceda es gozo mío:
creedlo por la vida y por la muerte.
No digo que las rosas del verano
ni que el bello pensil de primavera,
la corona del cielo soberano
yo os pusiera en la frente, si pudiera.

¿Por qué no lo diré? Yo siempre he sido
candidato de honor de la fortuna;
si acaso alguna vez me ha sonreído,
ha sido desde el cuerno de la luna;

por chiripa no más. Que yo confieso
que algún favor le debo, aunque de paso,
como quien tira un repelón de queso
a un perro sin hogar, tendido al raso.

Mas, libre de ambición, libre de envidia,
desde mi ancha curul de hebdomadario,
me he dedicado a contemplar la lidia
de la vida que pasa en curso vario.



Y cuando algún suceso venturoso
viene a nimbar la frente de un hermano,
de aquellos de aquel tiempo más dichoso
porque lo ordena así Dios soberano,
yo gozo con su gozo y su alegría
como si fuera mía su fortuna;
y una rosa de sangre en muerto pecho.

Que muerde el diente de la mar bravía
la dura roca que su fuerza ignora,
y asaltando las costas noche y día
las desgasta, las rompe y las devora.

Pero la brega del vivir apura,
como al oro el crisol, las almas bellas
y les presta más brillo y hermosura.
La vuestra, Padre amado, era una de ellas.

Por eso os ensalzó Dios soberano,
cual hoy os vemos en la excelsa cumbre
del solio provincial. Su santa mano
a más altas esferas os encumbra.

Yo he sido esta vez profeta
o la mitad de ese título,
pues el último Capítulo
entré en cuenta y dije ya:
cuando hay varios candidatos
al puesto número uno,



no suele salir ninguno.
“Éste”... nos visitará.

Que sea para bien, Padre querido,
y el cielo os colme de sus altos dones
más que galas vistió mayo florido
y astros ruedan las célicas mansiones.
Que gozo en vuestro gozo y me glorío
y bendigo al Señor que se la envía
porque la mereció sin duda alguna.

Que he visto al ciego mendigo
por las calles de Navarra,
cantando con su guitarra
las dichas de los que ven.
Y, al mirar en su semblante
pintada una dulce calma,
pensé que es dicha del alma
la dicha ajena también.

No digo que las rosas del verano
ni el fresco pensil de primavera
la corona del cielo soberano
os pusiera en la frente, si pudiera.

Astro radiante de fecunda gloria
sea vuestro feliz provincialato
que, al pasar por los cielos de la Historia,
hechos alumbre de inmortal memoria
y un nombre ilustre para siempre grato.



Y aquí deja el cantar mi vieja lira,
vieja por años, cuitas y pesares;
sólo el afecto su cantar me inspira,
que es el fuego de amor, si bien se mira,
la musa más gentil de los cantares.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1926 □

• A Lodosa¹⁸

Un pétalo de blanca magnolia

Recostada del Ebro a la orilla,
cual bella sultana de un mágico edén,
ves pasar esas ondas que cantan
las gracias que esmaltan tu fresco vergel.

Tú, Lodosa, blasón de Navarra
la pulcra, la fuerte, la noble, la fiel,
que a dos reinos de antiguas historias
bebiste las glorias
que ostenta orgulloso tu limpio cuartel.

De tus campos y vegas fecundas,
que son de Pomona soberbio pensil,
sale el sol que lo inunda en sus oros
cantando decoros,
que no envidian al Darro y Genil.

¹⁸ La primera parte del poema aparece mecanografiada en las dos digitalizaciones existentes (PDF y JPG). La segunda parte sí es manuscrito. El seminario recoleto de Lodosa funcionó entre 1925 y 1993, aunque la comunidad recoleta continuó presente hasta 2001 atendiendo parroquias de la zona.



Cuando el alba se asoma a tu oriente,
sus cándidas luces de gualda y zafir
tejiendo en los cielos
espléndidos velos,
te envuelven, cual una princesa de Ofir.

Yo quisiera,
como mi dicha postrera
ver tu hermosa primavera,
brotando mantos de flores
con que aumentar los primores
que el cielo te prodigó,
amoroso peregrino,
de tus glorias mensajero,
cantar tu esplendor divino,
como el bardo mañanero,
que a cantar sus amores madrugó.

Yo quisiera,
para cantar tus amores,
ver tu hermosa primavera
y escuchar tus ruiñesores
en tus verdes, flotantes alamedas,
en tanto rumorosas, limpias, ledas
pasan las aguas del río,
ciñendo tu señorío
con blondas azules de tules y sedas.



De las lunas agarenas
vencedoras del desierto
se posaron los reflejos orientales
sobre tus arenas,
sobre tus raudales,
oh río de las lides y las glorias
de mil años.
Siempre fueras tú sultana musulmana,
y hubieras escuchado las historias
de los reinos extraños
de la aurora,
donde brillan Esmirna y Estambul
entre cármenes de idilios encantados
creados por las brisas aromosas
de las rosas
y mecidos por un mar de eterno azul.

Tú, Lodosa, la cristiana, la ferviente,
que guardabas en tu seno virginal
el tesoro de la fe de tus mayores
con los regios esplendores
que te dio Recesvinto, el inmortal.

Con las manos suplicantes en amargo desconsuelo
bajo el velo,
y el turbante, que te impuso el vencedor,
esperabas en tu triste desventura
ver lucir nuevamente el alba pura
de otra vida, otra dicha y otro amor.



Y un día (bello día en tus anales)
reflejaron esos lípidos cristales
los fulgores de un sol de libertad.
Resonaron por el viento los clarines
y chocaron con violencia los aceros
de tus bravos caballeros,
de tus fuertes paladines,
que venían a librarte de tu mísera orfandad.

Oh sultana dolorida,
que cautiva entre cadenas
te quejabas de la vida
entre lunas agarenas
y llorabas tu perdida antigua fe.

El airón retador de sus cimeras
y las cruces que enciman sus banderas
ondean por los campos de la lid.
De la guerra los hipógrifos violentos
cruzaban los raudos vientos,
y un lampo de la gloria
besa ardiendo la flor de la victoria,
que tremolan los vástagos del Cid.

Fue Don Sancho de Navarra,
flor de la caballería,
y el glorioso Don García,
su valiente sucesor,
los que te dieron nobleza
y te dieron hidalguía,



ciudad de la gentileza,
ciudad de la cortesía,
más clara que la misma luz del sol.

En el cerro de la Peña
que corona tus vergeles
y como un gigante sueña
con los blancos alquiceles
y las cruces de otros hombres de otra edad;
aún se escuchan con el viento,
cuando bate sus aleros,
el rugir de los aceros
y el piafar de los corceles
de los bravos caballeros que te dieron libertad.

Y en las ondas cristalinas
de ese río de la historia
fulge el sol de la victoria
del cristiano vencedor.
Sol que alumbra tus encantos
de cristiana y española,
navarra, como tú sola,
y hermosa, como una flor.

Dios te conserve con bien,
Lodosa bella y cristiana,
como a la rosa galana
su aroma en tu fresco edén.
Las dichas que en su vaivén
se lleva el tiempo perdidas,



en tus riberas floridas
fingen sus plantas aladas
como el jardín de las hadas
de las leyendas fingidas.

Yo, cristiano trovador
de tu cristiana hermosura,
consagraré a tu ventura
estos momentos de amor
y mañana,
cuando la aurora temprana
marque rumbo a mi destino,
de tu florero divino
tomaré una rosa bella
para perfumar con ella
tu recuerdo peregrino.

Y, adiós, Lodosa,
la bella, noble y piadosa,
la de los frescos pensiles;
Dios te dé gracias a miles
como eres buena y graciosa.

Y esa bella Nazarita,
la Virgen de tus amores,
cubra con manto de flores
tu fe cristiana y bendita.
Lodosa, tú vas escrita
con caracteres divinos
en los pechos agustinos



que alientan bajo tus cielos;
de sus fervientes anhelos
te trae un beso de amor
este errante trovador
que viene a cantarte un día,
princesa de la hidalguía,
navarra y cristiana flor,
hija del rey Don García
y de Don Sancho el Mayor.

□ Lodosa, 28 de agosto de 1927 □

Cantos y loas de temática diversa

Fray Julián dedicó su maestría versificadora y poética a cantar a algunos personajes contemporáneos suyos, como el papa León XIII, al que dedicó un encendido poema con un lenguaje sin contención, o a personajes del pasado, como Bolívar. Dedicó también el delicado poema *A la muerte de un ángel* a una niña o doncella, cuyo nombre no aparece.

Fray Julián tuvo cierta querencia por los temas históricos desde un hondo espíritu patriótico y una grande admiración por los héroes. En 1889, siendo estudiante de teología en San Millán (La Rioja), compuso *Napoleón y España*, pero fue entre 1909 y 1912 cuando trató estos temas de forma más decidida. De este arco de tiempo son *A la guerra de la independencia de la América Española*, compuesto en Caracas; *Glorias de Raza*, a la memoria del general José Félix Rivas, vencedor de La Victo-



ria, es un poema de endecasílabos y rima consonante, que le dota de solemnidad; *La Patria*, está dedicado a los héroes anónimos de la independencia de Venezuela.

De *El canto de la Raza* (1 y 2) y *El canto a la Raza española*, de gran extensión, no se conocen ni fecha ni lugar de composición, pero el ánimo es semejante al que muestra en las composiciones anteriores: la historia, interpretada emocionalmente. Ambos poemas son coincidentes en muchas estrofas.

Con el término “raza”, que el poeta suele escribir en mayúsculas porque parece personificarla, el autor suele referirse a “pueblo” o grupo humano de caracteres más o menos comunes: color de la piel, historia, cultura... Julián reviste a este vocablo de significado colectivo de rasgos tales como si fuera una persona física, lo cual es desacertado, pero también es una manera de loar a un grupo o a una nación.

• Napoleón y España

Éste vino, vio y venció;
la Europa postró a sus pies;
y, alzándose ese el pavés,
dijo al mundo: “Solo yo”.

Mas, cuando el rostro volvió
para mirar hacia España,
vio asomar por la montaña
su faz augusta y serena,
que con arrogancia fiera
lanzaba un reto iracundo



al gran tirano del mundo,
señor de la Europa entera.

Rugió el tirano con saña
y asaltó los Pirineos:
quinientos mil filisteos
huellan el solar de España.
La guerra es una guadaña
que siega vidas sin cuento;
y una a una y ciento a ciento
se alzan las manos airadas,
meneando las espadas
con incansable ardimiento.

No hay un rincón en la tierra,
desde Calpe hasta el Pirene,
donde la alarma no suene
lanzando un grito de guerra;
tiemblan el llano y la sierra;
y en el ardor de la lid
cada español es un Cid
de cuyos robustos brazos
cae deshecha en pedazos
el Águila de Austerlitz.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1889 □



• En las bodas de oro de León XIII

'Et portae inferi non praevalerunt'

Canto 1º

Antes que el áureo sol que ilustra al mundo
rinda al ocaso su esplendente gloria,
levantemos un himno a su memoria,
eco de nuestra ardiente y pura fe.
Alcemos nuestra voz entusiasmados,
saludemos al genio en los umbrales
de una tumba que próxima se ve.

Hijos del Evangelio, noble gente,
pueblo de adquisición, cuyos destinos
son vivir y gozar eternamente
goces y viva en esplendor divinos.
El Dios que en el Calvario os redimiera
no os abandonó. Su amante celo
Guía y Pastor os dio que os condujera
por el desierto de la tierra al cielo.

Vive Cristo en la tierra. El sol hermoso,
que se eclipsó en el Gólgota inhumano,
derrama desde el alto Vaticano
su lumbre sobre el mundo tenebroso.



¿Quién es aquel que fulgurando solo
desde sacro, inmortal, glorioso asiento,
extiende su poder de polo a polo
como el sol desde el alto firmamento?

¿Quién es aquel a cuya voz arcana
la humanidad atónita se humilla
y ante cuya presencia soberana
doblega el orbe entero su rodilla?

El pacífico soy a cuyas plantas
rinden adoración los altos reyes
y le juran amor naciones tantas
porque sólo él al mundo impone leyes.

Ése es el Cristo. Aunque, mortal y humano,
su ancianidad prepárale una tumba;
es el rey de un imperio soberano
que no sucumbirá porque él sucumba.

Genio fecundo, poderoso Atlante,
la humanidad se estrecha entre sus brazos
y, al extender su diestra vacilante,
une el cielo y la tierra en dulces lazos.

Él, al rudo vaivén de las pasiones
y al fiero batallar del mundo insano,
pone coto y sostén con fuerte mano,
subyugando a su ley los corazones.



Él, cuando a devorar tronos e imperios
se lanza con furor la tiranía,
viendo temblar entrambos hemisferios,
la vorágine horrenda desafia.

Sereno, incommovible, en su alto asiento,
ve los siglos pasar en raudo vuelo
cual mares azotados por el viento
de horrible tempestad. Paz y consuelo,
luz y felicidad, fe y esperanza
les infunde su aliento soberano;
y al verlos disiparse en lontananza,
tiende a la eternidad su augusta mano
y les abre la eterna bienandanza.

¡Gloria al Cristo de Dios, genio fecundo,
bajo cuya tutela bendecida
vive la Redención, se agita el mundo
lleno de sacra luz y eterna vida!
Tú, de la ciencia y del saber sagrados
fúlgido sol, resplandeciente foco,
ilustras los problemas intrincados
que agitan con furor al mundo loco.

Tu palabra es la luz, tu sacro acento
no conoce confín ni valladares;
socorre la extensión, cruza los mares,
como rayo veloz que rasga el viento,
y en su chocar violento



con las tinieblas del error impío,
las derrota y ahuyenta y extermina,
como el alba divina
disipa de la noche el manto umbrío.

Tú de excelsa virtud, de excelsa gloria,
de un siglo y otro en la extensión dominas.
Tú de excelsa memoria
vivirás en los fastos de la Historia
y en la gloria del cielo a do caminas.

Tú, de longevidad alto milagro
porque el mundo llenarás de tu ciencia,
conserva el alto cielo tu existencia.
Yo, a ti, mi lira y mi cantar consagro.

A ti, los de la América Española
hijos amantes que tu nombre invocan,
bajo la égida santa se colocan
que tu mano augustísima tremola.

Tú eres Pedro, oh León. Tú eres la roca
donde estriba la fe que salva al mundo,
donde se estrella, abate y se derroca
el ímpetu iracundo
del ciego error y la soberbia loca.

Tu frente augusta de inmortales palmas
ciñen los siglos que lograron verte.
Nuevos lauros el mundo ha de ofrecerte



antes que a las mansiones de las almas
te lleve el ángel santo de la muerte.

Canto 2º

León Trece no es hombre, es una idea,
es una institución que, al ser divina,
con la vida de Dios vive y campea
y ante la muerte su poder no inclina.

Yo vi al Cristo de Dios una y mil veces
en manos de los hombres pecadores
apurar tristemente hasta las heces
el cáliz de la angustia y los dolores.

Yo lo vi a la miseria y al destierro
marchar sereno por la fe cristiana;
yo los vi sucumbir a fuego y hierro,
o en tierra perecer yerma y lejana.

Murió el hombre; la víctima inmolose;
cedió la vida a su tremenda suerte;
mas, si el hombre inclinose ante la muerte,
no el trono del Pontífice inclinose.

Como el peñón de Leucades famoso
sufre el embate de los hondos mares,
sin que en los siglos su bramar furioso
conmueva sus cimientos seculares.



Así el Pontificado augusto, eterno,
que la mano de Dios fundara un día,
resiste a los embates del infierno
y a la impiedad y al tiempo desafia.

Sí. Cuantas contra ti se levantaron
horrendas tempestades,
contra tu fortaleza se estrellaron,
oh, Roma de la fe y de las edades.

Y los vi, hombres impíos, temerarios,
blandiendo el hacha y el puñal sangrientos,
reducir a cenizas los santuarios,
quemar palacios, destrozar conventos
y saciar sus instintos sanguinarios
en los santos de Dios; subir al trono
y amenazar la vida de los reyes
y, allanando el santuario de las leyes,
batir la sociedad con rudo encono.

Yo los vi tremolando la bandera
que alzó en el cielo el ángel del averno,
lanzar gritos de guerra a Dios eterno
y amenazar soberbios la alta esfera.
Y en su soberbia loca,
revolviendo hacia Roma su ardimiento,
batir luchando la tremenda roca
donde el Cristo de Dios tiene su asiento,
donde la humanidad a Dios invoca.



Ellos fueron que, a soplos iracundos,
quisieron sofocar el faro ardiente
que alumbra la conciencia de los mundos
y marca su camino a toda gente.

Ellos, una y mil veces, intentaron
de ese trono inmortal manchar la gloria,
mas sus locos intentos fracasaron;
y al sepulcro bajaron
maldecidos de Dios y de la Historia.

Su ignominia cayó sobre su frente,
propio baldón de aquel que escupe al cielo,
mientras la obra de Dios, alta la frente,
marcha libre, gloriosa, omnipotente,
a cumplir sus destinos en el suelo.

Arrio, Manes, Pelagio y todos cuantos,
en veinte siglos de furiosa guerra,
a derrocar el reino de los santos
el infierno arrojó sobre la tierra,
¿qué se hicieron? ¿Qué fue de aquellos hombres
que, cual nuevos titanes de la idea,
con diversa bandera y varios nombres
se lanzaron en lucha gigantea
contra el Cristo de Dios? Los corifeos
de tantas sectas como el orbe ha visto
que, en lid abierta o vanos escarceos,
quisieron mancillar la fe de Cristo,



¿dónde están? A la tumba descendieron;
y, al caer en el polvo del olvido,
nadie se acuerda ya de lo que fueron
y, con ellos, su gloria ha fenecido.

En tanto, cada siglo que avecina
palmas y lauros sobre ti amontona,
oh Roma de la fe, Roma divina,
cuya inmortalidad el cielo abona.
Y lo abona la Historia en sus anales
donde con áureas letras van escritas
tus victorias, tus triunfos colosales,
tus empresas gigantes, inauditas.

Tú eres la que, cruzando entrambos mares,
a entrambos mundos redimiste pía;
tú eres la que los bosques seculares
convertiste en naciones algún día.

Por ti fueron domadas las pasiones
que brota sin cesar la fiera humana,
y vinieron las bárbaras naciones
al suave jugo de la fe cristiana.

Por ti, Roma pagana,
derrocado el impío Capitolio,
se hizo el altar y el solio
del verdadero Dios. La ciencia arcana
del cielo, de la vida y la conciencia
sobre ti reposó. Los siete dones



del inefable amor te coronaron
y te dio su virtud la omnipotencia;
y cuando así te vieron las naciones,
rendidas te adoraron;
y sobre ti juraron y creyeron
los siglos que te vieron;
y salvaron por ti los que salvaron.

Sobre ti rutilando eternamente
la palabra de Dios eterna brilla;
en ti está el corazón, en ti la mente,
que las huestes cristianas acaudilla.

¡Oh Roma, oh maravilla
de la diestra de Dios aquí en la tierra,
sola en los siglos y única en la Historia!
Quien no te cree a ti, perdido yerra;
quien muere en tu verdad, vive en la Gloria.

□ Maracaibo (Zulia, Venezuela), 1902 □





• A la guerra de independencia de la América española

Raza ibera

Un cántico de muerte y un grito de victoria
se alzó por los confines de América del Sur;
y sobre el campo trágico donde surgió la gloria
cayó un sudario inmenso de inmenso duelo augur.

¡Oh! que éramos hermanos los vivos y los muertos,
los que en la dura brega lidiamos con ardor;
y al reposar la gloria sobre los campos yertos
la Historia maldecía vuestro fatal valor.

Mas era que la vida, la gloria y la grandeza
de aquella Madre, España que al mundo dio la ley,
mal otro padre Júpiter, por pechos y cabeza,
brotando estaba príncipes de augusta gentileza
cada uno con alientos a coronarse rey.

Y ardió la lucha homérica por todo un hemisferio;
y fueron los titanes los cielos a escalar;
y, más afortunados que los del griego imperio,
los solios de sus padres lograron conquistar.

¿Fue justa la contienda? ¿Hubo en la lid mancilla?
¿Bolívar, Sucre y Páez, son gloria o son baldón?
Con la nobleza hidalga de un hijo de Castilla
yo voy a definirlos: ¡Son glorias! ¡Glorias son!



Las glorias de la raza, como la lid entera,
son glorias de familia, porque en la ruda lid,
cual Boves y Murillo por su real bandera,
morían por la suya los vástagos del Cid.

Morían y luchaban, luchaban y morían,
cayendo y resurgiendo de la devastación;
y, en la constancia impávida con que a la lid volvían,
mostraban unos y otros su estirpe de león.

La causa fue grandiosa, gigantes los alientos;
¿qué importan los detalles, pasado el vendaval?
Minucias del gran cuadro que, cuanto más violento,
destacan con más brío el fondo colosal.

Y noble es recordarlos; ni de ellos hará cuenta
la estrella del destino, ni el tiempo volador.
Luchamos como buenos, sin miedo y sin afrenta;
batímonos cual éramos con brío y con honor.

Y muertos y vencidos, o ilustres vencedores,
de gloria coronamos la estirpe secular,
de aquella brava pléyade de reyes y señores
que en triunfo recorrieron los ámbitos del mar.

Hoy duermen ya en las tumbas aquellos soberanos,
los que su sangre os dieron y os dieron libertad.
Sobre esas tumbas ínclitas juntemos nuestras manos,
hagamos de sus nombres un símbolo de hermanos,
bandera de una raza, de un pueblo y de una edad.



Juntemos los destinos, la vida y la fortuna.
Iberoamericanos, volvamos a vivir.
Sea una nuestra suerte, cual nuestra sangre es una;
somos innumerables, como nación ninguna;
sumemos energías...; y es nuestro el porvenir.

□ Caracas, 1909 □

• Glorias de raza

*A la memoria del ilustre general D. José Félix Rivas,
vencedor de La Victoria. Valencia, velada del 11/02/1909.*

No extrañes mi presencia ante tu gloria,
no me mires audaz con hosco ceño,
ilustre vencedor de La Victoria;
no soy extraño a ti; no en vano empeño
nos vamos a juzgar ante la Historia.

Los tiempos legendarios ya pasaron
y en sus alas volaron las pasiones,
los odios fraticidas se esfumaron,
la muerte puso en paz los corazones,
y en las tumbas inertes se abrazaron
los unos y los otros campeones.

¿Quién eres tú? La sombra del pasado
que te evocas del seno de la muerte;
yo el vencido de ayer, que vengo a verte
de gloria y de virtudes coronado.
No te tengo rencor; tu fausta suerte



sólo me inspira amor a tu hidalguía,
luchaste como bueno y esforzado,
y el triunfo coronó tu bizarría.

Yo te conozco a ti: tú eres ibero.
Me lo dice tu espíritu espartano,
me lo dicta tu espíritu altanero,
tu indomable valor, tu rostro fiero,
tu corazón heroico y cristiano.
Valeroso, cristiano y caballero,
José Rivas, ¡salud! Tu eres mi hermano.

Tú sabes, campeón, pues lo has sentido
palpitando en tu sangre de leones,
que, vencedor ilustre o bien vencido,
no cabe en los hidalgos corazones
la negra envidia de lo bien habido.

Y aquí está quien nos oiga y nos entienda,
que, si hay pueblo o nación bajo la luna
que sienta hidalgo y la honradez comprenda,
ese pueblo está aquí, sin duda alguna,
porque aquí el ser honrado es una hacienda
de todo el mundo con o sin fortuna.

Causa por causa a distinguir no acierto
cuál fuera más feliz, cuál más hermosa.
Sólo te sé decir, oh grande Muerto,
que en la contienda heroica y premiosa
ambos hicisteis de común concierto



brillar el genio de la Raza ibera:
Boves, con su indomable audacia fiera;
tú, con el brillo de tu triunfo cierto.

Días fueron de luchas colosales
donde lidiaron corazón y brazos;
brazos y corazón eran iguales,
por eso resultaron inmortales.
Dos leones así se hacen pedazos
del Sahara en los inmensos arenales.

Mereciste vencer y al fin venciste,
la gloria coronó tu bizarría,
yo sé con cuánto gozo la ofreciste
sobre las aras de la Virgen Pía.

Rivas, no me avergüenza tu heroísmo,
que sobre mí refleja todo entero;
alabándote a ti, me honro a mí mismo,
honro la estirpe del solar ibero.
Ser cristiano, valiente y caballero
son la divisa del solar hispano.
Yo me inclino ante ti, bravo guerrero.
Salud, Rivas, salud: tu eres mi hermano.

Vive Dios, que protege a las naciones,
que estos pueblos formó de Raza fuerte,
de carácter viril, de convicciones
más grandes que la vida y que la muerte;
que, si honor y virtud, valor y gloria



son patrimonio universal del hombre,
yo soy un trovador, y no te asombre
que yo te los consagre a tu memoria.

¿Qué nos debemos ya? Raza por Raza,
sangre por sangre y corazón por vida,
somos lo mismo dividido en dos.
Ilustre vencedor, por cuanto abraza
esa sangre, tu gloria me es querida;
la causa y la contienda ya vencida
sólo le toca coronarla a Dios.

• La patria

A los Héroes anónimos de la Independencia de Venezuela

Los que bajo la tierra silenciosa
de un campo de batalla sepultados
yacéis con vuestra sangre desposados
en la Patria querida y venturosa;

Los que luchando con tesón caísteis
envueltos en los pliegues de la Gloria,
sin dejar una página en la historia
de la Patria que amasteis, redimisteis;

vosotros, que pusisteis
por la Patria las vidas a la muerte
y en la ruda ocasión y lance fuerte,
le disteis un escudo en vuestros pechos
contra el fuego y el hierro y la metralla,



yendo al olvido en pos de la batalla,
con vuestro sacrificio satisfechos;

generosa legión, yo os saludo,
doquier yazgáis en sempiterno sueño;
que no la muerte ni el destino pudo
robaros a mi afán. Si, en duro empeño,
sepultados yacéis en el olvido
y el tiempo empolvoró vuestra memoria,
—común destino de la humana escoria—
yo no puedo olvidar, ¡ah! que habéis sido
los adalides de mi excelsa gloria.

Hoy es la fecha en que la sangre histórica
de una Raza valiente sin segundo
puso conflagración el nuevo mundo
que unió a su imperio la fortuna ibérica.
Ardió la lucha homérica,
—polvo, sangre y sudor y ardor insano—
“¡Victoria o muerte!”, proclamó el hispano.
“¡O muerte o libertad!” rugió la América.

Lo que pasó después ¿quién no lo sabe?
Que Venezuela fue nadie lo ignora.
De entre el fragor de la contienda grave
surgió la Patria libre, encantadora,
como una ofrenda suave
bañada en vuestra sangre redentora.



Pero fuisteis legión, y sois contados
los que fama lográis de alto renombre.
¡Ay, cuántos grandes muertos olvidados!
¡Cuántos nobles salvados
sin gloria, sin honor, sin prez, sin nombre...!

No mancharán los siglos vuestra gloria,
los que en bronces y mármoles y altares
a los siglos legasteis la memoria
de vuestros ejemplares
hechos; ¡oh soles de la Patria Historia!
La limpia ejecutoria
de vuestro ser lleváis en vuestra frente;
mas ¿dónde los demás? ¿Dónde las llamas
de tantos genios que, en la magna lidia,
fueron fuerza y sostén y escudo fuerte
de la alma libertad?

¡Ah! Pudo, acaso,
de nuestra hidalga prez tener envidia
la veleidosa suerte,
y arrojó en vuestra tumba el vil fracaso
de una triste orfandad y oscura muerte.

Sobre la tierra con que estáis cubiertos
pasa hoy la Gloria entre batir de palmas;
los manes de la Patria están despiertos:
hoy es el día de las grandes almas.



Y vosotros no estáis... Fortuna breve
tuvo en la tierra vuestra fe constante;
hechos hicisteis de valor gigante,
y olvidados yacéis entre la plebe...

Ni fresca flor ni gemidora palma
brota en las tumbas donde estáis dormidos;
olvidados yacéis, hijos del alma,
cuanto menos ilustres, más queridos.

Mas, no gimiendo en mísero abandono,
lauros ambicionéis entre los hombres.
Yo soy la Patria y guardo vuestros nombres.
Venid, hijos de alma, ¡yo os coronó!

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1910 □

• A Bolívar¹⁹

Robusta encarnación del genio hispano
cuando a su peso se inclinó la esfera,
cuajó en tu corazón la Raza entera
como cuaja en la perla el océano.

Cuanto tuvo ese genio soberano
de hidalguía y valor y audacia fiera,
llevaste a la contienda en que surgiera
la libertad del pueblo americano.

¹⁹ Manuscrito en AGOAR sin fecha ni lugar de la composición.



Luchaste con tu Raza y la venciste,
más grande que su gloria y su fortuna,
cuando en España se ponía el sol.

Vencedor y vencido a un tiempo fuiste,
pues llevando en tu sangre euskalduna,
luchaste contra la peña en español.

• A la muerte de un ángel²⁰

Las pálidas rosas, las rosas enfermas
dejaban sus tallos en triste deshoja
y orlaban tus sienes, tus sienes de muerta,
las pálidas rosas.

Un rayo de luna
bajaba del cielo
y alumbraba tus pálidos labios,
los labios que fueron
rosicler y sonrisas y gracias
y cantos y besos.

Oh, la luna. La luz de los sueños,
la luz de las almas,
desgranando en tu pálida frente
sus rayos de plata,
la querida de un genio silente,
meciendo sus olas

²⁰ Manuscrito en AGOAR sin fecha ni lugar de la composición.



y envolviendo en un nimbo de gloria
tu pálida cara,
tu semblante de muerta de amores
por las pálidas rosas del alba...

¡Cuánto sueño volaba en sus rayos!
Millares de sueños
te besaron contándote amores
de un mundo desierto,
la canción de las urnas sagradas,
la balada que saben los muertos.
Y soñabas con pálidas rosas,
con rosas enfermas en un cementerio.

Cuando el alba rozó con sus labios
tu cara de muerta
aún cantaba la luz de los cirios
sus tristes endechas,
su salmodia de un alto silencio
de paz sempiterna.

Y a tu lado velaban rezando
tres pálidas caras,
tres pedazos de vidas queridas,
de flores cortadas
al jardín de tus castos amores
que tu sueño llenaban de lágrimas.

Tú, la virgen, la esposa de un ángel,
la cándida niña,



la que sueñas con rayos de lunas
y rosas marchitas;
no despiertes, que viene la noche
callada y tranquila,
de las urnas que habitan los muertos
en paz infinita.

Ve la sombra profunda que avanza
con pasos inciertos
a envolver en su gélido manto
tu lánguido cuerpo.
No despiertes, que viene la noche.
Prosigue durmiendo...
Ya las rosas dejaron, llorando,
sus tallos marchitos
y en tus labios abrieron sus cálices
los cárdenos lirios.

Hora es ya de entregarte al esposo
que avanza en las sombras
coronada la frente serena
de pálidas rosas.

Ya han cantado los genios del templo
su dulce salmodia.
Vuela, vuela al festín de la muerte;
vuela presto, que vuelve la aurora.



• El canto de la Raza²¹ (1)

I

Desde los campos alegres
del corazón de Navarra,
que el Montejurra famoso
y el Montesquiza atalayan;
campos de vides y olivos
que riega plácido el Arga,
que conquistó Don García
y engrandeció Sancho Abarca;
tierras de viejas ermitas
que viejas leyendas guardan,
dormitando por los cerros,
silenciosas, solitarias;
bardo errante enamorado
de las glorias de mi Raza,
cogí el bordón en mi mano,
colgué mi guzla a la espalda
y tras los pasos del sol,
que al occidente marchaba
para alumbrar con sus oros
otras regiones lejanas,
monté el trotón de los sueños,
dejé el solar de mi patria,
crucé el raudal de los mares,

²¹ Manuscrito en AGOAR sin fecha ni lugar de la composición.



y he venido a vuestras playas
henchido el pecho de amores,
llena de amores el alma
para decir la leyenda
de la sangre castellana.
Porque la llevo en las venas,
porque la siento en la entraña,
porque la aspiro en las brisas
de esta fiesta legendaria,
hecha carne en vuestra carne
y hecha sangre ardiente y brava
de la misma clara fuente
del castellano Mudarra.

Que sois sangre de mi sangre,
que sois alma de mi alma,
que sois hijos de mi madre
y es mi casa vuestra casa
y es mi solar vuestro suelo
y es mi Raza vuestra Raza
y es una misma la cepa
donde bebimos la savia.

Que hemos nacido de un seno
y hemos tenido una infancia
y hemos mecido una cuna
infanzona, nobiliaria.
Y una mujer española,
toda amores, toda gracias,



labios de rosa sus labios,
lamos de gloria su cara,
ha velado nuestros sueños
ha formado nuestras almas,
ha cantado en nuestras cunas,
ha llorado en nuestras ansias.

Y entre caricias y besos
inefables, regaladas,
ha infiltrado en nuestros pechos
con dulzura soberana
el candor de sus creencias,
el ardor de sus plegarias,
la honradez de sus acciones,
el valor de su prosapia;
todo el rico patrimonio
toda la herencia preclara
de la fe y valor y heroísmo,
que son el sello de Raza.

Somos hermanos mellizos,
y, si alguien nos lo demanda,
ante la faz de dos mundos
lo dirán en voces altas
una *lengua* que es un sol,
que es canto, reto y plegaria;
un Dios, un credo, una ley
y una Virgen soberana,
y una aventurera sangre



noble, altiva, ardiente y brava,
que ha visto postrado al mundo
bajo la cruz de su espada.
Y, desde el Ande al Pirene
y desde el Ebro hasta el Plata,
una misma es nuestra ley
y una misma es nuestra Patria.

El mar que tiende sus olas
por las costas gaditanas
sus volutas cristalinas
para abrazaros alarga.

El sol que alumbra los cielos
de Castilla y de Navarra
viene a daros nuestros besos
perfumados por las auras
de nuestros huertos floridos,
de nuestras viñas lozanas,
de los moriscos pensiles
de Valencia y de Granada.

Y las naves españolas
que surten en vuestras aguas
vienen cargadas de amores
y vuelven de amores hartas
desde los frescos caneyes,
desde las vegas cubanas,



desde los reinos de Inca
desde los valles de Arauca.

Veinte naciones hermosas,
como veinte estrellas claras,
llevan impreso en la frente
el beso ardiente de España.

Un mismo idioma nos une,
una misma fe nos salva,
una sangre nos alienta,
un mismo aliento nos ata.

Allá Méjico la grande,
siempre alerta y siempre en armas
contra el coloso que acecha
y empuja al Norte la casa.

Allá las cinco *Princesas*,
pequeñas bellas y bravas,
defendiendo sus encantos
contra ambiciones extrañas.

Y el espaldar de los Andes,
que en recios nudos enlaza
once pueblos soberanos
llenos de vida y de savia,
que van en paso de triunfo
hacia las cumbres más altas



del progreso y de la fuerza
que otras naciones alcanzan.

Allá está el rico Perú,
allá, Colombia la sabia;
allá el poderoso Chile
y allá la Reina del Plata;
las cuatro grandes matronas
que en paso rápido avanzan,
llevando al viento tendido
el gonfalon de la Raza.
¡Cuán hermosas son tus hijas,
Madre mía idolatrada!
¡Qué bien lucen los encantos!
¡Qué bien ostentan tus galas!
La sangre que tú les diste,
sangre prócera y gallarda,
enrojecida en las forjas
de ocho siglos de batallas
con las lunas agarenas
y las huestes luteranas
y las falanges vencidas
en San Quintín y en las Navas,
corre ardiente por sus venas,
caldeando sus entrañas
con ardentías de fiebres
de leones del Sahara
que sueñan altas empresas
y añoran grandes hazañas,



que dominaran al mundo
si triunfos fueran espadas.
Malhaya de las discordias,
las disensiones malhayan,
de las luchas fraticidas,
de las contiendas de Raza.

Que menguan las energías
y los alientos apagan
para más altas empresas
que la fortuna nos guarda.
Malhaya de las contiendas
que nuestra sangre derraman
en provecho de ninguno
y en mengua de nuestra casa.

Que llaman al extranjero
para mediar nuestras causas;
y median lo que remedian,
mediando vastas comarcas.
¿Dónde está la Nueva Méjico?
¿Dónde está la rica sarta
de perlas del mar Caribe
que el cielo regaló a España?
Guadalupe, Martinica,
Santo Domingo, Jamaica,
Trinidad y Guanahani. . .
y otras mil que a la alborada
de estos soles y estos cielos



vio surgir de entre sus aguas
el glorioso Genovés
como en los cuentos de magia?
Brillantes de su corona,
florones de su guirnalda.
¡Todas se fueron cayendo,
al soplo de la desgracia!
¡Ojalá que al desgranaros
de su frente soberana,
fuerais libres, como hermosas,
y grandes cual bien amadas!

Y tú, divino Borinquen,
nítida concha de nácar
mecida al sol del Poniente
sobre mares de esmeralda,
flor impoluta y graciosa
de cariños y esperanzas,
última prenda de amores
de tu *madre* desgraciada;
te robaron a su amor,
como una corcilla blanca
mientras mecida en su seno
con tu inocencia soñabas
del que nació en alta cuna
blasonar de su fortuna
y enaltecer su valor.



Y, si es España el solar
donde su cuna ha mecido,
razón de más ha tenido
para poderla ensalzar.

Que es su gloria como el sol,
que inunda en su luz el mundo
desde el piélago profundo
hasta su limpio arbol.

Que no hay un palmo de tierra
ni una página en la Historia
que no recuerde su gloria
o en las paces o en la guerra.

Ni habrá amante trovador
de su sangre y su derecho,
que no la lleve en su pecho
para cantarla mejor.

Uno soy de la mesnada
y, aunque el último yo fuera,
nunca, Señora, creyera
mi presencia aquí excusada.

Y al conjuro de tu voz,
que es de la Raza un clarín,
desde el último confín
moviera el paso veloz.



Los besos que ella te dio
aún en tu rostro se esmaltan
con sangre de corazón,
con fuego de sus entrañas.

Que eras la luz de sus ojos
y el sol de sus esperanzas
y el sonrís de su ventura
cuando al ocaso marchaba.

Cinco siglos de quererte
no han satisfecho sus ansias;
las lunas de tus caneyes
son la luz de sus miradas.

Tras de heroicos esfuerzos
y portentosas hazañas
en que rayó por los cielos
todo el valor de la Raza,
leones contra leones
en lucha tremenda y larga,
te fuiste a la luz radiante
de tu “Estrella Solitaria”.

Te fuiste con tu fortuna
como se sale de casa
doncella de años mayores
con el alcalde a la espalda.



Buena suerte te dé Dios,
princesa hermosa y bizarra;
la Madre que te perdió
bien se vio cómo te amaba.

A solas con su fortuna
enferma, pobre y exhausta
por tres distintas contiendas
en tres distintas comarcas,
luchó la vieja leona
por tu vida y por su causa
como el rey de los desiertos
cuando su cueva le asaltan.
Pero erais dos contra ella,
y eras tú la que luchabas,
y era luchar contra ti
desgarrarse las entrañas.

Si el honor armó sus manos,
el amor se las ataba;
debió perder la contienda,
debió cederte la palma.
Por defenderte a su amor
perdió las últimas galas
de aquel rico patrimonio
que sus hijos le dejaran.



El austero vencedor
se ensañó con su desgracia,
y, al arrancarte a su seno,
se las llevó entre las garras.

Y sola y triste y vencida
pero amorosa y magnánima,
llevo al hogar desierto
su corazón con sus lágrimas
para amarte en sus dolores,
para quererte en sus lástimas,
para besarte en sus sueños,
para adorarte sin tasa,
siempre igual, hoy como ayer
y como hoy y ayer, mañana,
que es su amor de reina y madre
y eras tú su perla blanca.

Bella Cuba, hermosa Cuba,
princesa, flor de la Raza,
más española que tú,
las cumbres del Guadarrama.

II

Por eso, aunque no eres sola,
serás, Cuba, la primera
en levantar la bandera
de esta gran fiesta española.



La que llamas trovadores
que te canten las hazañas
de la prez de tus mayores
y sus épicas campañas.

Que es ley de sangre y de honor
de aquellos hombres de pro
que, al cielo la frente alzada,
decían, mano a la espada:
“Después de Dios y el Rey... ¡Yo!”
De aquellas dueñas famosas,
ricas hembras de Castilla,
la flor de la maravilla
de las mujeres hermosas,
que amamantando a sus hijos,
cachorros de sus leones,
echaban sus corazones
al pie de sus crucifijos
y, de amante beso en pos,
decían a su heredero:
“Si non fuerdes derecho,
mi fijo, llévete Dios”.

De la corte de Don Juan
que unió con regio esplendor
en las “Cortes del Amor”
lo valiente a lo galán;
de los que en Jura de Rey,
porque les fuera en razón,



decían en Aragón,
poniendo un Cristo por ley:

“Nos que somos como Vos
y todos juntos aún más,
Vos hacemos Rey. Jamás
otro nos demande Dios.
Si nos ficiereis derecho,
según fuero de Aragón,
sois nuestro Rey, si non, non;
y non vos daremos pecho”.

Fuera Don Sancho el Mayor
jurando en santa María
de Pamplona una behetría
que consagraba a su amor.

E invocando a Dios Eterno
contra el que el voto mintiera,
maguer que su fijo fuera,
lo condenaba al infierno.

De esa estofa y de esa ley
nuestra Raza se deriva,
y así será mientras viva,
desde el mendigo hasta el Rey.



Y en fe de decir verdad,
yo os emplazo ante la Historia:
¿no son vuestra ejecutoria
fe y valor y libertad?

Nuestras conquistas ¿qué fueron
sino tremendas cruzadas
donde no hicieron espadas
lo que las cruces hicieron?

Que puso Dios en la mano
del español un acero
al servicio verdadero
de un corazón soberano.

Lanzose al cielo con ella
para robarle su luz,
pero tenía una cruz
y se convirtió en estrella.

III

Cuando Granada cayó
los que en sus vegas lidiaron
a su hacienda se tornaron,
si alguna el cielo les dio.



Sobre aquel glorioso lance
quedó la Raza sellada:
una cruz sobre una espada
y un español a su alcance.

Pero aquella Raza fuerte,
formada para el combate,
sintió pronto el acicate
de la lucha y de la suerte.

Se halló estrecha en las veladas
de sus hogares tranquilos,
y miró ansiosa los filos
de sus ociosas espadas.

Entonces abrió sus ojos
y ojeó los horizontes
buscando en mares y montes
con qué calmar sus enojos.

Así, al devorar su presa,
los leones del desierto
se lanzan con rumbo incierto,
buscando una nueva empresa.

Y ello era muy natural,
pues, con fe y valor sin tasa,
bien puede salir de casa
quien allí se encuentre mal.



Y en alas de su ambición
se abrió a los mares profundos
y se inventó nuevos mundos
para saciar su pasión.

Lleno de fuerza y de fe,
fiado en Dios y en su acero,
corrió el mundo aventurero
sin desmentir lo que fue.

Luchó, venció, conquistó,
corrió fortunas tremendas,
hazañas obró estupendas
que un león nunca soñó.

El peligro y la aventura
fueron su empeño constante;
no hubo empresa por delante
que no intentó su locura.

Y en su loco desvarío
pensó el guerrero español
robar sus reinos al sol,
y el sol se rindió a su brío.

Ved al capitán Pizarro
muriéndose en la Gorgona,
mete mano a la tizona
y, dando al viento un desgarró,



tira una raya en la arena
de aquella maldita playa
y, pasando aquella raya,
dice con frente serena:

de setenta que llegamos
donde quiso nuestra suerte,
sólo respetó la muerte
los catorce que aquí estamos.

Yo lo he jurado ante Dios
el seguir nuestros intentos;
si alguno tuviera alientos,
pase de esta raya en pos.

Trece cadáveres más
cruzaron aquel jalón.
La Historia os dará razón
de lo que siguió detrás.

De esa estofa y de esa ley,
libre, noble, audaz y altiva,
nuestra sangre se deriva
desde el mendigo hasta el Rey.

Yo apelo a vuestro valor,
y la experiencia me abona:
¿No late en vuestra persona
toda la España de ayer?



¿Qué fueron nuestras contiendas
sino luchas de leones
donde las mismas razones
dieron las mismas leyendas?

Cada cual con su fortuna,
cuando las suertes tiramos,
vive Dios, que nos portamos
palos de la misma cuna.

Batímonos con ardor,
con tesón y bizarría,
con alma audaz y bravía,
con nobleza y con honor.

Cada cual llevó a su causa
lo que en su sangre heredó.
Quien la ganó la ganó...
Y aquí debe hacerse pausa.

De heroísmos no hay que hablar.
Cuando nuestra Raza lucha,
la gloria calla y escucha,
pues no tiene más que dar.

Pizarro, Ojeda, Cortés,
Valdivia y otros sin fin.
Son Bolívar, Sanmartín,
Hidalgo y Martí después.



¿Qué importa el tiempo? Es la Raza,
la misma Raza de antaño
sin mudanza y sin engaño,
si no nos miente la traza.

Que, si ello pudiera ser,
-y de ello seguro estoy-,
lo mismo hiciéramos hoy
que lo que hicimos ayer.

Si hubiera un mundo perdido
que conquistar para Dios,
un español fuera en pos,
volviendo a ser lo que ha sido.

Y si faltaran un día
la justicia y el honor,
la nobleza y el valor,
la honradez y la hidalguía,
ese divino tesoro
del mundo gloria y sostén.





• El canto a la Raza española²²

Para unos juegos Florales.

A su Graciosa Majestad, la hermosa Reina del Torneo.

Señora:
de los cánticos del alba,
cuando amanece en el Oriente el sol,
quisiera yo tener el bello coro
para ofrendároslo.

Señora,
de los hálitos del aura
perfumados, fragantes en abril,
de las flores que adornan la pradera,
cuando la primavera
derrama en ella sus encantos mil;
de los vagos rumores de las selvas,
cuando se agitan en fugaz vaivén,
de los oros del sol cuando en los mares
se acuesta entre millares
de olas y espumas que dormir le ven;
de todas las bellezas y armonías
que contiene la hermosa creación
quisiera yo tejer un ramillete
para ofrendároslo.

²² Manuscrito sin fecha ni lugar de la composición.



Y como en un altar donde una diosa
reverbera su dulce majestad,
lleno el semblante de la luz del cielo
para dicha y encanto del mortal;
presentaros, señora, el homenaje
de amor y acatamiento
y pura fe de aquellos elegantes trovadores
que, cantando la gloria y los amores,
hicieron de sus liras un joyel,
una flor sin collar, un relicario
de perlas del amor,
para la hermosa reina de las lides
que ciñó con el álamo de Alcides
la frente del glorioso vencedor.

Fuerais, entonces, por graciosa y bella
la peregrina estrella
que colmara los mundos de placer.
Y el imán de tu espléndida mirada,
y el son de tu sonrisa regalada
fuera el premio más rico del vencer,
Fuerais entre el tumulto polvoroso
de la ardorosa lid,
el norte del valor y la ventura,
la flor de donosura
por quien dicha sin par fuera el morir.
Los bardos os darían sus canciones,
más gratas que las flores y las brisas;



las bellas os darían sus sonrisas,
las reinas os darían su alta prez.

Y un coro de valientes campeones,
gloriosos de ostentar vuestras divisas,
os darían la flor de sus acciones
y un diluvio de amantes corazones
morirían de amor a vuestros pies.
Dichas fueron de ayer, cuando los brazos
eran recios, señora, y eran fuertes
las almas que inventaron esas lides.
El tiempo echó a las tumbas, hechas pedazos,
trocadas ya las suertes,
las reliquias del álamo de Alcides.

Mas no todo pasó, que aún vive España,
y en su sangre cuajó con duro empeño
la leyenda de ayer. Vivo en la entraña
lleva doquier al adorado ensueño
de sus “Cortes de Amor”; y a un tiempo mismo,
donde haya un español, hay un cruzado,
un bardo, un paladín enamorado
de la gloria, el amor y el heroísmo,
un corazón viril y un alma ardiente
dispuesta a la pasión y a la aventura,
que canta del amor porque lo siente;
que adora el ideal de la hermosura,
y al correr los caminos de la suerte,
por cuanto mira el sol y el cielo inflama,



ha firmado en las actas de la muerte
por su Dios, por su honor y por su dama.

Nuestra Raza, señora, es un portento,
de virtud y valor urdimbre altiva;
no es la virtud en ella de un momento
ni el honor una frase dada al viento,
sino una idea eterna y siempre viva,
un culto, un ideal, un sentimiento
que palpita en idéntico ardimiento
en el pecho del pobre y del escriba.

Noble sangre de bardos lidiadores,
lira y espadas repicando a gloria;
liras para cantar vuestros amores,
espadas para hacernos nuestra historia;
y un diluvio de flores
sobre un campo de sangre y de victoria.
No preguntéis quién soy. Mi ejecutoria
llevo en la sangre y en el alma escrita.
Soy un ibero, un celta, un castellano,
un corazón romántico y cristiano
bajo el negro sayal de un cenobita.

Por eso estoy aquí y estoy cantando,
que cantar vuestra gloria es mi destino;
un modesto lugar aquí demando
en nombre de mi raza. Peregrino
no soy entre vosotros, y, aunque ausente,



mi corazón se va tras de mi canto,
el amor de mi Raza y de mi gente,
en el nombre de Dios tres veces santo,
en el nombre de España aquí presente.
Por eso estoy aquí.

La luz, señora,
de vuestra donosura, es como el sol
que embellece y anima y enamora
cuanto envuelve en su espléndido arrebol.

• El canto de la Raza²³ (2)

I

Desde los campos alegres
del corazón de Navarra,
que el Montejurra famoso
y el Montesquiza atalayan;
campos de vides y olivos
que riega plácido el Arga,
que conquistó Don García
y engrandeció Sancho Abarca;
tierras de viejas ermitas
que viejas leyendas guardan,
dormitando por los cerros,
silenciosas, solitarias;

²³ Dos poemas tienen esta misma denominación, con largos pasajes idénticos y algunas otras variantes notables.



bardo errante enamorado
de las glorias de mi Raza,
cogí el bordón en mi mano,
colgué mi guzla a la espalda
y tras los pasos del sol,
que al occidente marchaba
para alumbrar con sus oros
otras regiones lejanas,
monté el trotón de los sueños,
dejé el solar de mi patria,
crucé el raudal de los mares,
y he venido a vuestras playas
henchido el pecho de amores,
llena de amores el alma
para decir la leyenda
de la sangre castellana.
Porque la llevo en las venas,
porque la siento en la entraña,
porque la aspiro en las brisas
de esta fiesta legendaria,
hecha carne en vuestra carne
y hecha sangre ardiente y brava
de la misma clara fuente
del castellano Mudarra.

Que sois alma de mi alma,
que sois hijos de mi madre
y es mi casa vuestra casa
y es mi solar vuestro nido



y es mi Raza vuestra Raza
y es una misma la cepa
donde bebimos la savia.

Que hemos nacido de un seno
y hemos tenido una infancia
y hanos mecido una cuna
infanzona, nobiliaria.

Y una mujer española,
toda amores, toda gracias,
labios de rosa sus labios,
campos de gloria su cara,
ha velado nuestros sueños
ha formado nuestras almas,
ha cantado en nuestras cunas,
ha llorado en nuestras ansias.

Y entre caricias y besos
inefables, regaladas,
ha infiltrado en nuestros pechos
con dulzura soberana
el candor de sus esencias,
el ardor de sus plegarias,
la honradez de sus acciones,
el valor de su prosapia;
todo el rico patrimonio
toda la herencia preclara
de la fe y valor y heroísmo,
que son el sello de Raza.



Somos hermanos mellizos,
y, si alguien nos lo demanda,
ante la faz de dos mundos
lo dirán en voces altas
una Lengua que es un sol,
que es canto, reto y plegaria;
un Dios, un Credo, una ley
y una Virgen soberana,
y una aventurada sangre
noble, altiva, ardiente y brava,
que ha visto postrado al mundo
bajo la cruz de su espada.
Y, desde el Ande al Pirine
y desde el Ebro hasta el Plata,
una misma es nuestra ley
y una misma es nuestra Patria.

El mar que tiende sus olas
por las costas gaditanas
sus volutas cristalinas
para abrazaros alarga.

El sol que alumbra los cielos
de Castilla y de Navarra
viene a daros nuestros besos
perfumados por las auras
de nuestros huertos floridos,
de nuestras viñas lozanas,



de los moriscos pensiles
de Valencia y de Granada.

Y las naves españolas
que surten en vuestras aguas
vienen cargadas de amores
y vuelven de amores hartas
desde los frescos caneyes,
desde las vegas cubanas,
desde los reinos del Inca
desde los valles de Arauca.

Veinte naciones hermosas,
como veinte estrellas claras,
llevan impreso en la frente
el beso ardiente de España.

Un mismo idioma nos une,
una misma fe nos salva,
una sangre nos alienta,
un mismo aliento nos ata.

Allá Méjico la grande,
siempre alerta y siempre en armas
contra el coloso que acecha
y empuja al Norte la casa.

Allá las cinco princesas,
pequeñas bellas y bravas,



defendiendo sus encantos
contra ambiciones extrañas.

Y el espaldar de los Andes,
que en recios nudos enlaza
once pueblos soberanos
llenos de vida y de savia,
que van en paso de triunfo
hacia las cumbres más altas
del progreso y de la fuerza
que otras naciones alcanzan.

Allá Colombia la sabia,
allá el poderoso Chile
y allá la Reina del Plata;
las cuatro grandes matronas
que en paso rápido avanzan,
llevando al viento tendido
el gonfalón de la Raza.
¡Cuán hermosas son tus hijas,
Madre mía idolatrada!
¡Qué bien lucen los encantos!
¡Qué bien ostentan tus galas!
La sangre que tú les diste,
sangre pródica y gallarda,
enrojecida en las forjas
de ocho siglos de batallas
con las lunas agarenas
y las huestes luteranas



y las falanges vencidas
en San Quintín y en las Navas,
corre ardiente por sus venas,
caldeando sus entrañas
con ardentías de fiebres
de leones del Sahara
que sueñan altas empresas
y añoran grandes hazañas,
que domeñaran al mundo
si triunfos fueran espadas.
¡Malhaya de las discordias,
las disensiones malhayan,
de las luchas fraticidas,
de las contiendas malhaya!

Que menguan las energías
y los alientos apagan
para más altas empresas
que la fortuna nos guarda.
¡Malhaya de las contiendas
que nuestra sangre derraman
en provecho de ninguno
y en mengua de nuestra casa!

Que llaman al extranjero
para mediar nuestras causas;
y median lo que remedian,
mediando vastas comarcas.
¿Dónde está la Nueva Méjico?



¿Dónde está la rica sarta
de perlas del mar Caribe
que el cielo regaló a España?
Guadalupe, Martinica,
Santo Domingo, Jamaica,
Trinidad y Guanahani...
y otras mil que a la alborada
de estos soles y estos cielos
vio surgir de entre sus aguas
el glorioso Genovés
como en los cuentos de magia?
Brillantes de su corona,
florones de su guirnalda.
¡Todas se fueron cayendo,
al soplo de la desgracia!
¡Ojalá que al desgranaros
de su frente soberana,
fuerais libres, como hermosas,
y grandes cual bien amadas!

Y tú, divina Borinquen,
nítida concha de nácar
mecida al sol del Poniente
sobre mares de esmeraldas,
flor impoluta y graciosa
de cariños y esperanzas,
última prenda de amores
de tu Madre desgraciada;
te robaron a su amor,



como una corcilla blanca
cuando, dormida en su seno
con tu inocencia soñabas.

Que era anciana la leona
y estaba enferma y cansada.
Si fueran tiempos mejores
¡quién se atreviera a tocarla!

Te fuiste también, te fuiste
por el viento arrebatada
que venía de Occidente
y tras prendas se llevaba.

Bella Cuba, hermosa Cuba,
princesa real del Bahama,
tan altiva como hermosa,
tan noble como gallarda;
perla encendida en los mares
por la fortuna de España,
sueño de tantos amores,
símbolo de glorias tantas.

Buena suerte te dé Dios,
princesa real del Bahama,
la Madre que te engendró
no te perdiera por nada.

Los besos que ella te dio
aún en tu rostro se esmaltan



con sangre del corazón,
con fuego de sus entrañas.

Que eras la luz de sus ojos
y el sol de sus esperanzas
y el sonrís de su ventura
cuando al ocaso marchaba.
Cinco siglos de quererte
no han satisfecho sus ansias;
las lunas de tus caneyes
son la luz de sus miradas.

Tras de heroicos esfuerzos
y portentosas hazañas
en que rayó por los cielos
todo el valor de la Raza,
leones contra leones
en lucha tremenda y larga,
te fuiste a la luz radiante
de tu “Estrella Solitaria”

Te fuiste con tu fortuna
como se sale de casa
doncella de años mayores
con el alcalde a la espalda.
Buena suerte te dé Dios,
princesa hermosa y bizarra;
la Madre que te perdió
bien se vio cómo te amaba.



A solas con su fortuna
enferma, pobre y exhausta
por tres distintas contiendas
en tres distintas comarcas,
luchó la vieja leona
por tu vida y por su causa
como el rey de los desiertos
cuando su cueva le asaltan.

Pero erais dos contra ella,
y eras tú la que luchaba,
y era luchar contra ti
desgarrarse las entrañas.
Si el honor cunó sus manos,
el amor se las ataba;
debió cederte la palma.
Por defenderte a su amor
perdió las últimas galas
de aquel rico patrimonio
que sus hijos le dejaran.

El austero vencedor
se ensañó con su desgracia,
y, al arrancarte a su seno,
se las llevó entre las garras.

Y sola y triste y vencida
pero amorosa y magnánima,
llevo al hogar desierto



su corazón con sus lágrimas
para amarte en sus dolores,
para quererte en sus lástimas,
para besarte sin tasa,
siempre igual, hoy como ayer
y como hoy y ayer, mañana,
que es su amor de Reina y Madre
y eras tú su perla blanca.

Bella Cuba, hermosa Cuba,
Princesa, Flor de la Raza,
más española que tú,
las cumbres del Guadarrama.

II

Por eso, aunque no eres sola,
serás, Cuba, la primera
en levantar la bandera
de esta gran fiesta española.

La que llamas trovadores
que te canten las hazañas
de la prez de tus mayores
y sus épicas campañas.

Que es ley de sangre y de honor
del que nació en alta cuna
blasonar de su fortuna
y enaltecer su valor.



Y, si es España el solar
donde su cuna ha mecido,
razón de más ha tenido
para poderla ensalzar.

Que es su gloria como el sol
que inunda con luz al mundo
desde el piélago profundo
hasta su limpio arbol.

Que no hay un palmo de tierra
ni una página en la Historia
que no recuerde su gloria
en las paces o en la guerra.

Ni habrá amante trovador
de su sangre y su derecho
que no la lleve en su pecho
para cantarla mejor.

Uno soy de la mesnada
y, aunque el último yo fuera,
nunca, Señora, creyera
mi presencia aquí excusada.

Y al conjuro de tu voz,
que es de la Raza un clarín,
desde el último confín
moviera el paso veloz,



trayendo en mi tosca lira,
con mis cristianos alientos,
todos los nobles acentos
que su grandeza me inspira.

Diré de los altos hechos
de aquellos fuertes varones,
los de las cortas razones
y los esforzados pechos.

Los de las luengas tizonas,
obradoras de prodigios,
los de los altos prestigios
y las brillantes coronas.

De aquellos hombres de pro
que, al cielo la frente alzada,
decían, mano a la espada:
“Después de Dios y el Rey... ¡yo!”

De aquellas dueñas famosas,
ricas hembras de Castilla,
la flor de la maravilla
de las mujeres hermosas,

que amamantando a sus hijos,
cachorros de sus leones,
echaban sus corazones
al pie de sus crucifijos



y, de amante beso en pos,
decían a su heredero:
“Si non fueres derecho,
mi hijo, llévete Dios”.

De la corte de Don Juan
que unió con regio esplendor
en las “Cortes del Amor”
lo valiente a lo galán;

de los que en jura de Rey,
porque les fuera en razón,
decían en Aragón,
poniendo un Cristo por ley:

“Nos que somos como Vos
y todos juntos aún más,
Vos hacemos Rey. Jamás
otro nos demande Dios.

Si nos ficiereis derecho,
según fuero de Aragón,
sois nuestro Rey, si non, non;
y non vos daremos pecho”.

Fuera Don Sancho el Mayor,
jurando en santa María
de Pamplona una behetría
que consagraba a su amor.



E invocando a Dios Eterno
contra el que el Voto mintiera,
maguer que su fijo fuera,
lo condenaba al infierno.

De esa estrofa y de esa ley
nuestra Raza se deriva,
y así será mientras viva,
desde el mendigo hasta el Rey.

Y en fe de decir verdad,
yo os emplazo ante la Historia:
¿no son vuestra ejecutoria
fe y valor y libertad?

Nuestras conquistas ¿qué fueron
sino tremendas cruzadas
donde no hicieron espadas
lo que las cruces hicieron?

Que puso Dios en la mano
del español un acero
al servicio verdadero
de un corazón soberano.

Lanzose al cielo con ella
para robarle su luz,
pero tenía una cruz
y se convirtió en estrella.



III

Cuando Granada cayó,
los que en sus vegas lidiaron
a su hacienda se tornaron,
si alguna el cielo les dio.

Sobre aquel glorioso lance
quedó la Raza sellada:
una cruz sobre una espada
y un español a su alcance.

Pero aquella Raza fuerte,
formada para el combate,
sintió pronto el acicate
de la lucha y de la suerte.

Se halló estrecha en las veladas
de sus hogares tranquilos,
y miró ansiosa los filos
de sus ociosas espadas.

Entonces abrió sus ojos
y ojeó los horizontes,
buscando en mares y montes
con qué calmar sus enojos.



Así, al devorar su presa
los leones del desierto,
se lanzan con rumbo incierto,
buscando una nueva empresa.

Y ello era muy natural,
pues, con fe y valor sin tasa,
bien pude salir de casa
quien allí se encuentre mal.

Y en alas de su ambición
se abrió a los mares profundos
y se inventó nuevos mundos
para saciar su pasión.

Lleno de fuerza y de fe,
fiado en Dios y en su acero,
corrió el mundo aventurero
sin desmentir lo que fue.

Luchó, venció, conquistó,
corrió fortunas tremendas,
hazañas obró estupendas
que un loco jamás soñó.

El peligro y la aventura
fueron su empeño constante;
no hubo empresa por delante
que no intentó su locura.



Y en su loco desvarío
pensó el guerrero español
robar sus reinos al sol,
y el sol se rindió a su brío.

Ved al Capitán Pizarro
muriéndose en la Gorgona,
mete mano a la tizona
y, dando al viento un desgarró,

tira una raya en la arena
de aquella maldita playa
y, pasando aquella raya,
dice con frente serena:

“de setenta que llegamos
donde quiso nuestra suerte,
sólo respetó la muerte
las catorce que aquí estamos.

Yo lo he jurado ante Dios
el seguir nuestros intentos;
si alguno tuviere alientos,
pase de esta raya en pos”.

Trece cadáveres más
cruzaron aquel jalón.
La Historia os dará razón
de lo que siguió detrás.



De esa estrofa y de esa ley,
libre, noble, audaz y altiva,
nuestra sangre se deriva
desde el mendigo hasta el Rey.

Yo apelo a vuestro valor,
y la experiencia me abona.
¿No late en vuestra persona
toda la España de ayer?

¿Qué fueron nuestras contiendas
sino luchas de leones
donde las mismas razones
dieron las mismas leyendas?

Cada cual con su fortuna,
cuando las suertes tiramos,
vive Dios, que nos portamos
palos de la misma cuna.

Batímonos con ardor,
con tesón y bizarría,
con alma audaz y bravía,
con nobleza y con honor.

Cada cual llevó a su causa
lo que en su sangre heredó.
Quien la ganó la ganó...
Y aquí debe hacerse pausa.



De heroísmos no hay que hablar.
Cuando nuestra Raza lucha,
la Gloria calla y escucha,
pues no tiene ya que dar.

Pizarro, Ojeda, Cortés,
Valdivia y otros sin fin.
Son Bolívar, Sanmartín,
Hidalgo y Martí después.

¿Qué importa el tiempo? Es la Raza,
la misma Raza de antaño
sin mudanza y sin engaño,
si no nos miente la traza.

Si no nos pudiera ser
—y de ello seguro estoy—,
lo mismo hiciéramos hoy
que lo que hicimos ayer.

Si hubiera un mundo perdido
que conquistar para Dios,
un español fuera en pos,
volviendo a ser lo que ha sido.

Y si faltaran un día
la justicia y el honor,
la nobleza y el valor,
la honradez y la hidalguía,



ese divino tesoro
del mundo gloria y sostén,
España fuera también
su escuela y su libro de oro.

• El cantar de la ciencia y de la historia²⁴

En solemnes endecasílabos con rima consonante, que después cambia por metros más cortos, fray Julián comienza cantando la grandeza y la belleza de la creación divina, a la que la humanidad estaba llamada a gozar; pero perdió el edén, y “alzose el paraíso al cielo”. Prosigue haciendo desfilar sucesos y personajes -reales o mitológicos- de la historia, sobre todo de la Grecia y Roma clásicas, pero también de otras civilizaciones. Por debajo de este largo relato, en el que una civilización sucede a otra -ordinariamente a través de la fuerza de las armas-, Julián ve a la Providencia divina actuante en la historia.

Salud, hija del cielo, astro brillante
que las tinieblas del abismo alumbras.
Salud a ti, viajera rutilante
de los reinos de Dios, que el vuelo encumbras

de la mente del hombre, y las centellas
haces rodar bajo su frágil mano
y abres el porvenir y, altiva, huellas
cuanto abarca el imperio soberano

²⁴ Manuscrito en AGOAR sin fecha ni lugar de la composición.



de la amplia creación; rayo fecundo
de la esencia de Dios, por quien los mares
y la tierra y los orbes y el profundo
piélago de los astros estelares,
que nadie averiguó, fueron creados.

A ti del mar los amplios valladares
y el honor de los montes y collados,
y el salmo augusto de la noche umbría,
y el relámpago audaz de los nublados,
y el himno de la luz del claro día,
y el perfumado aliento de las flores,
y el armonioso andar de las esferas,
y el ritmo de los pájaros cantores,
y el gracioso matiz de las praderas,
y el amoroso arrullo de las fuentes,
y el pavoroso hervir de los volcanes,
y el grito atronador de los torrentes,
y el soplo de los fieros huracanes,
y el hálito del viento en la floresta,
y el casto manto de la blanca nieve,
y el idilio inmortal que, a grande orquesta,
canta la Creación a ti se debe.

Todo te canta a ti, principio eterno
de belleza y de luz, de amor y vida,
que, en el principio ignoto, del superno
seno de Dios al caos desprendida,
la nada entre tus brazos fecundaste;



y amor, y fuerza, y luz, y ardor, y llama,
cuanto germen de vida tú plasmaste,
todo en el soplo de tu amor se inflama.

Salve, divina luz, divino aliento,
que animó la mansión del Paraíso,
donde toda ventura tuvo asiento
y aliento todo bien, cuando Dios quiso.

En sus frondas aladas, venturosas,
mil veces más dichosas, por perdidas,
brotó el primer amor, nido de rosas
de dos almas, dos seres y dos vidas;
dos almas que formaron una sola;
dos vidas que vagaron confundidas;
dos olas que formaron una ola;
dos alas que bogaron siempre unidas
en un dichoso mar, en lazo eterno
forjado por tu aliento soberano,
más fuerte que la muerte y que el infierno,
más suave que las sedas de Eridano,
más casto que las nieves del invierno,
más bello que los lirios del verano,
más dulce que la miel. Sueño querido,
visión dichosa perseguida en vano
por cuantos hombres en el mundo han sido.



Adorada ilusión, dulce martirio
que el hombre apura en incesante anhelo;
¿qué eres ya, oh bello Edén, sino un delirio
de su doliente aspiración al cielo?

Perdido Edén, mansión de la ventura,
tu dicha se acabó. Mi adversa suerte
sólo me deja ver tu lumbre pura
tras de las negras alas de la muerte.

De tu rosada luz, mansión de gloria,
de tu eterno verdor y eterna vida,
sólo nos resta la gentil memoria;
sólo nos queda la ilusión perdida.

“Tu imagen hechicera
vagaba allí conmigo,
dichosa compañera
del día del Edén...”

Que aquellas dichas de ayer
fueron sólo una ilusión,
que sólo Dios pudo hacer
aquella hermosa mansión
donde eterno era el placer.

Pero las aguas del Fisón bendito,
no fueron las oscuras del Leteo,
sin gloria y sin amor. Su nombre escrito
quedó sobre las alas del deseo,



de un deseo voraz, vivo, infinito,
como el ansia inmortal del proscrito,
como el ansia inmortal de Prometeo.

Bajo el rudo anhelar de ese acicate,
de ese amargo placer, de esa contienda,
que resuelve la vida en un combate
y hace de nuestra muerte una leyenda,
la humanidad se lanza arrebatada,
con locura sin fin, con arduo anhelo
como águilas al sol, como bandada
de palomas que vieron el señuelo
de sus nidos de amor; se lanza al vuelo
sobre el campo de luz tornasolada
por donde alzóse el Paraíso al cielo.

¿Quién la guía? Una luz. ¿Quién en su mente
puso del genio la vivaz centella?
¿Quién la alienta? Una fuerza omnipotente
que la invita a seguir tras de su huella.
Todo no pereció. Salvó el diluvio,
sobre sus encrespados oleajes,
el rayo de la luz, divino efluvio
de la mente de Dios. De los ultrajes
de un día de dolor, aunque ultrajada,
salvó la Ciencia, luna entre celajes,
que, en enfermiza luz y albos mirajes,
aún alumbra la tierra amancillada.



¡Oh diosa, oh ninfa, oh virgen, oh atenea,
sacra deidad que en tu inmortal decoro
tu trono asientas en la cumbre Idea
sobre el cielo de lumbres que atesoras!
Salud a ti, salud, rico tesoro
de gloria y bienestar, a ti que doras
la faz augusta de Solón y Homero,
patriarcas de las liras y las leyes,
por quien la Grecia fue, del mundo entero,
la nación de los dioses y los reyes,
entre todos los pueblos, el primero.

Tú del Gimnasio y del Liceo animas
los amplios luminares y proskenios
donde guarda la fama altos renombres:
Anacreonte, el de las bellas rimas;
el ciego Mitilén, rey de los genios;
y el divino Platón, flor de los hombres.

La docta antigüedad llevó en sus venas
el sacro fuego que tu aliento inflama,
y a ti, más que a sus armas, debe Atenas
su renombre inmortal. Por ti la fama
del alto Partenón y el sacro Foro,
cuna de dioses y del genio amparo,
alza en la Historia su raudal sonoro,
brilla en Oriente como ardiente faro.



Las áureas naves de carmín teñidas,
que el jonio mar cruzaron venturosas,
llevaron a otras playas no sabidas
sus doctas velas de saber henchidas
con el suave perfume de sus rosas.

Y así Roma las vio. Y así los rudos
hijos de Dacia y de la Libia ardiente,
de fuerza llenos, de saber desnudos,
oyeron a los hijos del Oriente
la divina canción del pueblo argivo;
la espléndida canción de islas flotantes,
de ondas azules de rumor festivo,
de arpas eolias y pánidas flautas,
de bellas diosas por la Grecia errantes,
de bellas ninfas en amor incautas,
de alegres juegos en Olimpia hermosa,
de audaces lides y atrevidos nautas,
de bellos cultos a la blanca diosa
que yelmo viste y lanza y fuerte escudo,
numen de Atenas, a Ilión aciago;
cantaban de Ilión el lance rudo,
el incendio fatal y fuerte estrago
que adverso numen infligirle pudo.

El sonoro canto de las sirenas,
batiendo las trirremes blandamente,
vagaba por el mar y a las amenas
costas lujurias y a Cartago ardiente,



la nave que surgió playas helenas,
llevaba el himno de la patria ausente
al rimado crujir de sus antenas.

Tal Italia los vio. Tal los agrestes
hijos de Tubal y de Aitor los vieron
perderse en lontananza hacia la Aurora;
y en su ruda visión, genios celestes,
progenie de deidad les parecieron
y un cielo aquella Grecia encantadora.

Y abriendo sus robustos maxilares,
como leopardos que su presa atean,
los hijos de las selvas seculares
salieron de sus rústicos hogares
y al oriente brillante se acarcean.

Sus mentes virginales de alma ciencia
y ávidas de explorar nuevas regiones
se lanzan hacia el sol con la violencia
con que asaltan su presa los leones.

Adversa no les fue Palas divina
ni el numen de Minerva soberana.
Bajo los verdes ramos de una encina,
como él rugosos y como él anciana,
el viejo Cadmo su cabeza inclina,
y en rubia plancha de sutil resina,
los signos graba de la ciencia humana.



A Academo otro vio, que, en amplia escuela,
como un senado de divinos seres,
los conceptos humanos escarpela
y encarcela el saber; lumbrosa estela
dejando en pos de sí de altos deberes.

Y oyeron a Solón, aquel que dijo,
como un resumen de la vida entera:
“Yo sé que nada sé”. Proverbio fijo
que sólo enseña la virtud sincera.

Y el verbo de Platón, aquel divino
talento, que pudiera ser cristiano,
si no fuera gentil, por peregrino,
fijó en sus mentes el final destino
del mundo que creó Dios soberano.

Las leyes del imperio y de la ciencia,
las leyes del pensar y la conciencia,
los himnos del altar;
la ciencia de los astros escondida,
las dulces Odas del divino Apolo,
las áureas napeas del Pactolo,
las cantigas del mar;
las lides del amor y la hermosura,
las bellas dichas de la mente pura,
los trágicos misterios de Aqueronte,
las glorias del valor;
junto al Ischio, al Eurota, y el Oronte,



de pámpanos y rosas coronados
y en mármoles y bronces consagrados,
les cantaba un pastor.

Y un día se volvieron a sus lares
los hijos de las selvas seculares,
vestidos de sedoso y blanco lino,
de ciencia y de virtud;
y, apoyando el bordón del peregrino
o enjugándose el agua de los mares,
entonaron los bélicos cantares
bajo el amplio dosel del viejo encino
que vio su juventud.

Y otro día se alzó radiante y bella,
Cartago, la gentil, como una estrella,
bajo un cielo cargado de esplendores
que a Grecia emularán.

Y alzó Roma su voz a los espacios,
trocados en tribunos sus pastores
y sus chozas en templos y palacios
que al mundo asombrarán.

Y a la voz de Catón y de Tarquino,
de Septimio Severo y Enio Graco,
de Eneo Scipión, el Numantino,
proyectaron meta el mundo a saco
con su esfuerzo viril.

Y a favor de la luz de su destino



se elevó una República modelo
religiosa y civil.

Que era estrecho rincón a su ardimiento
la modesta visión de sus colinas;
y el pueblo, que empezó por las Sabinas,
la Italia sometió a su mandamiento
y abrió sobre la esfera su compás.

Y otro día los hijos de la Loba,
sintiendo el agujijón de su fortuna,
robáronse la tierra, como roba
tigre hircano y cruel, sin hambre alguna,
por su furia y su fuerza y nada más.

¿Quién superó a este pueblo en la grandeza,
cuando Minerva desplegó sus alas
sobre el alto y adusto Quirinal?
Quien primero fue pies, hoy es cabeza.
Quien fue al Oriente a mendigar sus galas
hoy en gala y poder no tiene igual.

Robó las ciencias, celestial tesoro;
robó las artes, divinal encanto;
robó las leyes, inmortal decoro;
robó los dioses del Olimpo santo
y a sus templos y plazas los llevó.
Robó a Cartago, la gentil matrona,
nueva Atenas del sur, nuevo Parnaso,
la que el curso del Héspero eslabona



desde el orto del sol hacia el ocaso,
como un diamante que del sol cayó.

Todo sirvió a su intento de rapiña;
de todo hizo el poder razón de Estado;
reñir era preciso y de la riña,
salía encadenada una Nación.
Cartago sucumbió porque era fuerte;
por rica, España y Galia por hermosa;
que todo en buena presa se convierte,
cuando es fuerte la mano del ladrón.

Jugó Roma al azar el mundo entero
y el mundo se prendió de la mohatra;
metió al juego valor, fuerza y dinero,
y hasta el amor jugó con Cleopatra
y el Egipto llevose en el azar.

Que esta vez fracasó de todo en todo
la fábula de “Amor venciendo a Muerte”.
Venció Marte al amor y de tal modo
que, con Venus y todo de su parte,
Venus y Amor hundiéronse en el mar.

Restaba a su ambición Grecia divina,
a quien debió algún día su fortuna,
y porque era tan bella y peregrina,
no viendo que robarle cosa alguna,
de un lance le quitó la libertad.



Que era mucha razón el ser divina
para ser prisionera y desgraciada;
y estando, como estaba, enamorada
del ilustre vencido en Salamina,
era justa su injusta adversidad.

Las Águilas vencieron las naciones;
apurar las razones no es preciso,
que el destino es un libro sin razones;
la cosa sucedió como Dios quiso,
y ésta es una razón fundamental.
Mas, si fuera preciso hacer conciencia
de alguna causa de su impar fortuna,
dos son clara razón de su opulencia:
la Ciencia y la Virtud, Virtud y Ciencia.
La Historia es una misma y siempre igual.

Que era el tiempo en que el Águila romana
llevaba bajo el rol de sus pendones
la ciencia y la virtud de las Naciones
que fueron sus oráculos de ayer.
Y, como ellas reinaron las primeras
en el curso ordenado de la Historia,
al venir otras razas y otras eras,
perdieron su brillante ejecutoria
y a otras manos vinieron a caer.



Así el Egipto suplantó a la Siria;
la Grecia llevó a Egipto sus pendones;
Cartago robó a Grecia sus blasones,
y el romano con todas embistió.
Y, al rodar las esferas y las cosas,
rodó al suelo aquel hijo de Marte
y un diluvio del Bárbaros del Norte
sobre el inmenso muerto se arrojó.

Los Bárbaros su presa devoraron,
en cien pedazos el imperio roto,
y al cesar de la orgía el alboroto,
de aquel caos saltó una inmensa luz.
Fue una nueva explosión, un nuevo génesis
del mundo de la vida y de la Historia.
De aquella horrenda bacanal de Némesis
brotaba una explosión de luz de gloria
bajo los santos brazos de la Cruz.

Salud, Atila, Erasto y Clodoveo,
genios de la hecatombe y de la ruina;
vuestros nombres son astros. La divina
diestra de sus tesoros os sacó.
Vuestro lauro fue el dedo del destino
que el hondo porvenir llamó a la tierra;
y, a la luz del incendio y de la guerra,
el destino del mundo se cumplió.



La mano que os lanzó sobre el camino
fue la misma que enciende las estrellas,
la mano que remueve el torbellino
y anima el fuego astral de las centellas
de oscura tempestad.

Vosotros fuisteis el turbión que azota,
la vorágine audaz, rauda y violenta;
fuiesteis el huracán y la tormenta
y el trueno que los cielos alborota
y va a la inmensidad.

• Discurso de Orden

Fray Julián pronunció el poema en la fiesta del árbol de 1910 en La Victoria, ante el presidente del Estado. En versos octosílabos, entre otras cosas anima a los niños a plantar árboles.

Señor presidente del Estado: (D. Ang. Camp. M.).

Señores: Las aves dicen cantando sus penas y sus amores. El poeta, como las aves, dice mejor cantando sus propios sentimientos. Así, pues, me vais a permitir que, ese “Discurso de Orden” con que me habéis honrado, os lo diga cantando. Todo será discurrir con la corta diferencia de que, en vez de recitároslo sobre los opulentos senos de la durna Elocuencia, os lo voy a recitar sobre las cuerdas de la lira.

Encantos de la niñez,
brotad de mi tosca lira
dichas que no son mentira,
risas donde no hay doblez.
Brotad con la sencillez
y gracias del paraíso,



como Dios formaros quiso,
como yo os gocé una vez.

¿Por qué tan presto te vas,
edad del hombre primera,
tan grata tan lisonjera,
una y sola... y nada más?
Cuanto más lejos estás
eres más ambicionada.
Vuelve el sol tras la alborada,
pero tú... ¡no volverás!

Niños que un árbol plantáis
en la Patria agradecida,
sois el árbol de la vida
que en vosotros prolongáis.
Aunque ahora no lo sepáis,
porque ignoráis el portento,
vuestro infantil ardimiento
crecerá, y veréis mañana,
que en cada planta lozana,
se encierra un gran pensamiento.

Plantas sois del porvenir,
como esos árboles bellos;
vosotros iréis con ellos
al nacer y no al morir.
Que vuestro corto vivir
sobre este hermoso desierto



nos da por cálculo cierto
que esas mil plantas galanas
escucharán las campanas,
que no doblarán a muerto.

Mas no envidiéis su destino
ni sus galas virginales,
que sois flores inmortales,
flores de un mundo divino.
Vuestro paso peregrino
sembrad de virtudes bellas,
sembrad bien en vuestras huellas
y haréis del mundo un edén;
hoy seréis flores del bien,
mañana seréis estrellas.

Esas gráciles palmeras
que arrullarán con su aliento
los blandos soplos del viento
y las auras volanderas;
y las flores lisonjeras
que cien mayos brotarán,
vuestros nombres guardarán
como un tesoro de amores
perfumado con sus flores
que a los cielos se abrirán.



Creced, árboles, creced,
del viento galas y velos,
regad esas plantas, cielos,
y esas vidas protegéd.
Niños, de ellas aprended
la ciencia más escondida:
que, pues, hoy les dais la vida,
mañana serán primores.
Sed vosotros tiernas flores
y, luego, fruta escogida.

Semilla que al suelo vas,
ni advertida ni estimada;
semilla humilde, ignorada,
burla del viento, quizás;
luego te levantarás
lozana y fresca entre mil,
mostrando al cielo de abril
tu belleza encantadora,
trono brillante de flora,
gala del fresco pensil.

Y en tus verdes aladares
colgarán los ruiseñores
los nidos de sus amores
y sus mágicos cantares;
cuantos más días contares,
será mayor tu hermosura;
bajo tu blonda espesura



se sentará el peregrino;
y el lucero matutino,
que al mundo luce primero,
será tu fiel compañero
sobre el talud del camino.

Que el cielo ve con amor
la dulce luz con que brilla
la frente pura y sencilla
de la virtud y el candor.
Que ha dado al justo el Señor
un honor que no se acaba.
No es mejor el que se alaba,
sino aquel que obra mejor.

Y el cielo tiene un edén
y la Patria palmas bellas
para engalanar con ellas
a los héroes del bien.
¿Ceñir vuestra pura sien
queréis con lauro inmortal?
Seguid la senda imperial
de los que fueron famosos,
sed justos y laboriosos,
obrad bien y no hagáis mal.

Y a Dios y al cielo quedéis
gérmenes, plantas, arbustos,
mañana árboles robustos



que los vientos poblaréis.
Niños que un árbol ponéis
en la Patria, adiós quedad.
Que el cielo por su bondad,
os llene de sus favores.
Adiós, mis tiernos amores,
plantad árboles, plantad.

• Canto a Valencia²⁵

En *Canto a Valencia* y *Adiós a La Victoria* la inspiración poética de Julián alcanza una belleza extraordinaria, solo explicable por el amor que sintió por ambas ciudades venezolanas.

Valencia, jardín de flores,
escondida entre millares
de naranjos y palmeras
que le dan gratos olores
y la envuelven en cantares.

Ciudad del azul intenso
donde, en místicos halagos,
se une el rumor de los lagos
con el olor del incienso.

Sultana la llamaría,
sultana del lago azul,

²⁵ Manuscrito digitalizado en JPG. Otro manuscrito conservado en PDF con el mismo título ofrece una versión más breve, pero las estrofas que aparecen son iguales a las del manuscrito largo.



si naciera en Estambul
bajo el sultán de Turquía.

Diole el cielo más fortuna,
pues nació cristiana bella
bajo el rayo de una estrella
que venció a la media luna.

Sus flamantes caballeros
y sus bellos trovadores
le dieron vida y honores
con sus brillantes aceros
en cien lides vencedores.

Naciste bien fortunada,
ciudad del lago preciosa,
tan bella cuan bien amada,
pues te juraron hermosa
sobre la cruz de su espada.

Que eran bravos campeones
los que te dieron el ser;
y noble fuiste al nacer
y nobles son tus blasones.

No te excede en hermosura
la que en las aguas del Mara
se mira su linda cara,
se baña en su linfa pura.



No envidies tu bella hermana,
reina de los malabares,
la que en la playa cercana
se baña en los frescos mares.

Que el cielo, para tu bien,
te ha dado cuanto esplendor
crió en la tierra el Señor
y tuvo el antiguo edén.

Bajo de un cielo turquí
sembró en tus bellos pensiles
las flores de cien abriles
ideados para ti.

Con los frutos de Pomona
que aroman los aires vagos,
con el rumor de los lagos
y los montes por corona.

Son tus gaviás virginales
bajo la cruz del santuario,
pareces un relicario
de poemas orientales.

Pudieras ser reina mora
si no fueras nazarena,
porque eres encantadora
como una aurora serena.



Que no tiene el gran Sultán
una bella como tú,
ni en los mares de Corfú,
ni en los valles de Astracán.

Que dieran por ti un tesoro
los ulemas y faquíes;
un tesoro de rubíes
y perlas del reino moro.

Y las lunas tunecinas,
vencedoras del desierto,
para ti hubieran abierto
caravanas peregrinas.

Que eres hermosa sin par,
Valencia de mis amores,
ciudad de palmas y flores
coronada de azahar.

¿Qué tienen que ver con ti
los sultanes de Estambul,
Sirena del lago azul,
bajo un cielo de turquí?

Tú, cristiana como hermosa,
y más que bella, cristiana,
no eres la bella sultana,
sino la virgen piadosa.



La que en ferviente oración
llevando al pecho el rosario,
adora al Dios del Sagrario
con todo su corazón.

La que, en místicos festines
con el Dios de sus amores,
le da el jardín de sus flores
y la flor de sus jardines.

La que precia en más su fe
que su belleza oriental;
la que si tiene rival
en amar a Dios no sé.

La que se presenta a Dios
como un místico joyel,
bella, fervorosa y fiel,
como en el mundo no hay dos.

Yo auguro a tu porvenir
horas de dicha mejor,
más lisonjero esplendor,
más espléndido vivir.

Que el sol que alumbra tus glorias
y tus gracias virginales,
sol es que canta victorias
y guarda eternas memorias
de sucesos inmortales.



Dios te conserve con bien,
Valencia rica y hermosa,
gallarda como una rosa,
florida como un edén;
y tantas dichas te den
los cielos que te coronan
como diamantes tachonan
esos cielos, cuando a miles
lucen y cantan gentiles
galas que soles perdonan.

Yo, galante trovador,
prendado de tu hermosura,
te consagro la flor pura
de mi canto y de mi amor.
Mereces más alto honor
y una lira más gentil,
Valencia, bella entre mil;
y tu espléndido decoro
solo cabe en versos de oro
sobre un plectro de marfil.

Te quiero como al rocío
las flores de primavera,
como el rocío a la pradera,
como las olas al río,
como la alondra al estío,
como al nido el ruiseñor,
como la abeja a la flor;
y es tanto mi dulce empeño



que siempre contigo sueño
y en sueños te canto amor.

Yo escogiera para mí,
si Dios así lo quisiera,
ser pastor de tu ribera
bajo tu cielo turquí.
Vivir y morir en ti
cabe los pies de esa Dama
que tu corazón inflama,
del cielo Reina y señora,
que toda Valencia adora
y del Socorro se llama.

...

Adiós.
Ya el sol poniente nos mira
sin luces ni resplandores
y, dando un beso a las flores,
a otros cielos se retira;
la luna stampa su luz
en tu frente encantadora,
y allá, en la torre sonora,
la campana milenaria
lanza una santa plegaria
al Dios que Valencia adora
solitaria,
soñadora,
brilla la luna en el cielo



y envuelve en su blanco velo
la sultana encantadora.

Todo es suspiros la brisa,
todo aroma son las flores,
besos, gemidos, rumores,
el campo, el río, el vergel.
Y allá duerme embalsamada
la reina de las hermosas
sobre una alfombra de rosas
y los cielos por dosel.

La nocturna
taciturna
del sueño sacra deidad,
con su amante
de amaranto
cubre tu excelsa beldad.

Oh ciudad
de los lagos y palmares,
arrullada en sus cantares
duerme en paz.
Que el galante bardo errante,
que tus gracias ensalzó,
su sentida despedida
ya a las auras entregó.
Bella
Estrella;
¡Adiós!

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1910 □



• Adiós a La Victoria

Poema formado por versos alejandrinos agrupados en serventesios y quintetos. Además de cantar la hermosura de esta ciudad, tomando como referente el transcurrir del día —de la vida—, Julián, lo mismo que el día se despide al llegar la noche, así se siente él, en despedida, probablemente porque había recibido un nuevo destino o cambio de lugar.

I

Adiós, sultana hermosa de la gentil Aragua,
la de los verdes cármenes, la del eterno abril,
la de los cielos límpidos, de puro azul espléndido,
la de las brisas plácidas, delicias del pensil.

La mente luminosa de un genio peregrino
vertió sobre tus valles las galas del edén;
las flores en guirnaldas son tu joyel divino,
y estrellas mil engarzan tu esmeraldina sien.

Formáronte las hadas de besos y sonrisas;
tu frente engalanaron de sol y flor y luz;
mecieronte cantando al soplo de las brisas
bajo una apoteosis de eterna juventud.

Y al pie te recostaron del encumbrado monte
que vela como un ángel tu espléndida beldad;
y, espejo de las lumbres de todo el horizonte,
refleja sus tesoros sobre tu hermosa faz.



Manojo de jazmines, bandada de palomas
rosadas en el seno de un valle encantador,
undívas las fuentes cayendo de las lomas,
te envuelven en cantares, te envuelven en aromas
de un mundo de jardines eternamente en flor.

Tu eterna primavera, sultana encantadora,
corónase de gracias a cada nuevo sol;
si fueras musulmana, serías reina mora;
tus velos tejerían los magos de Basora
con ámbar y perlas de rico tornasol.

Bien haya quien sus ojos abrió a la luz primera
bajo tus bellos cielos, trasuntos del Edén;
el que meció su cuna al aura lisonjera
que orea tus jardines en rítmico vaivén.

Que en ti cantan las aves sus cándidos amores
y el sol en las florestas henchidas de verdor,
en ti cantan las brisas, en ti cantan las flores,
las fuentes en los riscos, la luz en los alcores,
aromas, risas, galas y vida y luz y amor.

Cantan tus campanarios tus místicas leyendas;
la voz de tus montañas, tu eterna juventud;
cantan la paz bendita tus bíblicas haciendas;
los cerros y los montes, tus épicas contiendas,
tus hechos esforzados, excelsa magnitud.



Que cantan tus anales, como tu rica zona,
cosecha de altas glorias, como de rica mies;
tus valles con pensiles y altares de Pomona;
tus hijos son los rayos del yelmo de Belona,
sangre de hispana gente que altiva y brava es.

Yo vi de tus montañas la flor esplendorosa;
tus hijos escoltaron mi rápido corcel;
tus hijas aún más bellas que el cáliz de la rosa,
cantáronme en sus arpas los cantos de Israel.

Te vi desde las cumbres brillar en el ocaso
besada por las lumbres del último arrebol;
los vientos del Guareima saltaban a mis pasos;
y allá en el Tacarigua, moría ardiente el sol.

II

Ya se hunde entre las ondas el alto Tacarigua;
el sol, padre del día y de los astros rey;
hay olas en las frondas de suave luz ambigua
y un lampo de oro besa las cumbres del Copey.

Y por los amplios cielos hay ráfagas ardientes
flotando en áureas trenzas hasta el postrer confín;
lumínicos cendales y velos esplendentes
cual mantos virginales de un bello querubín.



Cuando la tarde espira, resbala por el viento
la voz de la campana, con santa majestad;
hay paz en las montañas; paz en el manso aliento
del aura; paz y calma respira el soñoliento
pausado son del “Ángelus” que sube al cielo en paz.

Dos almas, oh Dios mío, se buscan y besan
bajo el prestigio santo de esta hora vespéral:
el alma de los mundos que muchos te confiesan
y el alma de los hombres que errantes atraviesan
los mundos que volando por los espacios van.

Y, al confundirse en una palpitación inmensa
las almas y los orbes que hicisteis, oh gran Dios,
la gota del rocío que va en la flor suspensa
y el astro matutino de blanca luz intensa,
son notas de ese cántico del Universo a Vos.

III

Se fue la luz del día, las fulgidas estrellas
brotando están a miles del éster sin color;
diamantes rutilantes que el sol dejó en sus huellas
para alumbrar tus noches y hacerlas aún más bellas,
hasta que vuelva a darte sus ósculos de amor.



Y hay un albor de gloria que viene del Ocaso,
flotando por los cielos en amplia irradiación;
polvo de luz angélica que sacudió en su paso
la crencha incandescente del rápido Pegaso
y ardió en la ciega atmósfera como una exhalación.

Saliendo está la luna, su lumbre de misterio
se cierra entre las ramas aladas de un nopal.
¡Cuán suave y melancólica! Tuviera yo un salterio
para cantarle un salmo de un tiempo medieval...

Salud, casta viajera de los imperios muertos,
eterna mensajera de sueño y de quietud;
los santos cementerios tranquilos y desiertos,
las torres, y las ruinas, y solitarios huertos,
y los silencios altos aman tu santa luz.

Yo siempre te he amado. Tu lumbre bienhechora
fue amiga de mis sueños, y de mis penas, y paz.
Bajo tu blanca lumbre, oh luna encantadora,
yo he visto; ¡cuántas dichas, cuánta tranquila hora
de venturosa calma, de grata soledad!

IV

Mas ya la noche avanza, y cae al Occidente
la estrella vespertina y el Carro celestial;
las horas van bajando su rápida pendiente,
siguiendo el viejo tiempo, que arrastra lentamente
los pasos incansables hacia la eternidad.



Con ellos va la vida; y el dedo del destino,
que para mí es agosto porque es la voz de Dios,
con santa Providencia me marca mi camino;
voy a coger mi humilde bordón de peregrino
para seguir la marcha de mi destierro en pos.

Cuando despierte el alba del ya cercano día,
las huellas de mis pasos en vano buscaréis;
alondras de los cielos que fuisteis mi alegría,
sólo veréis el ángel de la melancolía
sentado en mis umbrales... y a mí no me veréis...

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1912 □

Festivos

En estas cinco composiciones, de fácil comprensión, se percibe la ironía y la chanza de que hace gala fray Julián.

La *Parodia de 'La princesa está triste'* de Rubén Darío es una imitación burlesca del poeta cimero del modernismo, cuyos caracteres no le son ajenos a fray Julián en su poesía.

En *Historia de un pobre hombre en tres capítulos*, tres décimas -una por capítulo- son suficientes para mofarse de un supuesto pobre hombre que no sabemos si es real o imaginario.

Jocosos son *El catarro de Bruno Pencalarga*, formado por heptasílabos de rima asonante, y *Don Facundo en Madrid*, que relata algunas peripecias de un palurdo en la capital, poema largo cuyas estrofas son octavillas italianas de heptasílabos en



la mayoría de la parte primera que en la segunda cambia al metro octosilábico, aunque siga usando la octavilla italiana con alguna variación. Como indica el mismo poeta al inicio, guasa es lo que rezuma toda la composición.

A unas uvas colgadas de un clavo, formado por redondillas, resulta a primera vista un tema raro: ¿qué motivó a Julián, recién venido desde Venezuela, a escribir esta composición? ¿Qué significado quiso darle?

• **Parodia de “La princesa está triste” de Rubén Darío**

La princesa está presa,
la princesa suspira,
la princesa te mira.
La princesa te mira, te mira, te mira...
con sorpresa,
porque has dicho que tiene una boca,
una boca, una boca, una boca... de fresa.

“El jardín puebla el triunfo
de los pavos reales...”
Oh jardín, oh Darío, oh princesa, oh Canales,
cosas de la China,
de la vieja parlanchina,
que le da la medicina
a la triste princesa, princesa, princesa,
que no ríe y no siente
por seguir la libélula vaga de oriente,
sobre el sol de occidente,



sobre el nítido rayo
que le causa un desmayo, desmayo, desmayo,
un desmayo fatal.

Oh princesa, princesa, princesa, princesa,
que no ríe y no siente y no quiere la plata,
ni el bufón de escarlata
ni la lata, la lata, la lata, la lata,
de los versos unánimes de Darío Rubén.

Pobrecita princesa de los ojos azules,
Dios te libre de penas: Dios te salve de tules
y de versos perversos de algún fiero Rubén;
que, aunque habites palacios
que vigilan los guardas
y leones y negros con cien mil alabardas,
te asaltará con brío
algún Rubén Darío
y, alzándote en la escala luminosa de su rayo,
te dará algún desmayo, desmayo, desmayo,
que no baste hipsipila, ni pila, ni sayo,
a curarte el desmayo
de una vaga hipsipila, de una vaga ilusión.

Oh quién fuera hipsipila, oh quien fuera crisálida.
La princesa está pálida, pálida, pálida, pálida
como el oro del moro, como el blanco marfil.
“Quién volara a la tierra
donde un príncipe existe”



con la boca de fresa y los ojos de alpiste;
se desnuda unas veces y otras veces se viste
con los dientes de presa de algún fiero mastín.

“Calla, calla, princesa”, no digas lo que pasa,
Que, si te oye Darío, te acomete la casa
y te deja hipsipila sobre el lago de azur.
Con los cisnes unánimes,
con la boca de fresa;
¡Oh princesa, princesa, princesa, princesa...
con la pálida, pálida estrella del Sur...!

❑ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1908 ❑

• Historia de un pobre hombre en tres capítulos

I

Un ente descomunal
de esos que sólo se ven
de cien siglos, cada cien,
si no lo lleváis a mal
y me lo lleváis a bien;
llamábase Juan Pascual
y era nacido en Belén,
quiero decir que era quien
podía bailar tal cual
aunque no del todo bien.



II

Hablaba (si es que es hablar,
decir palabras); y es fama
que se aprendió una soflama
en seis meses de estudiar.
La fue un día a debutar
como orador elocuente,
donde le oyera la gente;
y, como era de esperar,
se le olvidó de repente
sin poderlo remediar.

III

Con suceso tan fatal
perdió su reputación,
fue a comer y le hizo mal
y cogió una indigestión
que le llevó al hospital.
Y a dos días de sufrir,
con paciencia sin igual,
Juan Pascual se echó a morir
y se murió Juan Pascual;
y de él no hay más que decir.

□ Caracas, 1909 □



• El catarro de Bruno Pencalarga²⁶

Un narigón tremendo,
de esos que en vez de cara
llevan sólo narices
y tras narices nada,
pescó un catarro inmenso
de esos que sólo papa
puede llevar a cuestras
en su poder sin tasa.

Metiose en los desvanes
de aquella enorme estancia
y allá arraigó de firme
con toda su campaña
de toses y estornudos,
a tragar de garganta,
picores nono-cronquillis
y vendas mecarvadas
que al hombre le traían
no en ascuas, sino en aguas.

Ni paños, ni pañuelos,
ni lienzos, ni toallas
bastaban todos juntos
a contener la carga
de verdes macarrones

²⁶ Manuscrito en AGOAR digitalizado en JPG.



y cirios y melazas
que sin cesar caían
de aquella trompa manga.

Andaban los pañuelos,
las manos no paraban,
sonaban los clarines,
tronaban las bombardas,
y todo parecía
descomunal batalla.

Y acaeció que un día
don Cleto Caravana,
doctor en medicina
y en otras muchas armas,
girando su visita
como era de ordenanza,
se halló con su vecino
de la Pencalarga
en medio de la calle
y al pie de la mañana.

Hacia él se va derecho,
le tiende la de marras,
y, ¡adiós!, don Bruno, dice:
—”¿Cómo le va? ¿Cómo anda
ese catarro?”
— Horrísono;
con fuerza de bombarda,



sacude las narices
de Bruno Pencalarga
un estornudo inmenso,
de aquellos que no guardan
circunspección, ni miedo
por nadie, ni por nada;
y a la pared de enfrente,
de enfrente, eso es, a la cara
del inocente Cleto
lanzó su enorme carga.

Conque el galeno mísero
sacó la cuenta exacta
de cómo iba el catarro
de Bruno Pencalarga.

❑ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1910 ❑

• Don Facundo en Madrid

Ahí te va ese ejemplar de mi repertorio de guasa.

Digamos, blanda musa,
las penas de un golfete
sin blanca en el bolsete
y en medio de Madrid,
con el sombrero roto,
molidos los calzones,
sin forro y sin botones
a imitación del Cid;



la capa de cien paños
y éstos, de cien colores,
como un jardín de flores
sacadas de mi jardín,
y un par de zapatrancos
de tiempo de Mahoma
con una punta en Roma
y la otra en el Tonquín;

camisa sin costuras
de las que Adán gastaba
cuando a la pesca andaba
por el frondoso edén,
que era de cuerpo entero,
según las escrituras,
y aún deben las hechuras
y el género también.

Me gusta una levita
que fue de Don Quijote,
con cuello hasta el cogote
y el halda, por detrás
partida en dos mitades
como aspas de molino,
con más de un palomino
visible por demás.



¿Fumar? Como un tudesco.
¿Beber? Como un beodo,
que alcanza para todo
su enorme capital.
Que tiene cuenta abierta
en todos los estancos
y acciones en los Bancos
del mundo sideral.

Y que, cuando otro bebe,
Facundo empina el codo,
y así bebe de todo
sin pena y sin temor.
Que no hay temor de daños,
bebiendo de memoria,
dejando a otro la gloria
del gusto del licor.

Lo mismo es del tabaco
que sin cesar consume
que, aunque otro se lo fume,
él fuma el ideal.
Y, en tanto que otro chupa,
Facundo va y escupe,
y aunque él no se lo chupe,
ya escupe, y es igual.



Que es arte el del cigarro,
que abarca varios puntos,
que, o bien pueden ir juntos
o con separación.

Coger un buen habano
después de bien comido
y al verlo ya encendido
ahumar como un cañón,
pegar la chuparrada
y con placer intenso
tragar el humo denso
del aire a la región,

mirándolo extasiado
volar por las esferas,
limpiar las tragaderas
del sarro y del hollín,
largando por la jeta
un chorro de saliva,
sobre el satín, o escriba
que va por el confín.

Esto es fumar con arte,
con gusto y con aplomo,
aquí está el qué y el cómo
del arte fumador.



Facundo es un artista
y él, por amor al arte,
se ocupa de esta parte,
la más espiritual.

El puro que otro fuma
le da en la pituitaria
y él da una imaginaria
chupada colosal,

y el morro hecho un embudo
y el pecho hecho una fragua,
la boca vuelta en agua
y el alma hecha una miel,
extático embeleso
con tal poder le abruma
que sueña que se fuma
la torre de Babel.

II

Y, así como fuma, bebe;
que es un bebedor eterno
sin que se le importe un cuerno
que valga un sentido el ron.
Que a él nunca le falta un duro
de veinte reales cabales
en los bolsillos feudales
de Don Pedro de tragón,



Y en los montes de la luna
tiene unas minas de plata
de la que caza la gata
que es una plata de ley.
Recoge unas cuantas onzas,
se entra al hotel más pintado,
pide un servicio excusado
y se trata como un rey.

Empanadas de miseria,
pasteles de fantasía,
chorizos de tontería
y alcachofas de ilusión;
filetes de gallo pinto
con salsa de pretensiones
y un adobo de capones,
pintados en un cartón;

tortilla de buenos días,
recuerdos en pepitoria,
y un buen trozo de memoria
del festín de Baltasar;
unos pimientos rellenos
de viento de Guadarrama
y unas truchas del Jarama
que aún las tienen que pescar;



postres de frutas vedadas
con dulces imaginarios,
cremitas de calendarios
y ensaladas de Belén;
higos pasados de moda,
manzanas de paraíso,
almendras de fray-noquiso
y unas uvas de satén;

vinos sin tino y sin tasa
de las mejores bodegas,
de los montes y las vegas
que baña en su curso el sol.
Que no hay en el mundo entero,
bajo el cerco de la luna,
español de más fortuna
que este Facundo español.

Le pega el último trago,
que no llega a la garganta,
Don Facundo se levanta
y llama al mozo a cobrar.
Le paga en papel de estraza,
recibe el cambio en carcoma,
enciende un puro de broma
y a la calle a pasear.



De allí se marcha al teatro
de este mundo fermentado,
que, después de bien comido,
es buena la diversión.
Se presenta en la taquilla,
pide un ticket de luneta,
lo mandan a la... veleta,
y, adentro, a ver la función.

Si no que, en vez de colarse
por la puerta que le toca,
Don Facundo se equivoca
y a la calle va a parar.
Se vuelve otra vez adentro
con su billete a la vista,
pierde a su asiento la pista
y al escenario va a dar.

Y aquí fue Troya, señores,
Don Facundo está en la escena
con su capa macarena
y su figura gentil,
segundo Don Juan Tenorio,
dispuesto a correr fortuna
por los cuernos de la luna
la noche del perejil.



Pues al verse allí metido
por su fortuna enemiga,
le da un dolor de barriga,
con barruntos de algo más.
Busca salida y no encuentra,
se mete entre bastidores,
le aprietan más los dolores...
y no digo lo demás.

Salta el tufillo a la escena,
las actrices se sincopan,
los actores se las jopan,
se larga el apuntador;
el público se alborota
y se lanza al escenario,
pide auxilio el empresario,
se arma un lío aterrador,

y, entre tanto, Don Facundo
corre buscando salida
y en su carroza perdida
salta loco al redondel;
todo el mundo le acomete,
le empujan y le aporrean,
le tunden y le apalean
sin darle paz ni cuartel;



y así, desnudo y deshecho
logra al fin librar el talle
y al verse vivo en la calle
se considera feliz.
Pero allí encuentra al alcalde
con cuatro guardiaciviles
y unos cuantos alguaciles
que lo agarran sin piedad,
y a la cárcel se lo llevan
y en un calabozo inmundo
dejan al pobre Facundo
meditando en soledad
las desdichas de la vida
para un pobre desgraciado,
que sin culpa ni pecado
más que su suerte infeliz,
se ve en la cárcel metido
desnudo, hambriento y deshecho,
con el gustazo en el pecho
de haber nacido en Madrid.

Como te debo una porción de cartas y una porción de periódicos y una porción de cariños, te envío eso para compensar un poco. Recibí la poesía a los "Aviadores". Ya la había leído con otras en el ABC y me imaginé que sería esa la premiada, aunque creo que no merece las 5.000. Vale²⁷.

²⁷ Aunque no lo firma, este manuscrito es de puño y letra de fray Julián. No se sabe a quién envía la poesía. El poema "A los aviadores" fue escrito por el poeta y ganadero español Fernando Villalón Daoíz y Halcón (1881-1930) y ganó el premio de 5.000 pesetas otorgado por el periódico ABC en 1925 con motivo del raid aéreo del avión Plus Ultra.



• **A unas uvas colgadas de un clavo**²⁸

Uvas colgadas de un clavo,
que tanto me dáis quehacer;
hoy, por fin, vamos a ver
si de agarraros acabo.

Si ha de ser con condición
de que seáis aludidas,
uvas de un clavo prendidas,
recibid esta alusión.

Poco será si os alabo,
pues tanto pensar me hacéis,
si por alabaros heis (sic)
de desprenderos del clavo.

¿Quién os puso allí enclavadas?
¿Qué delito heis (sic) cometido?
Y, si no habéis delinquido,
¿por qué estáis ahí colgadas?

Llegó vuestra redención.
Uvas, venid a mis manos,
pues cumplo la condición
de saludar vuestros granos
con toda veneración.

❑ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), diciembre 1920 ❑

²⁸ El manuscrito de AGOAR solo está en JPG.



A la Naturaleza

La Naturaleza, su belleza y grandiosidad, los misterios que encierra, ha despertado siempre el numen de poetas y músicos y la curiosidad de los científicos.

Nuestro poeta se inscribe en la interminable lista de aquellos a quienes les ha hablado de forma especial, la han admirado y le han cantado. A Julián es la primavera la que con más frecuencia le inspiró. Muy joven, estando aún en el periodo de formación previo a la ordenación sacerdotal, compuso dos bellos poemas en Marcilla (Navarra): *La primavera* (1890) y *La vuelta de la primavera* (1891).

Con esta misma temática típica de la primavera, compuso en 1908, en La Victoria, *El poema de la tarde*. Y en el convento de San Millán en los años 1922-1923 compuso *Brisita primaveral*, *Ala de fresco pensil*, *A mayo florido*, *Primaveral*, *Vuelven las golondrinas* y *Vespéral del estío*, poemas en que enumera minuciosamente los elementos propios de esa estación.

Julián fue un admirador contemplativo de la naturaleza, que describe con delicadeza y de la que disfruta; o se duele por su rápido pasar, en el caso de la primavera: “*¡Oh primavera adorada, / cuán breve es tu dulce engaño!*”; o “*que luego se acabará / y su ausencia lloraremos*”.

De todos los elementos comunes a esta serie de poemas, sin duda resalta la referencia última al Dios creador. Se ha afirmado que un rasgo común a toda la obra poética de fray Julián es la religiosidad; y no se restringe a poemas de claro tema



religioso, sino que está presente también y de forma muy destacada en estos sobre la Naturaleza. Sirvan como ejemplo estas tres estrofas de su poema juvenil *La primavera*:

“Tuyo es el mundo, oh Dios. La primavera
por ti viene a la tierra en manso vuelo.
Gloria a Ti, oh gran Pintor de la pradera,
fuente de gloria pura y verdadera!

¡Gloria a ti, a quien los ángeles del cielo
celebran con sus cítaras sonoras!
¡Gloria a ti, a quien celebran las canoras
aves que esmaltan su flotante velo!

Gloria te canta con sus mil primores
la hermosa virginal naturaleza.
Todo te canta a Ti, fuente de amores,
luz inmortal, vergel de la Belleza.”

El nido de la golondrina es un primoroso relato cuya lectura encanta. Julián menciona las golondrinas como elemento casi distintivo de la primavera, contempla sus juegos y las filigranas que describen. En el poema se imagina el autor que un muchacho “oye piar los pichones / y quiere coger el nido”. La golondrina madre busca entonces otro sitio más seguro donde puedan verse libres de peligros, que resulta ser una ermita. Y la golondrina madre va aleccionando a sus pichones, conforme se hacen mayores, para que sepan defenderse y vivir. El poema entraña cierto dramatismo y la polimetría le dota de un ritmo ágil, casi nervioso.



• La primavera

Ya el invierno pasó. La primavera
derrama por los campos bellas flores;
suelos los ríos corren la pradera
y vuelven los pájaros cantores.

Bello está el campo. Perfumado ambiente
se respira; y la brisa halagadora,
ligera y bienoliente,
suspira por doquier y viene ahora
a refrescar y embalsamar mi frente.

Paz y ventura veo en torno mío,
paz y ventura por doquier se aspira;
paz y ventura murmurando, el río
pasa y repite sin cesar la lira,
“paz y ventura” sin cesar yo ansío.

Cielo esplendente, límpido y sereno,
de hermosas luces y color ornado,
nuncio de dicha al pensil ameno,
ahora de flores lleno,
luego de dulces frutos coronado,
cuando el verano venga a henchir su seno.

La fresca lluvia que del cielo cae,
lluvia primaveral, blanda y menuda,
vida y verdor a los sembrados trae
y las corrientes trémulas anuda.



La selva, ayer desnuda,
de nueva pompa viste y se engalana;
todo es vida y colores y hermosura;
todo respira juventud lozana,
plácido bienestar en la natura.

Tuyo es el mundo, oh Dios. La primavera
por ti viene a la tierra en manso vuelo.
¡Gloria a Ti, oh gran Pintor de la pradera,
fuente de gloria pura y verdadera!
¡Gloria a ti, a quien los ángeles del cielo
celebran con sus cítaras sonoras!
¡Gloria a ti, a quien celebran las canoras
aves que esmaltan su flotante velo!

Gloria te canta con sus mil primores
la hermosa virginal naturaleza.
Todo te canta a Ti, fuente de amores,
luz inmortal, vergel de la Belleza.

□ Marcilla (Navarra, España), 1890 □





• La vuelta de la primavera²⁹

Ya vuelven cantando
las aves ligeras,
ya vuelven las flores
con la primavera.
La fiel golondrina
los campos alegra,
llenando los aires
con sus cantinelas;
ensaya gorjeos,
entona sus quejas
y cuelga su nido
en alta despensa;
repican alegres
las blancas cigüeñas
que viven esquivas
allá, en la veleta;
gorjeo armonioso,
tonada ligera,
estribillo breve
se escucha en la selva;
leve musiquilla,
sobre rama nueva,
dice mil ternuras
a su compañera;
ruiseñor amable,

²⁹ El manuscrito de AGOAR solo está en JPG.



criatura bella,
que valles y campos
de armonía llenas:
líbrente los cielos,
muchas primaveras,
de engañosos lazos
y doradas rejas;
que suele la muerte
vivir en cautela,
tanto más amable,
cuanto más incierta;
ni vil avechucho,
ni mano traviesa,
do tienes el nido
la zarza revuelva;
y el cielo benigno
tu vida defienda
y a tu dulce amiga
siempre bien parezcas;
y así, con tus trinos
con tus cantinelas
llenes el verano
de alegría eterna.

Suspiran las auras,
murmuran las selvas,
se mecen las flores,
se mueven las yerbas.
Todo te saluda,



blanda primavera,
alma de natura,
¡bienvenida seas!

□ Marcilla (Navarra, España), 1891 □

• El poema de la tarde

Nubes disueltas por el alto cielo
como islas por el mar;
golondrinas cruzando en raudo vuelo
la luz crepuscular;
colinas que la sombra va envolviendo
de un lento atardecer;
colores que la vida van perdiendo,
emociones que van languideciendo
y están para caer;

una brisa ligera, soñolienta,
que parece sufrir,
y el último gorjeo de las aves
que se van a dormir;
una ermita que tañe en su campana
“El Ángel del Señor...”
y un escuálido anciano cenobita
que enciende allá su lámpara bendita
y reza con fervor;



y una estrella que guiña hacia el poniente
su párpado abismal,
y un segmento de luna que se asoma
por la vecina loma
con sus agudas puntas de metal;

un suspiro de luz en el ambiente
y un gallo cantador
que le envía un adiós impertinente
al astro del amor;
y una vaca que muge, allá, a lo lejos,
llamando al recental;
y una virgen que vuelve de la fuente,
desflorando un cantar;

y una playa sin fin en lontananza . . . ,
esfumada y sutil,
imagen de ilusión o de esperanza
que está para morir;

Ésa es la tarde de la vida entera;
y es terrible el pensar
que el tiempo no repite su carrera;
lo pasado, pasado; no hay manera
de volverlo a empezar.

□ La Victoria (Aragua, Venezuela), 1908 □



• El nido de la golondrina

Sobre el quicio de mi puerta
hay un agujero grande
y allí fabricó su nido
una golondrina errante.

Vuela que vuela,
trina que trina
su cantinela
la golondrina.
¡Quiquiriquí!
yo tengo un nido,
yo mando aquí.

Hoy he visto unos pichones
asomar sus cabecitas
medio blancas, medio negras,
vivarachas, nerviosillas.
Vuela que vuela,
trina que trina,
su cantinela
la golondrina.
¡Quiquiriquí!
Abran el pico,
que estoy aquí.



Un muchacho de la escuela,
como muchacho atrevido,
oye piar los pichones
y quiere coger el nido.

La golondrina
viene volando
vueltas y vueltas,
dice llorando:
¡ayí, ayí!
pícaro, aleve,
vete de aquí.

Pero el nido está muy hondo,
los pichones se han callado.
No los toca, ruido siente,
y echa a correr el muchacho.

La golondrina
vuelve ligera;
entra en el nido,
sale contenta.
¡Quiquiriquí!
¡Vaya un sustazo
que me metí!

A la mañana siguiente
dice la madre a sus críos:
esta casa es muy amable,
pero dejarla es preciso;



ya la saben los muchachos;
vuestra vida está en un hilo;
ayer, si Dios no lo estorba,
sucede aquí un cataclismo.

Los muchachos son el diablo,
mi vida es puro martirio;
estoy nerviosa, intranquila,
no como, duermo, ni vivo;
sueño que os están matando,
que me están robando el nido,
que entra un gato, que se quema
la casa, que hay un pedrisco,
que... ¡Vamos! que esto no es vida;
salimos de aquí, salimos.
Vosotros estáis ya grandes,
tenéis alas, tenéis pico,
tenéis todo, estáis muy lindos
con que, al avío, ¡al avío!

Vuela que vuela,
trina que trina
su cantinela
la golondrina.
¡Quiquiriquí!

¡Oh! dormilonas,
ya es un desliz
tanta pereza,



tanto dormir.
Ya luce el día,
día feliz,
en que nos vamos
libres de aquí.

¡Aire a las alas!
sígueme a mí
que soy maestra
de buen vivir.

Tú, mi ladilla,
abre el piquín,
que va un mosquito
cerca de ti.
¡Ya lo atrapaste!
¡Quiquiriquí!
No armen camorra,
que hay otros mil.

¡Niñas, alerta!
ojo sutil;
negro milano,
veo hacia allí;
¡viento a las alas!
vénganse aquí;
todas al nido,
que es un cegrí.



Ya se fue el timo
¡Quiquiriquí!

Y así volando y volando,
y así tornando y volviendo,
y así cantando y cantando,
se van, las alas tendiendo.

Ya se me alejan,
ya se retiran,
ya van al vuelo
las golondrinas.

Por los oteros,
por las colinas,
tornan y vuelven,
cantan y giran.

Ya se reúnen
a otras amigas
como ellas, nuevas,
como ellas lindas.

Ya vuelan solas
o ya en cuadrillas,
y el viento llenan
de algarabía.

Marzo las trae,
mayo las cría,



junio las echa
sobre la vida.

Mañana cae
san Juan Bautista
—dice a sus críos
la golondrina—,
día de gloria,
dichoso día
con su verbena
fresca y florida;

hay en las huertas
mucho alegría,
guindas y rosas,
cantos y risas;
van los vencejos,
van las hormigas,
van las abejas,
las cardelinas,

todos los búhos,
todas las chicas,
con sus panderos
que los repican;
iremos todas,
vamos aprisa,
que ya la noche
se viene encima.



¿Veis allá lejos,
aquella ermita
sobre aquel cerro
que está a la vista?

Pues allá vamos,
que es muy tranquila
la casa aquella,
nadie la habita;
sólo un anciano,
una estantigua,
y unos murciélagos,
gente pacífica;

¡Quiquiriquí!
vamos volando,
vamos allí.

Ya hemos llegado,
nadie respira,
solo está el cerco,
sola la ermita;
vamos adentro,
cuélense aprisa
por las ventanas,
por las rendijas;

no hay alma humana,
nadie respira,
ni los murciélagos,



que están arriba;
nuestra es la casa,
¡voto va a *cribas*!³⁰
y aquí campamos
mondas y lindas.

¡Quiquiriquí!
Yo soy la reina;
yo mando aquí.

Dormiremos esta noche
por aquí como reinas,
y mañana nos iremos
a lucir a la verbena.
Cogeremos mil mosquitos,
que hay una nube en las huertas,
y el verano pasaremos
guapamente, que es muy bella,
muy rica y llena de encantos
esta estación. Ya estáis muertas
de sueño. La tarde cae;
ya hemos hecho la tarea
del día. Se acabó el nido.

Ya sois mayores de cuenta.
Libres sois como unos pájaros.
Yo os cedo por herencia

³⁰ La palabra “cribas” debe de corresponder a una expresión popular local. No conocemos su significado y el Diccionario de la RAE no la registra.



todo el mundo, que no es poco,
a mí me lo dio mi abuela;
que mi madre murió joven
al pico de un ave negra,
que debió ser un milano,
según dicen. Conque, ¡alerta!
que asan carne. Adentro todas
y a dormir que ya negrea
la noche, no veo gota.

Meteos bien por las grietas,
que hay por aquí unas lechuzas,
que son un poco molestas;
ven de noche, son muy grandes,
no hacen ruido cuando vuelan,
comen ratas, roban nidos,
matan pollos, son muy feas.
Pero no hay miedo. Nosotras,
como somos tan pequeñas,
nos metemos en los sitios,
que no pueden entrar ellas.
Aquí hay muchos. Cojan cama.
Y a dormir, que el cielo vela.

¡Quiquiriquí!
Las golondrinas ya a dormir.
¡Quiquirigay!
Las golondrinas durmiendo están...

□ Valencia (Carabobo, Venezuela), 1912 □



• **Brisita primaveral**

Brisita fresca de abril,
que vienes del romeral
cargada de sus perfumes
que primavera te da.
Dulce aliento de mi Dios,
que te debió de alentar
cuando, allá, en el paraíso
besó la frente de Adán.
Bien venida seas tú,
que, con tu soplo fugaz,
mil galas abres al cielo,
mil flores al campo das.

Compañera de las flores,
con ellas juegas y vas
derramando sus aromas,
publicando su beldad
a leves soplos que animan
y alegran en su pasar
los campos yertos de frío
que a la vida vuelven ya.

¡Cuán dulces son tus suspiros!
Cuán grato el manso volar
de tus alas peregrinas
que, alegres, vienen y van
de los álamos del río
a las flores del hortal.



Y al regalo de tus besos,
de tus soplos al compás,
hojuelas cuelgas al bosque,
violetas al campo das.

Unas y otras brotan bellas
para darte el dulce afán
de mecerlas y cantarles
la canción primaveral,
al arrullo de los nidos,
de las fuentes al cantar,
el primor de los pensiles,
de los montes la alma paz.

Bienvenida, fresca brisa,
bienvenida seas ya
para el alma que te espera,
nuncio de felicidad.

El corazón te saluda,
mensajera virginal
de inocentes alegrías
que el mundo espera gozar.

Cuando acaricias mi frente
con tu aleteo fugaz,
el alma, toda en los labios,
la bienvenida te da.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1922 □



• Ala del fresco pensil

El aura de la primavera

Alguna brisa sutil,
ala de la primavera,
del verano mensajera,
maga alegre del pensil,

va esparciendo por las flores,
de la aurora al tibio rayo,
risas y glorias de mayo
como un revuelo de amores.

Bendito el Dios que la envía
y en el pensil la derrama,
en ella todo lo inflama
de vida y luz y alegría.

Que es la brisa el suave aliento
de su pecho amante y fino;
que es el bello peregrino
de su gloria y su contento.

Que es la brisa el dulce beso
de su labio regalado
para el hombre desterrado
y en la sed del mundo preso.



Que es Padre amante y clemente
y, usando de su poder,
quiere darle a conocer
que le ama y tiene presente.

Por eso manda a la brisa
que, volando en el alcor,
vaya a decirle su amor
envuelto en una sonrisa.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1922 □

• **A mayo florido**³¹

Oigo tu lindo gorjeo,
ruiseñor enamorado,
en las glorias de ese prado
que lleno de galas veo.
No sé cuál de mi deseo
sea una dicha mayor:
si ese radiante primor
del prado lleno de flores
o los divinos primores
de ese gentil trovador.

Y en la noche misteriosa
de brisa y luna cargada,
cuando la vida cansada

³¹ El manuscrito de AGOAR solo está en JPG.



con sus fatigas reposa,
primavera deliciosa
duerme el encanto divino
del gorjeo peregrino
de un aurante ruiseñor
que en bellos cantos de amor
exhala su amante pecho
soñando en su blando lecho
de algún limonero en flor.

Yo esperé con largo anhelo
este venturoso día
cuando el invierno cubría
de arar la tierra y el cielo,
cuando en cadenas de hielo
callaba el canto del río,
cuando en su manto sombrío
la niebla envolvía al mundo
y el vendaval iracundo
batía en su saña ruda
la selva yerta y desnuda
con eco ronco y profundo.

Pasaron tantos horrores,
de muerte fatal remedo;
pasó el frío, paso el miedo;
brotaron todas las flores;
cubriose el campo en primores
y el viento en cantos divinos



brotaron los peregrinos
lirios y rosas brotaron,
los arroyos desataron
en canción de agua sonora
que sale al fresco pensil,
luce su barbo gentil
una linda mariposa
libando de rosa en rosa
perlas de néctar sutil.

¿Qué tiempo más regalado
que este mayo venturoso
con un cielo tan hermoso
y un aire tan perfumado?
Que el valle, el monte y el prado
en flores se desvanecen
y un incensario parecen
que, movido por el viento,
causa un fragante aliento
a las celestes esferas,
y en tanto pasan ligeras
golondrinas ciento a ciento.

¡Cuál goza de su ventura
el corazón anhelante!
¡Cómo goza de este instante
la dicha y gloria tan pura!
Salvo el pensar que se apura
gozada y pasa veloz,



me causa un tormento atroz,
un ansia, un dolor extraño.
Suspirada todo el año
y un solo instante gozada...
¡Oh primavera adorada,
cuán breve es tu dulce engaño!

Gota a gota, poco a poco,
como quien sueña o delira
que goza lo que suspira
con ansia y deseo loco,
yo gozaré el bien que toco,
después de tanto soñado,
con ansias de enamorado,
con epicúrea ambición
con ávido corazón
y exquisiteces de avaro,
pensando que bien tan caro
pronto será una ilusión.

Canta alegre, ruiseñor
a la hermosa primavera,
a la flor de la pradera
y a los manzanos en flor,
y al blando ruido de amor
que tienes ahí en la umbría.
Cantemos nuestra alegría
y este bien que Dios nos da,
que luego se acabará



y su ausencia lloraremos;
gocemos, alma, gocemos,
mientras que pasando va.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1922 □

• Primavera

Ya brotan las margaritas,
ya cantan los arroyuelos,
ya repican las cigüeñas,
ya florecen los almendros.
Los campos se desperezan
del largo y pesado sueño
que, bajo alfombras de nieve,
han pasado en el invierno.
Ya se fue la blanca nieve,
ya se licuaron los hielos,
brota la flor del espino
por los caminos del huerto.
Ya vuelve la primavera
con sus flores y sus céfiros,
con sus frescas mañanitas
y sus rocíos serenos,
con sus lluvias abrilneas
que fecundan los majuelos
y hacen crecer los rosales
y hacen nacer los helechos.
Ya canta la tortolilla
por los floridos oteros,



ya gorjean las alondras
allá por los altos cielos.
Las ligeras golondrinas,
dando giros por el viento,
van buscando en los desvanes
dónde hacer sus nidos nuevos.
Abril ostenta sus galas
por los valles y los cerros;
tocan “Gloria” entusiasmadas
las campanas de los pueblos.
Las pintadas mariposas,
de sus capullos saliendo,
vuelan luciendo primores
a los soplos de los céfiros.
Muge la vaca parida,
llamando al terco becerro,
que hace grotescas cabriolas
y echa carreras sin tiento.
Trepan las cabras ariscas
por los peñascos cerreros,
tras ellas el cabrerillo,
silbando y lanzando ruejos.
Los recentales, balando,
las ovejuelas, paciendo,
se van golosas buscando
las gramas que van naciendo.
Por los cerros van las cabras;
por los prados, los corderos;
con los hatos, los pastores;



con los pastores, los perros.
El día alarga sus horas,
la noche acorta sus duelos,
la brisa orea los campos,
los campos se están riendo.
Cantando va la zagala,
cantando sus pensamientos,
como el bello abril, floridos;
como las flores, risueños.
Y el río canta a la selva,
la selva canta a los vientos,
y un ruiseñor en las zarzas
entona un lindo gorjeo
a las flores campesinas,
a las fuentes de los cerros,
a las bellas margaritas,
a las alondras del cielo,
a los álamos del río,
a las leves mariposas,
que sus galas van luciendo;
al bello sol de los valles,
al murmullo de los huertos
y a los recientes primores
que, uno a uno y ciento a ciento,
Primavera deliciosa
por el mundo va esparciendo.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1922 □



• Vuelven las golondrinas

Las vi venir en giros caprichosos,
cortando el viento con sus negras alas,
llenando el viento que surcaban leves
con su revuelta charla.

Llegaban con el héspero, en la tarde,
raudas y alegres en parejas varias,
buscando el viejo alero, el viejo nido,
que les dio abrigo en la estación pasada.

¿Son las hijas...? ¿las madres...? ¡Quién lo sabe!
Sólo Dios que las cría y que las guarda.
Ellas vienen, trayendo la alegría,
sabe Dios de qué tierras tan lejanas.

Ellas vuelven, y ardiendo yo en deseos,
tentado estuve, al verlas, de pararlas
y hacerlas mil preguntas, cual si fueran
romeros que otra vez vuelven a casa.

¡Cuánta nieve ha caído en este invierno!
Todavía están llenas las montañas,
aún ruge el vendaval en las robledas
y enfrían esos valles las escarchas.



Pero ellas vuelven, y al volver anuncian
que ya pueden venir, que ya es llegada
la florida estación y el tiempo bueno,
que quien las dice “ven”, no las engaña.

Parece que, al conjuro de sus trinos
y al rápido volteo de sus alas,
cuantas flores henchir pueden los prados,
todas quieren abrir su pompa varia.

No importa, pues, que el aquilón violento
siga batiendo las robledas ásperas,
no importa que haya nieve por los cerros;
ya es primavera, que ellas no se engañan.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1923 □

• Vespéral del estío

Ya el Héspero delicioso,
volando por el pensil,
anuncia que va la tarde
rodando presta a su fin.
Todo es rumores el campo,
todo música el jardín,
cada hojuela es una lira,
cada rama un añafil.



Salud a las bellas flores
que el cáliz quieren abrir
a gustar los dulces besos
de este lindo zahorí.

Salud a las margaritas,
salud al blanco jazmín,
salud a las madre selvas
y al perfumado alelí.

Salud a las flores todas,
de tanto aroma y matiz
como esmaltan la pradera
y engalanan el jardín.
Que el Héspero delicioso,
mensajero y paladín
de las ninfas y las flores,
a todas quiere servir.

Una estrella parpadea
por encima de aquel monte
y en ese manso arroyuelo
su nítido rayo esconde.

Cantan los grillos sonoros
de sus celdillas al borde,
cantan también las chicharras
y cantan los ruiseñores;
y en la vega, los regatos,
y en la loma, los pastores,



y en el aire, golondrinas,
las cigüeñas en las torres
y en el pueblo las campanas,
tocando las oraciones.

Todo siente la nostalgia
de ese misterioso toque;
todo canta y se despide
del día que entra en la noche;
de la luz que ya declina;
de la tarde, que se pone;
de la dicha, que se acaba;
de la vida, que se rompe;
de la gloria, que se eclipsa;
de una esperanza que ahogose.

Todo siente la nostalgia
de ese misterioso toque,
de esas lentas campanadas,
de esas horas, de esos golpes
que nos caen en el alma,
que nos hablan de otros orbes,
de otras vidas, de otras glorias,
de otras dichas, de otros soles,
de otra luz que no se eclipsa,
de otro sol que no se pone.



Y acaba la tarde plácida;
la luna en oriente asoma;
canta la brisa en la selva,
canta en el olmo una tórtola.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1923 □

• Por las sendas de la paz³²

El tradicional tema del anhelo por una vida tranquila y sosegada, la búsqueda de la paz del espíritu, que vemos ya en la oda *La vida retirada* del agustino fray Luis de León (siglo XVI), fray Julián lo trata de forma maestra en el poema *Por las sendas de la paz*. Sin duda recibió la influencia luisiana al componer este poema, hasta tal punto que, antes de cerrar el poema, cita textualmente tres lirás de la oda mencionada.

La estructura es original, al servirse de la oposición para dejar más claros sus anhelos; así, las estrofas del canto I (primera parte) se inician con la palabra “amo”, mientras que el canto II (segunda parte) comienza con el término “detesto” u otros vocablos o expresiones de significado afín. Pero, como en la primera parte, se halla presente la referencia a Dios, en el que, después de un género de vida anhelante de paz, tras la muerte, se halla la paz.

³² No hay manuscrito de este poema en AGOAR. Está digitalizado en JPG y mecanografiado. Al final, hay un añadido a mano indicando que la transcripción es fiel al poema publicado en la revista Santa Rita y el Pueblo Cristiano en 1935, páginas 265-267.



I

Amo el grato silencio de los campos
que canta el viento entre la verde fronda,
amo la flor que brota en los senderos
y al cielo ostenta su modesta pompa.

Amo el blando solaz de las montañas
que sólo turba la sencilla estrofa
de la esquila fugaz de los rebaños
que van paciando por sus verdes lomas.

Amo el añoso roble y verde encina
donde anidan el cárabo y la tórtola,
y en las tardes ardientes del estío
busco en la soledad su fresca sombra.

Y con un libro abierto entre las manos,
de esos que encalman del vivir las horas,
ver cuál se apaga el sol tras de los montes
en dulce olvido de las penas todas.

Amo la playa y el peñón desiertos,
lamidos o batidos por las olas:
si los lamen, son besos y caricias;
si los baten, son cántigas sonoras.



Y extender la mirada a los abismos
silenciosos que el mar y el cielo forman,
alterados tan sólo por el grito
del rápido alcatraz o la gaviota.

Amo el silencio de la noche umbría
mientras los cielos en callada ronda
pasan velando el sueño de los hombres
que va cayendo de sus altas bóvedas.

Y a la luz de las candidas estrellas
o al claror de la luna silenciosa
escuchar el romántico gorjeo
del dulce ruseñor entre las hojas.

Amo la obra de Dios y a Dios, en ella,
rendido el corazón le ama y adora;
todo en ella es belleza y armonía,
y vida, y juventud, y luz, y aromas...

II

Detesto ese tumulto de las urbes,
ese horrendo huracán de movimiento
que forma de la vida una tormenta
de airado mar en temporal eterno.



No quiero yo esa prisa de la vida
que parece un combate airado y ciego,
ese ruido incesante y esa angustia,
imagen del pecado y del infierno.

Detesto ese afanar, esa ansia loca
de vivir y gozar sin un momento
de paz que eleve el alma a lo infinito
y dé un alivio al corazón enfermo.

Eso dicen que es vida y alegría;
eso, que es bienestar y que es progreso;
si eso es vida, prefiero yo la muerte;
y si eso es bienestar, yo lo detesto.

Yo quiero respirar un aire puro
a tendido pulmón y a campo abierto,
cargado del perfume de los prados
que empurece la sangre, ensancha el pecho.

No el humo pestilente de las fábricas
ni el vaho hediondo del rebaño inmenso
de humanos seres que se agita en ellas
con sus miasmas, microbios y desechos.

Quiero vivir mi vida en dulce calma,
de frente a la virtud, mirando al cielo;
no en afanes y rudas estridencias
de un mundo material que yo no entiendo.



Ténganse allá sus lujos y placeres
y el orgullo infeliz de sus inventos
los que hacen de la vida, flor de un día,
una danza infernal de esclavos negros.

Quiero vivir mi vida mansamente,
como vive la suya el arroyuelo
que brota en ignorados manantiales
y corre entre pacíficos oteros.

Libre, ligero, sencillo, cristalino,
sin que turben su curso placentero
ni el vendaval que azota las montañas
ni el temporal que barre los océanos.

¿Qué obra puede compararse en hermosura
a la obra de Dios? Un dulce beso
de la brisa de abril abre mil flores,
y el hombre no hará una en siglos ciento.

Sereno el corazón y libre el alma
para adorar a Dios en este espléndido
alarde de su brazo y de su gloria,
que canta por doquier el universo.

¿Para qué quiero yo gloria y fortuna
o qué mayor fortuna y gloria quiero
que este descanso de la humana gloria
y esta ausencia de cuanto no deseo?



Por una hora de paz doy los tesoros,
gloria y fortuna del romano imperio;
y no cambio yo el cetro de los reyes
por una fresca rosa de mi huerto.

Sólo le pido al mundo un rinconcillo
donde llevar su olvido y mi desprecio;
y como él sólo busca quien le adore,
no le ha de ser difícil concedérmelo.

Que se vaya —dirá— ese masoreta
a vivir con las bestias y los vientos;
no es digno de honor, de mis favores,
quien vive maldiciéndolos soberbio.

Y yo, tomando el arpa virgiliana,
cargada de nostalgias y recuerdos
de aquel que buscó un día “la escondida
senda por donde han ido” los más cuerdos;

a la sombra de un álamo tendido.
en la paz de este ocaso veraniego
canto aquellas magníficas estrofas
que valen un doblón por cada verso:

...



“El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso rüido
que del oro y del cetro pone olvido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

A la sombra tendido,
de yedra y verde lauro coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado...”

...

Así quiero vivir, y así la muerte
quiero esperar cuando le plazca al cielo;
cuando entre el alma y Dios hay paz y amores,
de la muerte a la gloria hay poco trecho.



Poemas de temática dispar

En este epígrafe están incluidos poemas de temática y formas diversas: *Cantos para un asilo de niños*, escrito en Caracas en 1918; un cuento infantil que se titula *El niño y la estrellita*, poema que genera un cierto suspense que anima a seguir leyéndolo; también lo compuso en Caracas en 1918.

El poema *Caín*, una octava real, recuerda la escena bíblica del Génesis. En el manuscrito aparece el lugar y año de la composición: San Millán, 1921. *Murmuración*, otro breve poema con la forma estrófica de la octava real, escrito en 1926 en San Millán, reviste un carácter moralizante, poco frecuente en el poemario de fray Julián Moreno.

La ola y el peñón, escrita en Macuto (Venezuela) en 1928, se asemeja a una fábula clásica con su moraleja final. Julián expresa su enseñanza en una sencilla redondilla con que termina el poema:

(...) “Al peñón de la paciencia
le ha concedido el Señor
el quebrantar el furor
de toda humana violencia”.





• Cánticos para un asilo de niños

Coro

Jesús es modelo
de ciencia y virtud;
sigamos las huellas
del dulce Jesús.

Estrofa

Niños deste (sic) santo Asilo,
bendigamos la clemencia
de la santa Providencia
que amparó nuestra orfandad.
Benedicid la mano pía
que nos educa y sustenta,
sin más haber ni otra renta
que la santa caridad.

Coro

Jesús es modelo
de ciencia y virtud;
sigamos las huellas
del dulce Jesús.

Estrofa

Como lindo capullito
de rosa de primavera
que ostenta por la pradera



su frescura y su primor,
así nuestros corazones
como capullos de rosa
serán la flor más hermosa
de este asilo del Señor.

Coro

Jesús es modelo
de ciencia y virtud;
sigamos las huellas
del dulce Jesús.

Estrofa

Bajo el amparo amoroso
del Patriarca nazarita,
bajo la égida bendita
del glorioso San José,
vuestra vida en las virtudes
y el trabajo templaremos,
y ejemplo al mundo daremos
de honor, de ciencia y de fe.

Coro

Jesús es modelo
de ciencia y virtud;
sigamos las huellas
del dulce Jesús.



Estrofa

Gócese el rico avariento
con su soberbia opulencia,
pase alegre su existencia
quien no tenga Dios ni ley.
No envidio yo su fortuna,
de vicio, placer, labrada;
más vale una vida honrada
que la opulencia de un rey.

Coro

Jesús es modelo
de ciencia y virtud;
sigamos las huellas
del dulce Jesús.

Estrofa

De Jesús, José y María,
y, al abandonar un día
esta sagrada mansión,
digamos al mundo vano,
cuando en la lucha nos vea
cuán útil al mundo sea
la cristiana educación.



Coro

Jesús es modelo
de ciencia y virtud;
sigamos las huellas
del dulce Jesús.

□ Caracas, 1918 □

• El niño y la estrellita

Cuento infantil

I

Una estrellita del cielo,
brillante, inquieta y donosa,
le dijo a un niño una cosa
que a ella le dijo su abuelo.

Pero tan alta vivía
y tan bajito le hablaba
que el niño no le alcanzaba
a entender lo que decía.

— ¿Qué dices, que no te entiendo?
Señales...

— Habla más alto.
Y la estrellita dio un salto,
no sé si airada o riendo.



Si yo pudiera subir . . .
Si tú pudieras bajar . . .
Y vuelta la estrella a dar
salticos y a sonreír.

Pero el niño es tan pequeño
y la estrella está tan alta
que, por más que salta y salta,
llegar hasta ella es un sueño.

II

Corre el niño tras la estrella,
la estrellita va hacia el monte
y al confín del horizonte
piensa que la ha de atrapar.
Sube el niño por las breñas
a tocar la enhiesta cima,
ya a la cumbre se aproxima,
ya la cima va a escalar.

La estrellita aún no ha llegado,
que viene andando a pasito
y es muy ancho el infinito
aunque parece que no.
Por eso, al tocar la cumbre
y ver llegar a la estrella,
tendió la mano hacia ella
y a cogerla no alcanzó.



Pero oyó su vocecilla
que amorosa lo llamaba:
— Ven conmigo, le cantaba,
y al cielo te llevaré.
Ven conmigo, ven conmigo;
salta un poquito hacia arriba.
Salta más, que soy esquivia;
llega acá y te cogeré—.

III

Y así, corriendo y saltando,
engaña al niño la estrella
y el niño, absorto, tras ella
corre sin ver dónde va.
Ya la llama con ternura,
ya piensa que va a cogerla;
ya teme que va a perderla;
ya sueña que presa está.

Y así corre por las breñas,
presa de extraño delirio,
sin atender el martirio
que da a su cuerpo infeliz.
Pobre niño, que aún ignora
la ilusión que le fascina
y el vasto cielo imagina
como un hermoso tapiz,



donde los ángeles juegan
con los astros que lo esmaltan
y las nubes que lo asaltan
cuando ruge el aquilón.
Pobre niño, que no sabe
los engaños de la vida
y el alma arroja perdida
tras de una bella ilusión.

Que así es la vida del hombre
por este mundo malvado,
un correr desesperado
tras uno y otro ideal.
Y, al tender la mano ansiosa
para asir de su ventura,
encuentra que es sombra pura
lo que juzgó bien real.

IV

Y así, subiendo y bajando,
y así, jugando y corriendo,
se iba la noche pasando,
se iba la aurora viniendo
del horizonte al confín.
Ya en sus tenues resplandores
la estrellita se envolvía
y su luz palidecía
cual si fuera a tener fin.



Con el afán de cogerla
antes que su luz se acabe,
salta el niño y aún no sabe,
cuando comenzó a soñar,
que unas alas le nacían
y al espacio se lanzaba
y a la estrellita llegaba
canso de tanto volar.

Y la estrella era un diamante
que bogaba en los espacios,
lleno de hermosos palacios
y paraísos de luz.
Y allí había mil pensiles
colmados de mil primores:
aves, fuentes, plantas, flores,
en eterna juventud.

Reinaba la primavera,
brillaba un perpetuo día,
todo era paz y alegría
cuanto veía doquier.
Reyes y reinas hermosas
coronados de jazmines
daban a aquellos jardines
nueva vida y nuevo ser.



Un arcángel soberano,
compendio de la hermosura,
coronaba la ventura
de aquella feliz mansión.
Y reinaba en los espacios
en nombre de Dios Eterno,
siendo su dulce gobierno
la dicha del corazón.

No hubo jamás en la tierra
ni soñó la fantasía
dicha mayor ni alegría
ni mayor felicidad
que la de aquellos pensiles,
trasuntos del paraíso,
donde Dios reflejar quiso
su soberana beldad.

Sonaban arpas celestes,
cantaban voces divinas,
perfumaban peregrinas
esencias tan bello edén.
Y el niño olvidó la tierra
y al cielo creyose alzado;
y al verse hermoso y alado,
creyose un ángel también.



Y después de ver sus galas
en un tremante arroyuelo
tendió a las auras el vuelo,
cantando alegre y feliz
por las frescas alamedas,
por los montes y collados,
por las vegas y los prados
ricos de verde tapiz,

coronado de azucenas,
regalado por las brisas,
escuchando las sonrisas
de las flores del vergel;
quería vivir la vida
de aquel paraíso hermoso
y ser por siempre dichoso
sin salir jamás de él.

V

Pero vio que descendía,
que la luz se disipaba,
que el vergel se disolvía,
que la estrella se escapaba
y soñó si soñaría.



Y soñando se vio fuera
del hermoso paraíso
y asirse a la estrella quiso,
lanzándose a la carrera
por el espacio impreciso.

Pero el astro se escapó
como un soplo, como un sueño
y él, burlado se quedó
como un niño muy pequeño
que en su cuna se durmió.

Que al saltar para coger
la estrellita seductora
cayó el niño sin querer
en una sima traidora,
y allí se quedó al caer.

Y allá el sueño le rindió,
y el tiempo pasó soñando,
y un pastor se lo encontró
cuando andaba pastoreando
su rebaño, y lo sacó
de la sima donde estaba,
y a su casa lo llevó,
y aún el niño así soñaba
que libre y feliz volaba
por el cielo que perdió.



VI

Y era el día bien corrido
cuando el niño, despertando,
se halló en su cuna tendido
sin saber cómo, ni cuándo,
ni por quién fuera traído.

Y, al saber que era ilusión
cuanto bien hubo soñado,
su inocente corazón
sintió profunda aflicción
y lloró desconsolado,
y los sueños, sueños son.

□ Caracas, 1918 □

• Caín³³

Pensando mal de su inocente hermano,
al lado va Caín de Abel, el bueno,
turbada el alma, el pensamiento insano
y el pecho lleva de rencores lleno.
El fuego del rencor salta a la mano
y álzase un brazo de piedad ajeno.
Se oye un golpe mortal. Un hombre cae.
¡Cuánto horror ese golpe al mundo trae!

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1921 □

³³ Manuscrito en AGOAR sin fecha ni lugar de la composición.



• Murmuración

No quiera Dios que yo jamás murmure,
de nadie, que eso es de ánimo mezquino;
y así, mientras la vida a mí me dure,
jamás he de hablar mal de mi vecino.
Cada cual de sus cosas libre cure;
que vaya cada cual por su camino.
Quien se mete a cuidar de hacienda ajena,
perder suele la suya en justa pena.

□ San Millán de la Cogolla (La Rioja, España), 1926 □

• La ola y el peñón

Del mar adentro
viene la ola sobre la playa
gritándole al peñón:
“¡Atrás, ingrato! Siempre te encuentro
hostil a mis abrazos, rebelde a mi afición.
Retírate, tirano.

Cede a mi halago o déjame pasar.
Quiero llevar a la montaña altiva
el mensaje de paz que siempre esquivas,
el fresco beso que le envía el mar”.



“Tus iras, ola altanera,
—contesta el peñón robusto—
son caricias de mi gusto
tu furia nada me altera.

Empuja, vuelve al asalto,
envuélveme en blanca espuma;
del choque saldré más alto
y tú saldrás leve bruma”.

Al peñón de la paciencia
le ha concedido el Señor
el quebrantar el furor
de toda humana violencia.

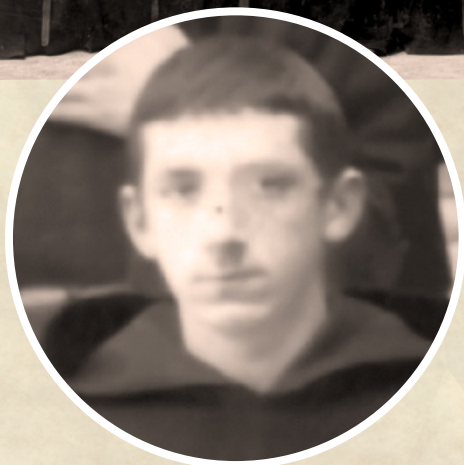
□ Macuto (La Guaira, Venezuela), 1928 □





Agustinos Recoletos, Franca, São Paulo, Brasil. En torno a 1931.
Julián Moreno con la comunidad recoleta, compuesta en buena parte
 por religiosos en formación inicial llegados de España buscando refugio.

Índice



Agustinos Recoletos, Marcilla, Navarra, España. En torno a 1892.
Julián Moreno con sus compañeros de estudios y sus formadores.



INTRODUCCIÓN 3

POEMARIO 9

A Cristo Jesús 11

- *Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí* 12
- *Canción de amor* 13
- *Convite de amor* 15
- *Plegaria a Jesús para la muerte* 15
- *Al trueco de amor* 16
- *Al niño de Belén* 18
- *Sólo Jesús* 20
- *Pelícano divino* 21

A María 23

- *A la Reina de las flores* 23
- *Dulce aspiración* 26
- *Sub tuum praesidium* 27
- *A María* 29

A los santos 30

- *A Santa Rita de Casia* 30
- *Noche Feliz (arreglo)* 33
- *A Santa Ana* 39
- *Santo Domingo de Guzmán* 41



Íntimas..... 44

- *Los recuerdos* 44
- *La muerte y la vida* 47
- *Día de difuntos* 49
- *Requies* 50
- *Confesión*..... 51
- *Madrigal del amor divino* 53
- *El alma y su amor*..... 54
- *La voz de la campana* 54
- *Militia est vita hominis*..... 56
- *Mi celda* 58
- *Los apóstatas* 60

Cantos y loas de temática agustino-recoleta..... 61

- *A un ilustre obispo agustino recoleto* 62
- *El P. Patricio Adell* 65
- *Recolección y Recoletos* 68
 - I. *La Recolección*..... 69
 - II. *La Virtud*..... 74
 - III. *La Ciencia* 93
 - IV. *El Eco* 110
- *Himno a la Recolección Agustiniana*..... 111
- *Ofrenda de una humilde violeta* 112
- *Saludo y bienvenida* 119
- *A Lodosa* 126



Cantos y loas de temática diversa..... 132

- *Napoleón y España*..... 133
- *En las bodas de oro de León XIII*..... 135
 - Canto 1º..... 135
 - Canto 2º..... 139
- *A la guerra de independencia de la América española* 144
- *Glorias de raza* 146
- *La patria* 149
- *A Bolívar* 152
- *A la muerte de un ángel*..... 153
- *El canto de la Raza (1)* 156
- *El canto a la Raza española* 176
- *El canto de la Raza (2)* 180
- *El cantar de la ciencia y de la historia*..... 201
- *Discurso de Orden*..... 215
- *Canto a Valencia* 220
- *Adiós a La Victoria* 228

Festivos 233

- *Parodia de “La princesa está triste” de Rubén Darío*..... 234
- *Historia de un pobre hombre en tres capítulos*..... 236
- *El catarro de Bruno Pencalarga* 238
- *Don Facundo en Madrid*..... 240
- *A unas uvas colgadas de un clavo*..... 250



A la Naturaleza.....	251
• <i>La primavera</i>	253
• <i>La vuelta de la primavera</i>	255
• <i>El poema de la tarde</i>	257
• <i>El nido de la golondrina</i>	259
• <i>Brisita primaveral</i>	268
• <i>Ala del fresco pensil</i>	270
• <i>A mayo florido</i>	271
• <i>Primaveral</i>	275
• <i>Vuelven las golondrinas</i>	278
• <i>Vesperal del estío</i>	279
• <i>Por las sendas de la paz</i>	282
Poemas de temática dispar.....	289
• <i>Cánticos para un asilo de niños</i>	290
• <i>El niño y la estrellita</i>	293
• <i>Caín</i>	301
• <i>Murmuración</i>	302
• <i>La ola y el peñón</i>	302



Agustinos Recoletos, Monachil, Granada, España. Fin de junio de 1931.

Expedición que sale del convento granadino hacia Brasil y Argentina.

*El prior provincial, **Teófilo Garnica**, está en el centro, con sombrero. A su derecha, **Julián Moreno** y **Deogracias Palacios**, ambos morirán mártires en Motril cinco años después.*

Foto publicada en el Boletín de la Provincia de Santo Tomás de Villanueva 11 (1931) 244.



Beato Julián Moreno.